

TESIS DE GRADO LIC. EN SOCIOLOGÍA
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales
Universidad Nacional de Cuyo

Título: Populismos de Derecha en Europa y Estados Unidos, la construcción de una “derecha antiestablishment”.

Tesista: Mariano Luigi Pierobon
Registro: 17746
Directora: Dra. Graciela Inda
Co-Directora: Lic. Gabriela Manini

Noviembre de 2021

Índice

Agradecimientos.....	2
Introducción.....	3
Capítulo 1: Marco teórico.....	6
1.1 Aproximaciones teóricas al problema del Populismo.....	6
1.2 Teoría del Discurso y la Hegemonía.....	7
1.3 El Populismo como lógica hegemónica.....	11
1.3.1 La construcción del pueblo del populismo y los significantes vacíos.....	14
1.3.2 Sobre la nominación y el afecto.....	15
1.3.3 Consideraciones para una primera conceptualización del populismo.....	16
1.3.4 Significantes flotantes, fronteras móviles y heterogeneidad social.....	18
1.4 El populismo entendido como una ideología delgada.....	20
1.5 Populismos de Derecha, una delimitación del fenómeno.....	22
1.5.1 De los márgenes al centro del escenario político.....	26
1.5.2 Los temas del populismo de derecha.....	28
Capítulo 2: Donald Trump, el “outsider”......	34
2.1 El populismo en la historia de los Estados Unidos.....	35
2.2 El discurso político de Donald Trump.....	37
2.3 Conclusiones.....	48
Capítulo 3: Marine Le Pen, un liderazgo femenino para la “desdiabolización” del Frente Nacional.....	51
3.1 Un repaso de las experiencias populistas en la historia francesa.....	52
3.2 El discurso político de Marine Le Pen.....	56
3.3 Conclusiones.....	68
Capítulo 4: Matteo Salvini, del secesionismo del norte al soberanismo Italiano.....	70
4.1 Breve racconto del populismo en la historia Italiana.....	72
4.2 El discurso político de Matteo Salvini.....	75
4.3 Conclusiones.....	82
Reflexiones finales.....	85
Referencias bibliográficas.....	89

Agradecimientos

A mi familia por el mecenazgo.

A mi compañera Guadalupe por acompañarme en este proceso.

A Graciela Inda y Gabriela Manini por su predisposición y sus aportes.

Introducción

Durante la última década, más precisamente a partir de la crisis financiera global de 2008, los países centrales de Occidente asisten a una creciente puesta en cuestión de la hegemonía neoliberal. No pareciera ser demasiado apresurado decir que estas sociedades atraviesan hoy lo que Gramsci (1999) caracterizaba como una “crisis orgánica”, es decir un momento en el que un sistema social, económico y político en su conjunto se encuentra en un escenario de inestabilidad debido a que sus instituciones han perdido credibilidad y legitimidad ante la ciudadanía.

En el plano político esta situación se refleja en una creciente pérdida de autoridad y centralidad de las fuerzas y corrientes que abrazaron la globalización neoliberal como proyecto político, con su correlato social y cultural. A la par de este debilitamiento drástico de los partidos establecidos y sus clases dirigentes se da en muchas de estas sociedades el surgimiento o la emergencia al primer plano del escenario político de una serie de construcciones enmarcadas en lo que se conoce como “ultraderecha”, “derecha radical” o “populismo de derecha”.

Situándonos en los países que interesan a esta investigación, Francia, Italia y Estados Unidos, podemos constatar que con diversos grados de éxito electoral hoy los populismos de derecha son un fenómeno político que no se puede ignorar. Las democracias occidentales que atraviesan el ascenso de este tipo de alternativas políticas tienen que lidiar con su creciente capacidad, aunque no estén en el gobierno, para condicionar la agenda política e influir en la opinión pública.

Con solo una exploración superficial de alguna de estas experiencias políticas se puede observar que a diferencia de otras iniciativas populistas, principalmente las representadas por algunos gobiernos latinoamericanos surgidos a principio de la década del 2000, que impugnaban el orden neoliberal a partir de proponer un horizonte igualitario y de justicia social, estas que vienen en ascenso en los últimos años son xenófobas y reaccionarias. Y si bien impugnan el modelo de globalización neoliberal y a las élites que lo promueven lo hacen proponiendo un horizonte de exclusión y desigualdad para segmentos significativos de la población.

La preocupación en las Ciencias Sociales por comprender cabalmente estos fenómenos, escapando a una simple y reconfortante condena moral de las ideas que tales propuestas políticas enarbolan, es crucial para desentrañar las razones de su

ascenso. De esa manera se podrá colaborar con la elaboración de respuestas políticas que, reconociendo el núcleo democrático de las demandas de muchos de sus votantes, puedan traducir el malestar social que ahí se expresa ampliando el horizonte igualitario de los sistemas democráticos y no contrayéndolo.

Este trabajo se propone como objetivo general: contribuir al análisis de las características fundamentales de las derechas populistas en su dimensión discursiva, a partir de la investigación de los casos de Donald Trump en Estados Unidos, Marine Le Pen en Francia y Matteo Salvini en Italia.

En cuanto a sus objetivos específicos pretende: Indagar cuáles son los elementos que estructuran los discursos de esos líderes políticos, qué demandas sociales toman y a partir de qué significantes son articuladas. Identificar qué sectores sociales buscan interpelar con su propuesta política. Describir y analizar qué “sujeto popular” construyen a partir de sus distintas operaciones discursivas.

El enfoque teórico general que sirve como herramienta analítica a esta investigación es la teoría del discurso y la hegemonía desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, un enfoque en el que lenguaje y discurso tienen centralidad como elementos configurantes de la realidad social. Y sobre todo los desarrollos teóricos de Laclau sobre el populismo brindan a nuestro estudio una conceptualización clara del mismo, entendiéndolo como una estrategia discursiva. El populismo es para esta concepción un tipo de narrativa política performativa que, a través de la dicotomización del espacio social, construye identidades políticas.

A ese enfoque general se suman los aportes de autores que han estudiado en particular a los populismos de derecha, el fenómeno político en el que hace foco este trabajo, para así delimitar lo que es específico a estos. Con especial énfasis en la obra de Cas Mudde que contribuye con una distinción teórica precisa de los elementos presentes en este tipo de construcciones políticas.

En cuanto a la estrategia metodológica se basa en la búsqueda, recopilación y análisis documental. En un primer momento de la investigación se busca esclarecer los aspectos conceptuales fundamentales del trabajo. Luego también a partir de las técnicas documentales se emprende el estudio de los tres discursos políticos -Trump, Le Pen y Salvini- que son el objeto de nuestro análisis. Se abordan principalmente las intervenciones públicas de estos líderes en actos de campaña electoral -en el caso de Donald Trump también algunos de sus discursos ya como presidente- y en menor medida entrevistas o conferencias de prensa. Se utilizan como fuentes sobre todo

materiales audiovisuales disponibles en plataformas digitales y distintas publicaciones periodísticas que se encuentran en formato online.

El trabajo está organizado en cuatro capítulos y un apartado de reflexiones finales. En el primer capítulo se desarrolla el marco teórico que guía la investigación. Los capítulos dos, tres y cuatro corresponden a la exposición de cada uno de los casos de estudio, Donald Trump, Marine Le Pen y Matteo Salvini, en ese orden. Cada capítulo cuenta primero con una pequeña presentación de esos liderazgos políticos seguida de un breve recorrido histórico por experiencias populistas anteriores que se dieron en sus respectivos países, luego se pasa al análisis propiamente dicho de los discursos políticos por ellos desplegados y se finaliza con las conclusiones correspondientes en cada caso. En el último apartado se exponen algunas consideraciones finales de esta investigación en forma de reflexión crítica que expone algunas posibles lecturas sobre qué expresa el ascenso de estos populismos de derecha y a que se debe su efectividad política, buscando así aportar a pensar una respuesta política progresista al desafío que viene representando este fenómeno político para las democracias occidentales.

Capítulo 1: Marco teórico

1.1 Aproximaciones teóricas al problema del Populismo

Es un hecho ineludible el obstáculo que significa no contar con una base común de supuestos a la hora de utilizar el término populismo. El carácter polisémico del concepto, a lo cual referirse ya es un lugar común, es seguramente el principal inconveniente con el cual cualquiera que quiera realizar una investigación en este campo se encuentra.

Para 1977 en su texto “Hacia una teoría del Populismo” Laclau reconocía 4 enfoques en los estudios clásicos sobre el populismo. Un primer enfoque veía al populismo como la expresión de una determinada clase social, la cual -diferente en cada caso particular- caracterizaría al movimiento y a su ideología. Las dificultades que generó esta primera aproximación condujo a un segundo enfoque que el autor calificaba de “nihilismo populista”, para esta concepción el concepto de populismo estaba vacío de contenido y debía ser eliminado del vocabulario de las Ciencias Sociales. Un tercero buscaba restringir el término populismo para caracterizar una ideología y no un movimiento. Por último estaba el enfoque funcionalista que reconocía al populismo como un fenómeno producto de la asincronía en la transición de una sociedad tradicional a una sociedad industrial (Laclau, 2015).

Ubicándonos ya en la actualidad, María Esperanza Casullo (2019) nos propone un mapeo de las que considera son hoy las familias teóricas más importantes. Tenemos por una parte la concepción del populismo como un discurso, un tipo de narrativa política que dicotomiza el campo político, cuyo principal exponente es Ernesto Laclau. El segundo enfoque que destaca es el que identifica al populismo como una estrategia de poder personal de la que se vale un líder personalista. Una tercera familia es la que concibe al populismo como una “ideología delgada” que a diferencia de las ideologías densas del siglo XX no constituye una visión del mundo completa y autónoma, Casullo ubica como exponente de esta línea la obra de Cas Mudde y Cristobal Rovira Kaltwasser. Por último señala como una cuarta familia a los análisis que buscan construir un enfoque sociocultural del populismo y que destacan sus aspectos performativos. Al concluir su síntesis la autora aclara que a pesar de sus diferencias existe un amplio grado de diálogo y discusión entre estos distintos enfoques.

Como el objetivo de esta investigación es contribuir al análisis de las características fundamentales de las derechas populistas en su dimensión discursiva, nos apoyaremos principalmente en los enfoques teóricos que entienden al populismo como una particular construcción discursiva. Pero ya que nuestras inquietudes teóricas no giran en torno al populismo en general sino que buscan hacer foco en uno de sus posibles extremos, incorporaremos también en nuestro trabajo los aportes de los autores que han estudiado el fenómeno de los populismos de derecha buscando determinar lo que es específico de ellos.

1.2 Teoría del Discurso y la Hegemonía

El enfoque principal en el que encuadramos nuestra investigación, la teoría del discurso y la hegemonía desarrollada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, concibe una “lógica de lo social” a partir de la contingencia en oposición a una lectura de la historia y la sociedad como totalidades inteligibles constituidas en torno a “leyes”. Desde esta posición teórica las construcciones discursivas tienen una importancia capital como elementos configurantes de la realidad social (Laclau y Mouffe, 2015).

Los autores sostienen que dos son los conceptos fundamentales para abordar lo político, estos son “antagonismo” y “hegemonía”.

Empecemos con el concepto de “antagonismo”, desde esta perspectiva los antagonismos sociales no son relaciones objetivas sino que son relaciones en las que se muestra la imposibilidad de toda objetividad social. En el antagonismo hay una negatividad constitutiva, es la presencia del otro que impide mi existencia plena. Para graficar esta idea los autores ofrecen un ejemplo: “Es porque un campesino no puede ser un campesino, por lo que existe un antagonismo con el propietario que lo expulsa de la tierra” (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 168). Por ser una relación que surge del impedimento a la constitución de una subjetividad plena es que Laclau y Mouffe van a decir que el antagonismo constituye los límites de toda objetividad. El antagonismo muestra la imposibilidad de instituir un orden social que no sea precario e incompleto:

Pero, si como hemos visto, lo social solo existe como esfuerzo parcial por instituir la sociedad –esto es, un sistema objetivo y cerrado de diferencias-, el antagonismo, como testigo de la imposibilidad de una sutura última, es la “experiencia” del límite de lo social (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 169).

El antagonismo como límite se expresa en el interior mismo de lo social subvirtiéndolo, impidiéndole a la sociedad fijarse como una realidad objetiva, imposibilitando su cierre. Laclau y Mouffe se proponen mostrar la forma como esta subversión se construye discursivamente, es decir, la forma en la que lo antagónico se presenta, para esto se valen de dos nociones: las lógicas opuestas de la “equivalencia” y la “diferencia”.

Una situación en la que prevalece la lógica de la diferencia corresponde a la existencia de un espacio social relativamente cerrado en el que cada posición diferencial se presenta como un momento específico de una totalidad objetiva, de un sistema definido de diferencias. Por otra parte una situación en la que se impone la lógica de la equivalencia es una en la que se disuelve la especificidad de cada posición diferencial, la equivalencia anula las diferencias a expresar algo idéntico que se encuentra implícito en todas ellas. Una relación de equivalencia absorbe todos los rasgos positivos de las posiciones diferenciales que articula, la identidad que surge de la equivalencia es puramente negativa, se construye a partir de la referencia común de las posiciones diferenciales a algo exterior que se les opone. Se construyen entonces dos polos que son negación uno del otro, cada polo muestra exclusivamente lo que no es, por eso es que los autores hablan de la negatividad constitutiva de esta identidad.

Entonces, ¿Cuál es la forma en que el antagonismo se presenta? Los autores van a decir que “la fórmula del antagonismo” es “una relación de equivalencia total en la que se disuelve la positividad diferencial de todos sus términos” (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 172). La emergencia del antagonismo va a producir una división dicotómica del espacio social, “La condición de una equivalencia total es que el espacio discursivo se divida estrictamente en dos campos” (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 172).

Pero ni la lógica de la diferencia puede nunca configurar completamente un espacio plenamente cerrado, un orden social que constituya un sistema objetivo de diferencias positivas, ni la lógica de la equivalencia logra nunca subvertir completamente las posiciones diferenciales de los agentes. Sobre esta tensión siempre irresoluble dirán como conclusión “Si la sociedad no es nunca transparente respecto a sí misma porque no logra constituirse como campo objetivo, tampoco es enteramente transparente a sí mismo el antagonismo, ya que no logra disolver totalmente la objetividad de lo social” (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 173).

Podemos ver que ya aparecen en esta conceptualización del “antagonismo” dos elementos que serán retomados en los trabajos posteriores de Laclau para

construir su teoría del populismo, estos son las lógicas de la diferencia y la equivalencia y la construcción de fronteras sociales que dividen el espacio político en dos campos antagónicos.

Pasemos ahora a abordar el otro concepto clave de este enfoque, la “hegemonía”. En el prefacio a la segunda edición en español de *Hegemonía y Estrategia Socialista* los autores procuran aclarar por qué este concepto de matriz gramsciana ocupa una posición central en su perspectiva teórica:

Nuestro enfoque se funda en privilegiar el momento de la articulación *política* y la categoría central del análisis político es, en nuestra perspectiva, la *hegemonía*. En tal caso, repitiendo nuestra pregunta trascendental: ¿cómo tiene que ser una relación entre entidades para que una relación hegemónica resulte posible? Su condición inherente es que una fuerza social *particular* asuma la representación de una *totalidad* que es radicalmente inconmensurable con ella. Este tipo de “universalidad hegemónica” es el único que una comunidad política puede alcanzar (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 10).

Desde el inicio de su apuesta por construir el concepto de hegemonía van a señalar que este concepto supone un campo teórico en el que es central la categoría de “articulación”. Ahora, ¿qué es lo que entienden por articulación? Dirán que es “toda practica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica” (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 142-143). Y a continuación aportan algunas precisiones conceptuales más que serán de importancia para su teorización:

A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos *discurso*. Llamaremos *momentos* a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas al interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, *elemento* a toda diferencia que no se articula discursivamente (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 143).

La práctica articuladora entonces es la que produce la fijación parcial de distintos elementos que son articulados como momentos de una totalidad estructurada: el discurso. Vale aclarar que el paso de los elementos a los momentos, nunca se logra completamente y una totalidad discursiva nunca alcanza una sutura plena, y es por esto que la práctica articuladora resulta posible. (Laclau y Mouffe, 2015). La transición de los “elementos” a “momentos” nunca se alcanza completamente por el carácter flotante de los “elementos”, es decir por la pluralidad de significados que un significante puede contener, por su no fijación a ningún significado

específico, por eso los autores van a hablar de significantes flotantes, son flotante porque puede llegar a ser articulados dentro de diferentes formaciones discursivas.

Laclau y Mouffe toman de la teoría psicoanalítica lacaniana el concepto de “puntos nodales” *-points de capito-* para referirse a ciertos puntos discursivos privilegiados que permitirán al discurso anudarse deteniendo así, parcialmente, el flujo de las diferencias, el “exceso de sentido” que es el terreno donde se construye cualquier práctica discursiva. Y es a este exceso a lo que los autores denominan “campo de la discursividad”. A modo de síntesis expresan:

“La práctica de la articulación consiste, por tanto, en la construcción de puntos nodales que fijan parcialmente el sentido; y el carácter parcial de esa fijación procede de la apertura de lo social, resultante a su vez del constante desbordamiento de todo discurso por la infinitud del campo de la discursividad.” (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 154).

El proceso de intervención que determinará por una parte que elementos serán articulados como momentos de una determinada formación discursiva, y por otra la producción de determinados puntos nodales *-significantes privilegiados dentro de esa estructura discursiva-*, es lo que se entiende desde esta perspectiva como una operación hegemónica. Y el resultado de una operación hegemónica efectiva es la sutura parcial de lo social, es decir la institución de un orden social relativamente estable. Este rol instituyente de lo político sobre lo social, es un elemento central en este enfoque:

A los efectos de que la hegemonía sea posible, el requerimiento es que elementos cuya propia naturaleza no los predetermina a entrar en un cierto tipo de articulación más bien que en otro, se ven, sin embargo, configurados de un cierto modo como resultado de una práctica externa a ellos. [...] Hablar de *articulación contingente* es enunciar la dimensión central de la “política”. Este privilegio atribuido al momento político en la estructuración de lo social es un aspecto esencial de nuestro enfoque (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 12).

Entonces, un campo dominado por prácticas articuladoras es el terreno de emergencia de la hegemonía. Pero no cualquier práctica articuladora es hegemónica. Para hablar de hegemonía tiene que existir, además de la instancia articuladora, el enfrentamiento con otras prácticas articuladoras antagónicas. Pero tampoco todo antagonismo implica articulaciones hegemónicas, para que existan prácticas hegemónicas es necesaria la presencia de elementos flotantes que permitan un posible desplazamiento de la frontera antagónica y la redefinición de los bandos:

Las dos condiciones de una articulación hegemónica son, pues, la presencia de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras que las separan. Solo la presencia de una vasta región de elementos flotantes y su posible articulación a campos opuestos -lo que implica la constante redefinición de estos últimos- es lo que constituye el terreno que nos permite definir a una práctica como hegemónica. Sin equivalencia y sin fronteras no puede estrictamente hablarse de hegemonía (Laclau y Mouffe, 2015, pág. 179).

La lógica hegemónica de la política se impone en los tiempos del capitalismo avanzado, debido al constante cambio en las condiciones de reproducción de las formaciones sociales, que produce una creciente complejización de las estructuras políticas, así como de las instituciones de la sociedad civil y en consecuencia la permanente constitución de nuevos sistemas de diferencias. Este es un terreno propicio para que se amplíe significativamente el campo de las prácticas articuladoras. Los autores entienden que es el carácter abierto e indeterminado de lo social, en el que la negatividad y el antagonismo son fundantes, lo que asegura la existencia de prácticas articuladoras y hegemónicas (Laclau y Mouffe, 2015).

Los lineamientos generales y los principales conceptos de la teoría del discurso y la hegemonía aquí esbozados ofrecen una base sobre la cual pensar las mixturas del populismo.

1.3 El Populismo como lógica hegemónica

El populismo es un tema recurrente en toda la obra de Ernesto Laclau, su conceptualización fue sufriendo modificaciones desde la publicación en 1977 de *Política e ideología en la teoría marxista* hasta la aparición de *La razón populista* en 2005 donde desarrolla su teoría más acabada. El enfoque “antiesencialista” desarrollado en *Hegemonía y Estrategia Socialista* fue la estructura conceptual a partir de la cual el autor buscó reconstruir su teoría del populismo, refinándola y complejizándola. Se puede decir que en *La razón populista* se condensan parte importante de los principales aportes del autor a la teoría política para entender al populismo como lógica social y modo de construcción de lo político.

Tres conjunto de categorías son centrales en el enfoque de Laclau sobre el populismo. 1. El discurso, el cual constituye el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. No entendiéndolo restringido a las áreas del habla y la escritura,

sino entendido como un complejo de elementos en cual las relaciones juegan un rol constitutivo. 2. Significantes vacíos y hegemonía, como ya expusimos antes cuando desarrollamos los conceptos fundamentales de la teoría del discurso y la hegemonía de Laclau y Mouffe, se entiende por hegemonía la operación a través de la cual una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma. Y como esa universalidad lograda es un objeto imposible, la identidad hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, que transforma su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable, una totalidad fallida que constituye un horizonte. 3. La retórica, el autor toma de la retórica clásica la noción de catacresis, denominación que se le da a la circunstancia en la que para nombrar algo un término figurativo no puede ser sustituido por otro literal. Esto se vincula con lo antes dicho sobre la hegemonía y los significantes vacíos, un significante vacío es el resultado de la necesidad de nombrar un objeto que es imposible y necesario al mismo tiempo, por lo que la operación hegemónica será necesariamente catacrética (Laclau, 2005).

Ya en el prefacio de *La razón populista* Laclau va a plantear que para poder comprender la lógica de formación de las identidades colectivas, es necesario partir del análisis de unidades más pequeñas que el grupo, las demandas: “la unidad del grupo es, en nuestra perspectiva, el resultado de una articulación de demandas” (Laclau, 2005, pág. 9).

Para definir qué es el populismo el autor nos propone pasar del análisis de los movimientos políticos o las ideologías a las prácticas políticas, con la premisa de que son esas prácticas las que constituyen a los agentes sociales y no que estos están preconstituidos en otro terreno y que las prácticas políticas serían una expresión de la naturaleza de los agentes. A partir de esta premisa podemos entender por qué las prácticas son unidades de análisis más importantes que el grupo, pues el grupo es el resultado de una articulación de prácticas. Desde esta perspectiva vamos a definir a un movimiento como populista no porque presente determinados contenidos políticos o ideológicos que se pueden caracterizar como populistas sino por el modo en que se articulan esos contenidos, para Laclau el populismo es una categoría ontológica.

Otra premisa importante que sostiene es que las formas de articulación en sí producen efectos estructurantes que se muestran, principalmente, en los modos de representación (Laclau, 2009). El populismo es una entre otras formas posibles de articular contenidos sociales, políticos o ideológicos para constituir la unidad del grupo. El populismo nos muestra una determinada lógica de articulación, dentro de lo social

también operan otras lógicas que hacen posibles tipos de identidad diferentes de la populista. El autor nos plantea que partiendo de la identificación de esas unidades de análisis más pequeñas que el grupo, las demandas sociales, podremos establecer el tipo de unidad que permite el populismo y determinar así la especificidad de una práctica articuladora populista.

Laclau se vale de la ambigüedad que el término demanda tiene en el inglés, *demand* puede significar por un lado petición y por otro reclamo, “es en la transición de la petición al reclamo donde vamos a hallar uno de los primeros rasgos definitorios del populismo” (Laclau, 2005, pág. 98). La demanda no se autosatisface, sino que es siempre dirigida a una instancia diferente de aquella en la que fue formulada originalmente. Las demandas pueden tomar la forma de “demandas democráticas” o “demandas populares”, las primeras corresponderían al primer significado que mencionamos, el de petición, son demandas puntuales y aisladas que se dirigen a alguna instancia de decisión, siendo canalizadas por alguna vía institucional, pueden ser satisfechas o no pero se reconoce la legitimidad de las distintas instancias, entre los actores sociales involucrados se reconoce por un lado el derecho a presentar la petición y por el otro el derecho de la parte decisoria de tomar la decisión. Hay una primacía de la lógica de la diferencia, las demandas son absorbidas por el sistema institucional de modo diferencial. Si se produce una acumulación de demandas insatisfechas y hay una incapacidad creciente del sistema institucional para absorberlas diferencialmente se establecerá entre ellas una relación equivalencial, pues las demandas comparten entre ellas una dimensión negativa más allá de su naturaleza diferencial positiva, todas comparten el hecho de permanecer insatisfechas. Aquí nos encontramos con una situación que responde a la lógica de la equivalencia, una pluralidad de demandas que a pesar de su carácter diferente tienden a agruparse sobre la base negativa de que todas permanecen insatisfechas, formando una cadena equivalencial, con la formación de esta cadena las peticiones se van convirtiendo en reclamos. A esa pluralidad de demandas articuladas equivalencialmente es a lo que se denominará demandas populares (Laclau, 2005).

El sujeto de las demandas también es diferente en cada caso. Para el primer tipo de demandas el sujeto es tan puntual como la misma demanda, a este sujeto concebido como particularidad diferencial Laclau lo denomina “sujeto democrático”. En el segundo caso nos encontramos con una subjetividad más amplia, pues esta es producto del agrupamiento en una cadena equivalencial de una pluralidad de demandas democráticas, Laclau denomina “sujeto popular” al constituido sobre esa

base. La acumulación de una pluralidad de demandas insatisfechas y la incapacidad del sistema institucional para absorberlas diferencialmente crean las condiciones que posibilitan una ruptura populista, pero es recién a partir de la creación de una frontera interna que va a surgir una subjetividad popular (Laclau, 2009). Es decir, la única forma que un discurso puede lograr unificar y dar una identidad común a una gran cantidad de demandas heterogéneas es logrando identificar la fuente de la negatividad social, el poder que se opone al conjunto de esas demandas y que hace que permanezcan insatisfechas. Se construye así una frontera antagónica que separa al pueblo del poder, la exclusión de ese elemento identificado como la fuente de la negatividad permite estabilizar las diferencias consolidando la cadena equivalencial.

La subjetividad popular es una identidad que se construye en base a una exclusión, la cual totaliza al sujeto.

En el apartado anterior, cuando abordamos la conceptualización de antagonismo de Laclau y Mouffe, explicamos que la tensión entre las lógicas de la equivalencia y la diferencia es irresoluble, y es el fundamento de la construcción de toda identidad. La equivalencia no elimina la particularidad diferencial de cada demanda solo la debilita. Las diferencias siguen operando dentro de la equivalencia pues son su base, si no existieran una pluralidad de demandas insatisfechas no podría establecerse ninguna equivalencia (Laclau, 2005).

1.3.1 La construcción del pueblo del populismo y los significantes vacíos

Ya dijimos que una primera precondition para la constitución del momento equivalencial es la representación del poder que se opone al conjunto de las demandas, es decir la representación del otro lado de la frontera. Laclau nos dice que no hay populismo sin una construcción discursiva del enemigo. Pero ahora debemos procurar aclarar cómo la cadena puede ser representada como tal. La manera en que la cadena equivalencia logra ser representada es mediante la emergencia de un elemento que va a otorgarle coherencia al simplificarla como totalidad. Este elemento va a ser una demanda particular que, sin abandonar completamente su propia particularidad, comienza a funcionar como un significante que representa al conjunto de la cadena, y es a esto a lo que Laclau va denominar "significante vacío". Su función es brindar homogeneidad equivalencial a una realidad altamente heterogénea y esto solo lo puede hacer sobre la base de reducir al mínimo su contenido particular.

El autor destaca que en su expresión más extrema la función hegemónica de este significante puede tomar un nombre propio: el nombre del líder (Laclau, 2009)

La construcción de una identidad popular es el producto de la representación de la cadena equivalencial como un todo. La representación del "pueblo" que se opone al "poder" que se encuentra más allá de la frontera antagónica y que lo oprime solo es posible sobre la base de la producción discursiva de significantes tendencialmente vacíos. Mientras más extendida esté la cadena, mientras mayor sea su heterogeneidad, es decir cuanto mayor sea la cantidad de demandas que articule, más desprendidos van a estar los significantes que unifican la cadena a sus demandas particulares originales. En tanto mayor es la "vacuidad" de los significantes, la identidad popular gana en extensión, se vuelve más plena al representar una cadena cada vez mayor de demandas, pero pierde en intensidad, porque prescinde de contenidos particulares para poder contener la heterogeneidad de la cadena equivalencial (Laclau, 2005).

Sobre la "imprecisión" y "vaguedad" de los símbolos populistas Laclau va a plantear que lejos de ser el resultado de un subdesarrollo ideológico o político como se planteaba en parte de la literatura clásica sobre el tema, el carácter vacío de los significantes que dan unidad y coherencia al campo popular expresa el hecho de que toda unificación populista tiene lugar en un terreno social radicalmente heterogéneo (Laclau, 2005).

1.3.2 Sobre la nominación y el afecto

Para Laclau las identidades populares y sus símbolos, no expresan una unidad de demandas que está constituida previamente, sino que son el momento mismo de constitución esa unidad, en sus palabras "constituyen lo que expresan a través del proceso mismo de su expresión" (Laclau, 2005, pág. 129). Desde un enfoque lacaniano nos dice que la identidad y la unidad del objeto se establecen por una operación de nominación, y esa nominación no puede estar subordinada a una descripción ni a una designación precedente, ese nombre tiene que ser, como ya dijimos, un significante tendencialmente vacío para así poder representar la heterogeneidad de la cadena equivalencial. El nombre va a así ejercer una atracción sobre cualquier demanda insatisfecha que no encuentre respuesta dentro del marco institucional de la sociedad, ya que se ha convertido en significante de lo que es

heterogéneo y excede al marco simbólico existente en esa sociedad. Pero cómo para cumplir ese rol debe ser un significante vacío no puede controlar completamente que demandas encarna y representa. Si bien los nombres del pueblo por un lado constituyen el objeto que representan al dar unidad a un conjunto heterogéneo de demandas, también opera sobre ellos el movimiento opuesto de no poder determinar qué demandas entraran en la cadena equivalencial. Tenemos así, como consecuencia de esa tensión, la construcción de identidades populares con una ambigüedad ideológica necesaria (Laclau, 2005).

Por último Laclau va a introducir en su análisis una dimensión que caracteriza como crucial, la dimensión afectiva. El enfoque laclausiano sostiene que el surgimiento del pueblo del populismo requiere el pasaje de demandas aisladas a una demanda "global" que conlleva la formación de una frontera política antagónica vía la construcción discursiva del poder como fuerza que se opone al pueblo. Pero este pasaje no se da de una manera lógica, dialéctica o semiótica de un nivel al otro, para que esa transición ocurra debe intervenir algo cualitativamente nuevo. A ese momento cualitativamente diferenciado que interviene lo denomina "Institución Radical" (Laclau, 2005).

Según Laclau la institución radical consiste en hacer de un objeto la encarnación de una plenitud mítica, y el afecto constituye la esencia de la institución. Para el autor lo que entendemos por "formaciones discursivas o hegemónicas" no serían inteligibles sin el componente afectivo. Desde este enfoque cualquier totalidad social es resultado de una articulación indisoluble entre la dimensión de significación y la dimensión afectiva. Y en particular sobre la implicancia que esto tiene en el tema del populismo nos dice:

"(...) no hay populismo posible sin una institución efectiva en un objeto parcial. Si la sociedad lograra alcanzar un orden institucional de tal naturaleza que todas las demandas pudieran satisfacerse dentro de sus propios mecanismos inmanentes, no habría populismo, pero, por razones obvias, tampoco habría política. La necesidad de constituir un "pueblo" (una *plebs* que reivindica ser un *populus*) sólo surge cuando esa plenitud no es alcanzada y objetos parciales dentro de la sociedad (objetivos, figuras, símbolos) son instituidos de tal manera que se convierten en los nombres de su ausencia." (Laclau, 2005, pág. 149).

1.3.3 Consideraciones para una primera conceptualización del populismo

Ya introducidas todas las variables teóricas necesarias para una conceptualización del populismo, Laclau (2005) señala tres aspectos a tener en cuenta. Primero, que por populismo no se debe entender un tipo de movimiento que se puede identificar con una base social específica o con una determinada orientación ideológica, sino una lógica política. Lo que es específico de las lógicas políticas es que están relacionadas con la institución de lo social. Institución que surge de las demandas sociales y es inherente a cualquier proceso de cambio social, cambio que se da por la articulación variable de la equivalencia y la diferencia. El momento equivalencial implica la constitución de un sujeto político global que aglutina una pluralidad de demandas sociales, la construcción de fronteras internas y la identificación de un “otro” institucionalizado. Cualquiera sea la ideología o la base social del movimiento político particular, si se da tal combinación de momentos estructurales, tenemos populismo.

El segundo aspecto tiene que ver con la nominación y el afecto. Sobre el nombrar Laclau señala que es en nivel nominal, no en nivel conceptual, donde se produce el momento de unidad de los sujetos populares -los sujetos populares siempre son singularidades-. Y puesto que ese nombre no está conceptualmente -sectorialmente- fundamentado se van a desdibujar los límites entre las demandas que abarcará y las que excluirá, dando lugar a un cuestionamiento permanente. Así el lenguaje de un discurso populista será siempre impreciso y fluctuante, no por una falla cognitiva, sino porque busca operar performativamente dentro de una realidad social heterogénea y fluctuante (Laclau, 2005).

En lo que respecta al afecto, Laclau lo explica valiéndose del concepto psicoanalítico de catexia diferencial, en el sentido de que el afecto significa una discontinuidad radical entre un objeto y el que le sigue. Sabemos a partir de lo que expusimos antes que esta discontinuidad se da a partir de la investidura radical de un objeto que se convierte en la encarnación de una plenitud mítica. En lenguaje político Laclau lo explica así: una determinada demanda, que podía ser al comienzo una más entre otras, en un momento toma una centralidad inesperada volviéndose el nombre de algo que la excede y que se convierte en un “destino” al que no puede escapar. Así una demanda democrática se convierte en una demanda “popular”. Inalcanzable en términos de su propia particularidad inicial, debe convertirse en un punto nodal de sublimación. Ahí es cuando el “nombre” se separa del “concepto”, el significado del significante; separación sin la cual no habría populismo (Laclau, 2005).

El tercer aspecto a tener en cuenta es que las lógicas de la diferencia y de la equivalencia aunque son antagónicas se requieren mutuamente. Si bien una cadena equivalencial puede debilitar el particularismo de sus eslabones no puede librarse completamente del carácter particular de cada demanda. Que una demanda particular permanezca insatisfecha es lo que permite que se establezca una solidaridad con otras demandas insatisfechas, sin la presencia activa del particularismo del eslabón no habría cadena equivalencial (Laclau, 2005).

1.3.4 Significantes flotantes, fronteras móviles y heterogeneidad social

Con lo antes expuesto contamos ya con una primera noción de populismo, pero Laclau advierte que ese análisis se basa en dos supuestos simplificadores. El primero es la existencia de una frontera estable dentro de la sociedad. El segundo da por sentado que cualquier demanda antisistema podría ser incorporada como un nuevo eslabón en una cadena equivalencial ya existente. Ahora, va a proponer cuestionar estos supuestos, el primero porque las fuerzas a ambos lados de la frontera pueden desplazarse en nuevas direcciones exponiendo a la frontera a transformaciones y desestabilizaciones. En cuanto al segundo, al no tomar en cuenta la totalidad de las consecuencias de la permanencia del particularismo de las demandas dentro de la cadena equivalencial, omite que el particularismo de alguna de las demandas que ya son parte de la cadena pueda oponerse a una nueva demanda que intente incorporarse (Laclau, 2005).

En lo que respecta a la frontera dicotómica lo que puede ocurrir es que sin desaparecer se desdibuje. Esto sucede cuando el régimen opresivo, el poder que se encuentra al otro lado de la frontera, intenta interrumpir la cadena equivalencial del campo popular mediante una cadena equivalencial alternativa que incorpora algunas de las demandas populares pero articuladas con eslabones totalmente diferentes. Entonces nos encontramos con que las mismas demandas democráticas van a recibir la presión estructural de proyectos hegemónicos rivales. Se genera así una autonomía de los significantes populares en la que su sentido vacila entre cadenas equivalenciales alternativas. A los significantes cuyo sentido se encuentra suspendido de esa manera Laclau los denomina significantes flotantes (Laclau, 2005).

Como ya sabemos los significantes centrales de un discurso político al volverse parcialmente vacíos ven debilitados sus vínculos previos con determinados contenidos

particulares, lo que hace que esos contenidos queden abiertos a diferentes articulaciones equivalenciales. Es suficiente que los significantes populares vacíos mantengan su radicalismo, lo que quiere decir: su capacidad de dividir a la sociedad en dos campos, pero que cambie la cadena de equivalencias que unifican para que el significado de la operación populista adquiera un signo político opuesto. El autor procura aclarar que esta rearticulación hegemónica, que permite inscribir en una cadena de equivalencias diferente muchas de las demandas democráticas, es posible porque ninguna demanda social tiene como su destino manifiesto una forma a priori de inscripción, todo depende de una lucha hegemónica (Laclau, 2009).

Estructuralmente las categorías de significantes “vacíos” y “flotantes” son diferentes. Mientras que los significantes vacíos dependen de la presencia de una frontera interna estable, los significantes flotantes corresponden a la lógica de los desplazamientos de esa frontera. Pero Laclau explica también que la distinción es ante todo analítica, pues en la práctica los referentes se superponen. No existe una situación en la que solo la categoría de significante vacío sea relevante, donde encontremos una frontera completamente inmóvil y se excluya por ende la categoría de significante flotante. Como tampoco existe un universo puramente psicótico en el que haya un flotamiento puro sin ninguna fijación parcial de significados. De modo que las dos categorías deben ser entendidas como dimensiones parciales, analíticamente delimitables, en un proceso de construcción hegemónica del “pueblo” (Laclau, 2005).

Sobre el cuestionamiento al segundo supuesto simplificador, el supuesto que daba por sentado que cualquier demanda insatisfecha se podría incorporar a una cadena equivalencial, lo que es necesario rescatar para nuestra argumentación es que la permanencia del particularismo de las demandas al interior del marco simbólico constituido por la cadena equivalencial da cuenta de la singularidad irreductible de cada demanda, la cual se opone a la homogenización plena de la cadena equivalencial.

Para Laclau es importante destacar que la heterogeneidad social también se encuentra presente en el particularismo de las demandas equivalenciales. Un particularismo que no puede ser eliminado porque es el fundamento mismo de la relación equivalencial. Como ya mencionamos al principio de este apartado, es la presencia de ese particularismo lo que no permite a algunas demandas incorporarse a la cadena equivalencial. Esta presencia múltiple de lo heterogéneo en el campo popular constituido por la cadena equivalencial tiene como consecuencia una

complejidad interna que resiste cualquier tipo de homogenización dialéctica (Laclau, 2005).

En esta noción de populismo las tres variables de las que depende la emergencia del pueblo son: relaciones equivalenciales representadas hegemoníamente a través de significantes vacíos; los desplazamientos de las fronteras internas por medio de la producción de significantes flotantes; y por último una heterogeneidad constitutiva, a la que acabamos de hacer referencia, que imposibilita las recuperaciones dialécticas otorgando su verdadera centralidad a la articulación política (Laclau, 2005). Con esta última recapitulación de elementos Laclau cierra su exploración conceptual sobre el populismo, dándonos una idea plenamente desarrollada de esta categoría.

1.4 El populismo entendido como una ideología delgada

Para dilucidar lo que es específico al populismo de derecha las investigaciones del politólogo holandés Cas Mudde nos pueden brindar una base sólida desde donde comenzar.

Este autor lleva más de 25 años estudiando a la extrema derecha y los populismos europeos, en los últimos años también ha puesto el foco en lo que sucede en los Estados Unidos con este fenómeno.

El enfoque teórico de Mudde como mencionábamos al inicio de este capítulo, en el mapeo de familias teóricas desarrollado por María Esperanza Casullo, es un enfoque ideacional. En la obra conjunta escrita con Cristóbal Rovira Kaltwasser (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013, 2017), los autores definen al populismo como una “ideología delgada” que divide a la sociedad en dos campos homogéneos y antagónicos, de un lado el “pueblo puro” y del otro la “élite corrupta” y que entiende que la política debe ser la expresión de la voluntad general del pueblo.

Las ideologías “densas”, como pueden ser el liberalismo, el comunismo, el fascismo, etc. tienen una morfología compleja, poseen varios conceptos centrales y periféricos que son determinantes para desarrollar una red general de ideas que brinda respuestas a todos los problemas políticos que enfrenta una sociedad. Por el contrario, las ideologías delgadas tienen una morfología restringida, se basan en unos pocos conceptos centrales muy esquemáticos y cuyo significado depende mayormente

del contexto social en el que emergen. Tres son los conceptos centrales del populismo, el pueblo puro, la élite corrupta y la voluntad general del pueblo (Mudde, y Rovira Kaltwasser, 2013). El populismo por su carácter de ideología delgada es un elemento que se debe combinar con otros componentes ideológicos que sean más robustos y estables, a partir de estas asociaciones es que se configuran los distintos tipos de populismos. A estos componentes ideológicos los autores los llaman “ideologías huésped” (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2017).

La distinción entre el pueblo y la élite es de base moral. El pueblo es concebido como una entidad homogénea y virtuosa que comparte los mismos intereses y valores. La élite también es concebida como una entidad homogénea pero patológica, y es quien ejerce el poder real en una sociedad en detrimento de los intereses del pueblo. Aunque todas las expresiones políticas populistas se valen de esta distinción, no todas comparten el mismo criterio para distinguir quien forma parte del pueblo puro y quien de la élite corrupta. Ambos conceptos deben ser entendidos como recipientes vacíos que se llenan de diferente manera por diferentes actores políticos. Sobre este punto los autores destacan que realizar un análisis empírico sobre cómo los distintos movimientos populistas definen al pueblo puro y a la élite corrupta es un método apropiado para identificar distintos tipos de populismos. En cuanto a la apelación a la voluntad general del pueblo esta idea alude al concepto de Rousseau de la “volonté générale”, pues el populismo entiende que todos los individuos de una determinada comunidad pueden unirse con el fin de proclamar la soberanía popular como única fuente legítima de poder político (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013).

Por último, Mudde y Rovira Kaltwasser (2013) también señalan dos visiones de la política a las que el populismo se opone: el elitismo y el pluralismo. El elitismo entiende que es necesario que una élite, superior en términos morales, culturales e intelectuales al común de la gente, se encargue de comandar el Estado. Mientras que el pluralismo sostiene que las sociedades están compuestas por distintos grupos sociales con diversas ideas e intereses, por lo que es saludable y necesario que el poder se distribuya en muchos centros de poder. Para el pluralismo el sistema político debe poder reflejar los intereses de grupos heterogéneos social e ideológicamente, y garantizar su competencia por el poder político. De esa manera se encausa la resolución de las diferencias ideológicas de una sociedad de manera armoniosa dentro del mismo sistema

Los autores sostienen que al identificar dos opuestos del populismo -elitismo y pluralismo- nos brindan un enfoque conceptual que es útil para marcar los límites de este fenómeno político. Por otra parte, señalan que como en la realidad el populismo no existe por sí mismo sino que tiene un carácter camaleónico -puede ser de izquierda o de derecha- otra ventaja de su definición mínima sería que permite identificar un “mínimo común denominador” observable en todas las expresiones del populismo. Además, aclaran que su conceptualización los lleva a argumentar que en vez de desarrollar una teoría genérica del populismo el punto de partida del análisis debería ser la identificación de subtipos de populismo (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013).

Antes de cerrar este apartado nos parece importante aclarar porque decidimos introducir esta otra perspectiva siendo que hemos decidido utilizar el enfoque laclausiano del populismo como encuadre teórico general de nuestra investigación. Lo creemos necesario porque en los estudios de Mudde, particularmente, encontramos algo de lo que la obra de Laclau carece: una caracterización y delimitación teórica clara del populismo de derecha, tema de esta tesina.

Entendemos que son dos enfoques que a pesar de diferir en un aspecto relevante, como lo es dónde ubicar al populismo como categoría; mientras que para la perspectiva de Laclau es en las formas -lo entiende como una determinada lógica de una articulación política-, para el que propone Mudde es en los contenidos -lo entiende como un elemento ideológico identificable-, no son plenamente contradictorios. Encontramos coincidencias en lo que ambas aproximaciones teóricas consideran elementos necesarios que deben estar presente para poder caracterizar a un fenómeno político como populista. Principalmente comparten la noción de que para que exista populismo tiene que haber un discurso que dicotomiza el espacio social al trazar una frontera que separa un nosotros “pueblo” de un otro “antipueblo”. Por ello pensamos que sobre la base de los supuestos en común se puede establecer un diálogo entre ambas concepciones e incorporar los insumos teóricos que aportan las investigaciones de Mudde sobre el populismo de derecha al enfoque laclausiano en el que encuadraremos nuestro análisis.

1.5 Populismos de Derecha, una delimitación del fenómeno

Desde la década de los ochenta en distintos países de Europa comenzaron a surgir formaciones políticas que se diferenciaban de la derecha tradicional -

conservadores, liberales y demócratas cristianos-, los temas que conformaban su agenda política eran primordialmente dos: el rechazo a la población extranjera y la crítica a los partidos tradicionales (Hernández-Carr, 2011). También se diferenciaban de la extrema derecha tradicional -agrupaciones de inspiración o vínculo directo con la tradición fascista-, mientras que la extrema derecha era abiertamente antidemocrática estas nuevas formaciones aceptaban la democracia como sistema político, por lo menos en lo que se refiere a la práctica de elecciones democráticas.

Si bien puede haber una tendencia entre periodistas y analistas políticos a relacionar a estas formaciones con la extrema derecha tradicional, en el ámbito académico hay un consenso bastante generalizado en la necesidad de distinguirlas (Betz, 1994; Ignanzi, 2003; Mudde, 2007). La aceptación del régimen democrático y sus fundamentos, aunque puedan criticar ciertos principios de la democracia liberal, es el elemento central que separa a estos partidos de la extrema derecha.

Cas Mudde (2007) propone el término *derecha radical populista*¹ para describir a esta nueva familia de partidos y diferenciarla así de la extrema derecha. Las distintas formaciones políticas que entran en esta clasificación tienen en común el “nativismo” como núcleo ideológico central, las otras características que comparten son el autoritarismo y el populismo.

El nativismo es una versión radicalizada del nacionalismo, un tipo de nacionalismo xenóforo, el autor lo define como “una ideología que sostiene que los estados deben ser habitados exclusivamente por miembros del grupo nativo (“la nación”) y que los elementos no nativos (personas e ideas) son fundamentalmente amenazantes para el estado-nación homogéneo” (Mudde, 2007, pág. 19). El nativismo es el eje articulador, la variante teórica principal alrededor de la cual los populismos de derecha edifican su propuesta política. Podemos decir que el “pueblo” que construyen está delimitado por la identidad étnica.

En cuanto al autoritarismo, si bien este término es utilizado habitualmente para referirse a movimientos políticos o regímenes no democráticos, Mudde lo utiliza en un sentido que está vinculado con una tradición dominante en la psicología social, “el autoritarismo se define aquí como la creencia en una sociedad estrictamente ordenada, en la que las infracciones a la autoridad deben ser castigadas severamente” (Mudde, 2007, pág. 23).

¹ Hay un debate abierto sobre cuál es el término más adecuado para denominar este fenómeno, y si bien Mudde propone ese con sobrada argumentación, nosotros en este trabajo nos vamos a inclinar por el más genérico “Populismo de Derecha” que como sostiene González (2019) pone el énfasis en el estilo político.

En relación al populismo, como ya fue expuesto en el apartado anterior, Mudde lo entiende como una ideología delgada que divide a la sociedad en dos campos homogéneos y antagónicos, la élite corrupta y el pueblo puro y que defiende la idea de que la política tiene que ser la expresión de la voluntad general del pueblo. Hasta ahí contamos con una definición mínima en la que entrarían todos los tipos de populismos. Entonces, para diferenciar dos grandes subtipos de populismos -derecha/izquierda- Mudde y Rovira Kaltwasser (2013) se valen de la distinción que propone Dani Finc entre populismo inclusivo y populismo excluyente, esta distinción es planteada por Finc en tres dimensiones: La material, que hace referencia a la distribución de recursos estatales. La política, se refiere a la participación y representación en el sistema democrático y en la esfera pública. La simbólica, que alude a los límites que se establecen en la definición del “pueblo” que se busca representar. Según los autores en estas tres dimensiones los populismos de derecha -en el artículo se refieren en particular a los populismos europeos- son predominantemente excluyentes. En la dimensión material porque proponen una especie de “chovinismo de bienestar”, un Estado de bienestar con acceso preferencial para la población nativa. En la política pues pugnan por una etnocracia, una democracia en la que la ciudadanía se basa en la etnia y los derechos políticos están restringidos para los extranjeros a menos que acepten asimilarse culturalmente. Y por último en lo simbólico pues el “pueblo” que dicen representar es siempre un pueblo étnico que excluye a las personas y valores “extraños” a la cultura nativa.

Sobre la distinción propuesta por Finc y tomada por Mudde y Rovira Kaltwasser, nos parece atendible la crítica realizada por María Esperanza Casullo (2019) que sostiene que la misma resulta insuficiente, pues la distinción entre incluyente y excluyente no sería clara. La autora argumenta, atinadamente, que para que exista populismo tiene que producirse una separación nosotros/ellos entre el “pueblo” y el “antipueblo” a partir de la construcción de una frontera político-discursiva que los separe, y que por tanto la exclusión discursiva de un “otro” es imprescindible. Entonces, en vez de fijar la atención en si se excluye más o menos, propone hacerlo en la dirección del antagonismo. A su juicio, la diferencia entre populismo de izquierda y derecha reside en lo que llama “pegar hacia arriba” o “pegar hacia abajo”. Los populismos de izquierda pegan hacia arriba, pues tiene un discurso que antagoniza con las élites que poseen el poder económico, social y cultural. Los populismos de derecha, en cambio, pegan hacia abajo al antagonizar con grupos sociales subordinados -principalmente los inmigrantes y las minorías étnicas-. Casullo hace

notar que los populismos de derecha tienen una posición defensiva, hay un fuerte énfasis en sostener ciertas jerarquías sociales que se consideran “naturales” y buscan preservar la “pureza” de un pueblo que entienden se encuentra amenazada. La idea fuerza, expresada a veces más explícitamente y a veces de manera más implícita, es que el status y la forma de vida de los nativos peligran producto de los cambios sociales y económicos que trae aparejado el proceso de globalización.

Casullo propone una síntesis de las diferencias entre los populismos de izquierda y los de derecha a partir de dos aspectos: la orientación temporal y la definición del adversario. En lo que tiene que ver con la orientación temporal, tomando el planteo de Margaret Canovan que diferencia entre los mitos populistas “nostálgicos” y los “futuristas”, los populismos de izquierda se orienta al futuro pues entiende al pueblo como una construcción que se debe realizar, es un proyecto más que una entidad con una existencia plena en el pasado. Por su parte en los populismos de derecha predomina una orientación al pasado, el pueblo es una entidad que existe en el presente porque se ha constituido plenamente en el pasado, es entendido como una entidad orgánica ya constituida la cual debe preservarse su autenticidad. En cuanto la definición del adversario, como ya se mencionó, mientras los populismos de izquierda eligen confrontar con grupos que detentan el poder económico y social, los populismos de derecha lo hacen en la dirección contraria al antagonizar con sectores sociales subordinados. La autora expone de manera ilustrativa esta síntesis en el siguiente cuadro:

	Orientación temporal	Definición del adversario
Rafael Correa, Néstor Kirchner y Cristina Fernández	Futuro	Capitalismo y neoliberalismo
Evo Morales	Futuro-pasado indígena	Capitalismo y neoliberalismo / colonialismo interno
Hugo Chávez	Futuro-pasado de izquierda de los años sesenta	El imperio / los políticos
Donald Trump	Pasado / América “grande”	Inmigrantes / musulmanes / medios y periodistas
Marine Le Pen	Pasado / “Francia para los franceses”	Inmigrantes / Musulmanes / élites europeas

Nota: Recuperada de *¿Por qué funciona el populismo?*, Casullo, M. E., 2019, pág. 147.

Ciudad de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.

Los populismos de derecha antagonizan en dos direcciones: por un lado, con los enemigos que se encuentran dentro del estado pero fuera de la nación - inmigrantes y minorías étnicas- ; por el otro, con los enemigos dentro del estado y de la nación -las élites corruptas y traidoras-. Aunque son los primeros a los que suele prestarse mayor atención, son los segundos a los que se les arroja ser la mayor amenaza por ser miembros del grupo “nativo” que traicionan a la nación y corrompen al pueblo. Para los populistas de derecha las élites políticas y económicas se benefician de la inmigración masiva, en detrimento del bienestar de la población nativa, unos obtienen un incremento de su base de apoyo electoral y los otros consiguen mano de obra barata (Mudde 2007).

Mudde (2007) hace notar que la definición de los enemigos permite dar contenido implícito a una “natividad” que si no es vagamente definida. Así los diferentes enemigos y los prejuicios vinculados ayudan a definir por oposición al endogrupo. En contraposición con ciertos enemigos que se describen como primitivos y/o parásitos el endogrupo se presenta como moderno y trabajador, la descripción de otros como criminales da a entender que el endogrupo es honesto. También destaca el que la carga moralizante de la distinción entre los miembros del endogrupo y los exogrupos hace que el compromiso resulte prácticamente imposible pues esto “contaminaría” al endogrupo.

1.5.1 De los márgenes al centro del escenario político

Hasta no hace tanto tiempo existía una visión compartida por gran parte del mundo académico que consideraba que los populismos de derecha, a pesar de ciertos éxitos relativos en algunos países, no significaban un verdadero desafío para las democracias liberales occidentales consolidadas -particularmente las del norte global-. Se pensaba que las mismas contaban con los anticuerpos necesarios para lidiar con este tipo de expresiones políticas.

Podemos sostener hoy que esas lecturas pecaron de ser demasiado optimistas. Como indica Mudde (2021) coincidiendo aproximadamente con los inicios

del siglo XXI comienza la llamada cuarta ola² de la ultraderecha de posguerra, la cual se va caracterizar por la desmarginación y la normalización de la ultraderecha en general y de los nuevos populismos de derecha en particular. El autor reconoce tres eventos que beneficiaron electoral y políticamente a estas formaciones, los atentados terroristas del 11 de septiembre -y los que le siguieron-, la crisis financiera de 2008 y la crisis de los refugiados de 2015 en Europa. Si desde finales de la segunda guerra mundial sus reivindicaciones eran consideradas inaceptables para el sistema político y sobre estos partidos se venían aplicando los llamados “cordones sanitarios” en los últimos años esto ha cambiado significativamente. Mudde señala que cada vez son más los países en los que la derecha radical populista está pasando a ser considerada como socios de coalición aceptables para los partidos de derecha tradicional, y en ocasiones no solo para los de derecha, también que han visto incrementada su relevancia en la formación de gobiernos, sumado a que cada vez más sus ideas se debaten en círculos políticos y mediáticos “mainstream”. Además, destaca que algunos partidos políticos tradicionales directamente han adoptado algunas de sus iniciativas -aunque de manera un poco más moderada- como las políticas más estrictas en temas como inmigración, integración y terrorismo. Un dato revelador que puede ayudar a graficar los alcances de esta cuarta ola es que para 2019 distintas expresiones de ultraderecha contaba con presencia en veintiún de veintiocho parlamentos nacionales de los estados miembros de la Unión Europea, en nueve formaba parte de coaliciones de gobierno y en dos - Hungría y Polonia- ya gobernaba en solitario (González, 2019).

Más allá de las particularidades nacionales que pueden dar cuenta de una parte del fenómeno, se puede observar en lo estructural una relación entre la crisis de la globalización como modelo y proyecto hegemónico, que tiene como hito de su fin de ciclo el crack financiero de 2008, y el ascenso a primer plano del escenario político de distintas expresiones del populismo de derecha. Como explica Sanahuja (2019) el descontento social que trae aparejado la crisis de la globalización deviene en crisis de legitimidad de la democracia liberal, y esta supone un amplio cuestionamiento de las élites y del establishment partidario de la globalización. Los populismos de derecha

² El politólogo alemán Klaus von Beyme distinguió tres olas de la ultraderecha de posguerra: el neofascismo de 1945 a 1955 una expresión nostálgica y marginal de resabios del fascismo y el nazismo, el populismo de derecha de 1955 a 1980 representativo principalmente de pequeños comerciantes que surgió como reacción contra la marginación de las periferias rurales y el desarrollo del Estado de bienestar, la derecha radical de 1980 a 2000 que fue la primer ola significativa y que se caracteriza por la entrada paulatina de los partidos de derecha radical populista en los parlamentos nacionales. (Mudde, 2021)

han sabido nutrirse más que cualquiera de este descontento social con la globalización y sus efectos, encauzando el malestar de una parte importante de los perdedores de la globalización, sea en términos económicos, de status y expectativas, o socioculturales.

El historiador Xavier Casals (2019) propone retomar una lectura que fue planteada por el politólogo Pascal Perrineau para explicar el ascenso del lepenismo en Francia, para extrapolarla al análisis del ascenso del conjunto de estas expresiones políticas. A juicio de Perrineau hay cinco fracturas que explican este ascenso. Una fractura económica que opone a los que se benefician o valoran positivamente la globalización y a los perdedores de la mundialización de la economía. Una segunda fractura que opone a quienes adhieren a un movimiento de apertura internacional de la sociedad y quienes desean volver a sociedades más cerradas con orientaciones más nacionales y proteccionistas. Otra fractura de carácter cultural que opone a los partidarios de un “liberalismo cultural” que adhieren al desarrollo de normas y valores más hedonistas y antiautoritarios y a quienes anhelan retornar a los valores tradicionales frente a las amenazas foráneas. Una cuarta fractura sería de carácter geográfico, que genera tensiones entre las grandes ciudades insertas en los circuitos internacionales y por ende más dinámicas y emprendedoras, y una periferia rural y de ciudades medianas o pequeñas excluidas de estos circuitos económicos, con clases medias erosionadas y dependientes de beneficios sociales. Estas zonas en la que las transformaciones económicas han generado un proceso de desindustrialización facilitan el mayor arraigo de expresiones populistas de derecha. Por último una fractura de carácter política, entre visiones más institucionalista de quienes defienden “culturas de gobierno” y de quienes adhieren a “culturas antisistema” dada su desconfianza ante la política tradicional.

1.5.2 Los temas del populismo de derecha

Mudde (2021) reconoce cuatro grandes temas en esta cuarta ola: la inmigración, la seguridad, la corrupción y la política exterior.

La cuestión de la inmigración sigue siendo el tema predominante, para el populismo de derecha la inmigración masiva es una amenaza para la existencia del propio Estado-nación. La teoría conspirativa del “gran reemplazo”, popularizada por los escritores franceses Jean Raspail y Renaud Camus y que sostiene que la población blanca europea está siendo sistemáticamente reemplazada por distintos pueblos no

Europeos, ha servido de sustento a la retórica antiinmigratoria de los populismos de derecha (Mudde, 2021). La inmigración es planteada como un problema a partir de tres ejes: el cultural, el de la integración -que deriva del anterior-, y el material (Hernández-Carr, 2011).

Sobre el primer eje, a partir de la necesidad de justificar el rechazo a la población extranjera, pero sin recurrir a los viejos argumentos del racismo que se apoyan en fundamentos biológicos y jerárquicos que cayeron en desgracia al quedar fuertemente desacreditados después de la experiencia nazi y el cuestionamiento científico, aparece la cuestión cultural. Con fundamento en el "etnopluralismo"³ los populismos de derecha van a presentar su oposición a la inmigración como una lucha por resguardar la identidad cultural de la nación. Como la nación es entendida como una entidad identificada solo con elementos del pasado común de un pueblo, la población extranjera siempre va a ser colocada en un lugar de exterioridad a la misma por su diferente pertenencia cultural. Así, la entrada excesiva de inmigrantes va a ser presentada como un peligro para la supervivencia de la nación. Esta idea de protección de las culturas autóctonas se ha ido complementando, con más fuerza luego de los atentados del 11 de septiembre, con la defensa de la sociedad y los valores occidentales en su conjunto frente a la amenaza del islam, que es presentado como una religión intolerante que amenaza destruir los cimientos de la civilización occidental (Hernández-Carr, 2011).

En relación a la integración, esta se presenta como un problema que deriva de la incompatibilidad cultural. Para los populistas de derecha como los inmigrantes pertenecen mayoritariamente a culturas y sociedades "atrasadas" resulta difícil que se adapten a las normas y valores de la sociedad que los recibe. Y esto genera necesariamente una situación de conflictos latentes permanentemente y problemas de convivencia derivados (Hernández-Carr, 2011).

Por último, la llegada masiva de inmigrantes se presenta como un perjuicio material principalmente para los sectores populares de la población nativa que necesariamente ven amenazada sus condiciones de vida. Los populistas de derecha denuncian por una parte, el coste que para los servicios públicos ofrecidos por los Estados de bienestar significan los inmigrantes; por otra parte, en relación al mercado laboral, se presenta como un fenómeno que influye en el aumento del desempleo de la

³ Concepto popularizado por los intelectuales franceses de la Nouvelle Droite, el cual sostiene que los grupos étnicos diferentes son iguales en jerarquía y deben respetarse pero mantenerse separados unos de otros para su preservación (Mudde, 2021).

población nativa y la precarización de los empleos, por la competencia “desleal” que ejerce la mano de obra barata de la población extranjera (Hernández-Carr, 2011). De ahí que para solucionar el supuesto perjuicio que a nivel económico significan los inmigrantes para la población autóctona los populistas de derecha propongan una política de “preferencia nacional” para el acceso a los recursos públicos y al mercado de trabajo. Como explican Mudde y Rovira Kaltwasser (2013) la inmigración es entendida como un juego de suma cero, en el que o los extranjeros consiguen algo a costa de los nativos, o la población autóctona mantiene sus condiciones materiales de vida como consecuencia de la exclusión de los inmigrantes.

La “seguridad” es otro tema que acapara bastante la agenda de los populismos de derecha, y la entienden como algo mucho más amplio que la seguridad física de las personas, la seguridad para estas formaciones hace referencia tanto a los individuos como a los colectivos -la comunidad nacional-. Ven la gran mayoría de los problemas políticos que les preocupan como potenciales amenazas contra el orden y generadores de inseguridad, por lo que ya sea en temas como delincuencia y drogas, o inmigración y desempleo el menú de opciones siempre está acotado a políticas autoritarias. Y por supuesto la seguridad es una cuestión abordada siempre desde una perspectiva nativista, pues para el populismo de derecha son los extranjeros la fuente principal de inseguridad para la población nativa. El problema de la delincuencia, por ejemplo, es visto ante todo como un problema “foráneo” pues lo centran mayormente en los delitos cometidos por “extranjeros” -una concepción de extranjeros donde entran incluso muchos nacidos y criados en ese mismo país, pues desde el punto de vista nativista no es suficiente tener ciudadanía de un país para ser considerado oriundo de este-. Para los populistas de derecha los únicos hechos delictivos que no son mayoritariamente cometidos por extranjeros son los casos de corrupción en los que están envueltas las élites políticas nativas. Sostienen que la delincuencia crece porque no se pone un freno a la inmigración y por las que califican como “ingenuas” y “débiles” medidas tomadas por los políticos tradicionales. La dureza en los temas vinculados con la ley y el orden público es una de las claves de sus programas. Proponen que la delincuencia sea abordada con una aplicación inflexible de la leyes penales y exigen mayor libertad de acción para la policía y los tribunales con menores intromisiones políticas (Mudde, 2021).

Así como la vinculación entre inmigración y delincuencia es un viejo tópico de los populismos de derecha, la relación de la inmigración y el terrorismo es más reciente. Como ya mencionamos, luego de los atentados del 11 de septiembre de

2001 comenzó a ponerse mayor énfasis a la asociación entre terrorismo y todo lo que tuviera que ver con el mundo islámico -y esto es algo que excede a los populismos de derecha-, por lo que el simple hecho de ser musulmán paso a ser un causal de sospecha. Como explica Mudde (2021) los populistas de derecha no suelen utilizar el término “terrorismo” para nada que no sea la violencia política islámica, minimizando y hasta a veces avalando la violencia política ultraderechista. Según su óptica el fenómeno del terrorismo es una muestra más del fracaso de las sociedades multiculturales.

Son muchas las formaciones populistas de derecha que impulsan iniciativas que buscan un tránsito de un estado de derecho a una especie de “estado de seguridad”. Con la certeza de que la nación está bajo una amenaza inminente por parte de extranjeros, sean simples inmigrantes o terroristas islámicos, piensan que no debe existir obstáculos, como por ejemplo el derecho a la privacidad o la asesoría legal, para que el estado lleve adelante acciones defensivas. Estas formaciones explotan el miedo, valiéndose de él como recurso político de manera permanente. La política del miedo cumple un papel importante en la homogenización del endogrupo y la polarización con los exogrupos (Mudde, 2007). Pero, debemos decir que la política del miedo no es privativa de los populismos de derecha, aunque sean sus principales beneficiados. Luego del 11 de septiembre, y los distintos atentados terroristas que le siguieron, se ha vuelto más común en todo el arco político. Un ejemplo de esto es que las agendas para la lucha antiterrorista han pasado a ocupar un lugar cada vez más importante en distintos gobiernos.

En lo que respecta a la corrupción, siempre la vinculan con una élite compuesta por políticos tradicionales -miembros estables del sistema político- y una parte de las élites económicas, todos ellos son acusados de robarle al pueblo. Sobre la élite política en particular también pesa la acusación de corromper el sistema político cometiendo fraude electoral, ya sea con el argumento de que dejan votar a inmigrantes ilegales o algunas veces con el más grotesco que plantea que incluso el voto de los inmigrantes residentes con ciudadanía plena es fraudulento por no ser “nativos” del país. Los populistas de derecha también suelen acusar a la élite política de corromper a la nación con sus ideas “posmodernas” que se encargan de divulgar en colaboración con la “élite intelectual izquierdista”, ejemplo de estas ideas serían el multiculturalismo y el feminismo.

Por último, en lo que tiene que ver con la política exterior el populismo de derecha siempre la entiende como algo supeditado a la política nacional, la política de “*America first*” de Donald Trump es un ejemplo paradigmático (Mudde 2021). Si vemos la emergencia de esta corriente política como la expresión de una reacción a las consecuencias del proceso de globalización, reacción potenciada a partir de la crisis financiera de 2008 que puso fuertemente en cuestión los “beneficios indiscutibles” de la globalización económica pregonados por el internacionalismo liberal, es fácil entender porque una política exterior de corte nacionalista y defensiva es una idea que la mayoría de los populismos de derecha comparten. Como señala Sanahuja (2019) estas formaciones ponen en cuestión los principios, normas e instituciones del internacionalismo liberal contemporáneo que han servido de sostén al proceso de globalización. En general suelen tener una posición hostil hacia organismos supranacionales como la ONU o la Unión Europea, que señalan como promotores de un combo de multiculturalismo, globalización, y política migratoria benévola, el cual sufre el pueblo y beneficia a las élites políticas y económicas cosmopolitas. Los populistas de derecha europeos ven en la Unión Europea una amenaza a la soberanía nacional, los cuestionamientos de estas formaciones a la sujeción de los Estados-nación a las normativas emanadas de Bruselas han ido in crescendo desde la firma del Tratado de Maastricht⁴ en 1992 llegando a un pico de radicalidad con la crisis de los refugiados sirios en 2015 donde los populistas de derecha lograron imponer su narrativa securatista sobre la inmigración.

Contamos ya con una síntesis de los principales temas que a grandes rasgos forman parte de la agenda política de todos los del populismo de derecha. Esto se suma a la anterior descripción de los comunes denominadores que nos permiten delimitar el fenómeno en cuestión para poder caracterizarlo adecuadamente. Expusimos también una breve explicación del escenario en el que se produce la desmarginación y normalización de estas expresiones políticas que nos da una contextualización del fenómeno. Incorporando todos estos elementos al arsenal conceptual que nos ofrece la teoría del discurso y la hegemonía en general y en particular los trabajos de Laclau sobre el populismo, tenemos un conjunto de

⁴ Piedra angular de la Unión Europea, con este tratado se sobrepasa el objetivo económico inicial de construir un mercado común que tenía la constitución de la Comunidad Económica Europea a partir de los Tratados de Roma de 1957, dándosele a la Comunidad Europea una vocación de unidad política. A través del mismo se profundiza la integración de los Estados miembros creando por ejemplo la ciudadanía europea y se incrementan las competencias legislativas y de control del Parlamento Europeo introduciendo el procedimiento de codecisión y la ampliación del procedimiento de cooperación.

herramientas teóricas con las cuales abordar los discursos políticos de los distintos líderes que serán materia de análisis de los siguientes capítulos.

Capítulo 2: Donald Trump, el “outsider”.

“Hoy no solo estamos traspasando el poder de un gobierno a otro ni de un partido a otro, sino que estamos transfiriéndolo de Washington D.C. al pueblo americano.”

Donald Trump

Discurso de investidura presidencial, 20 de enero de 2017.

Si en Europa el populismo ha sido un fenómeno que se expresa mayoritariamente a través de partidos políticos, en los Estados Unidos -de manera similar a lo que pasa en Sudamérica- el populismo se asocia principalmente a liderazgos presidenciales.

Como explica María Esperanza Casullo (2019) Donald Trump ejemplifica una tendencia mundial en ascenso: la del líder populista de derecha que se presenta como un empresario exitoso. Casullo sostiene que en su presentación discursiva los líderes empresarios suman cuatro valores emocionales clave: externalidad a la política, honestidad, tecnocracia y “glamour”. El primer valor implica que como son empresarios que vienen de fuera del mundo de la política no están contaminados con los vicios de la “clase política” y por tanto, son personas capaces de reformar a la “partidocracia corrupta”. En cuanto al segundo valor, la riqueza se vuelve en una especie de garantía material de inmunidad frente al atractivo de la corrupción, la fórmula usada en la Argentina “como es rico, no va a robar” puede ejemplificar esta idea. Sobre el tercer valor, el empresario es presentado como alguien con un conocimiento tecnocrático, que posee dotes de gestión, y es alguien eficiente que sabe cómo “hacer que las cosas se hagan”. Por último, el aura de “glamour” asociada a la riqueza se transforma en un lazo aspiracional para sus seguidores, en la figura del empresario exitoso ven la promesa de aquello a lo que podrían aspirar aunque sea en una versión mucho más modesta. En su discurso estos líderes suelen hacer una especie de defensa moral de la acumulación como virtud.

2.1 El populismo en la historia de los Estados Unidos

El populismo cuenta con un largo recorrido en la historia de los Estados Unidos. Como hace notar Laclau (2005) podemos encontrar ya una tradición de defensa populista del hombre humilde frente a una oligarquía financiera corrupta, principalmente como parte de las herencias ideológicas jeffersoniana y jacksoniana, al remontarnos a los tiempos anteriores a la Guerra Civil. La distinción entre quienes se encontraban en las altas esferas del poder y el hombre común fue el tema recurrente de esta tradición.

Pero no fue hasta fines del siglo XIX que se produjo el primer intento de articulación política populista de escala nacional con la creación en 1892 del Partido del Pueblo liderado por James B. Weaver. Un partido que surge como intento de representación política de los pequeños y medianos propietarios agrarios empobrecidos por la caída de los precios agrícolas, así como de las organizaciones laborales y reformistas. Weaver se presentó a las elecciones presidenciales de ese mismo año con un programa radical para la época, en el cual se sostenía que los Estados Unidos se encontraban al borde de la ruina moral, política y material (Nevins, Commanger y Morris, 1994). Entre sus propuestas destacaban la intervención estatal en la economía, el control del gobierno sobre los servicios públicos, la democratización monetaria a través de la libre acuñación de moneda de plata, reducir la jornada laboral a 8 horas, controlar la especulación de la tierra, limitar el poder de los bancos, reformar el sistema electoral y la restricción de la inmigración. Pese a haber tenido un buen desempeño electoral logrando más de un millón de votos -8,5% del total-, estos estuvieron casi exclusivamente concentrados en el sur y al oeste del río Misisipi, mostrando la escasa influencia de la propuesta populista en los centros urbanos del este. Para las elecciones de 1896 los populistas se encontraron frente a una disyuntiva, el candidato demócrata William Jennings Bryan tenía una plataforma que tomaba muchas de las reivindicaciones populistas y había adoptado un discurso cercano al del Partido del Pueblo, en consecuencia se había ganado el apoyo de muchos agricultores. Atentos a que esta estrategia de Bryan los debilitaba y conscientes de los problemas que tenían para ampliar su electorado, los populistas decidieron nominarlo como su candidato. Pese al apoyo de los populistas Bryan fue derrotado por el candidato republicano William McKinlay. Como consecuencia de esta derrota los populistas quedaron muy debilitados y el partido comenzó a disolverse rápidamente.

Mediando ya el siglo XX, en las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial va a aparecer nuevamente en escena un discurso populista pero esta vez de claras connotaciones conservadoras. Laclau (2005) señala como un primer momento de cristalización de un discurso conservador de tintes populistas las cruzadas anticomunistas de la década de 1950 que tuvieron su epicentro en el macartismo, y que para el autor comenzaron a mostrar el franco retroceso del discurso del New Deal. El segundo momento significativo de esta aparición pública de un discurso populista de derecha que menciona Laclau son las campañas electorales de George Wallace. En 1962 Wallace es electo Gobernador de Alabama por el Partido Demócrata con una campaña de rechazo abierto a la política de derechos civiles y antisegregacionista. Esa posición política chocaba abiertamente con la línea oficial de los demócratas a favor de los derechos civiles tomada por el presidente John F. Kennedy, situación que llevó a Wallace a abandonar el partido y presentarse a las elecciones presidenciales de 1968 por un nuevo partido ultraconservador, el Partido Americano Independiente. Su discurso fue una mezcla de racismo con la mayoría de los viejos tópicos populistas. Si bien su desempeño electoral fue modesto, con excepción de un caudal de votos importante en sus enclaves en el sur, su intervención política tendría un impacto duradero al contribuir a cementar la articulación entre identidades populares y el radicalismo de derecha (Laclau, 2005).

El leitmotiv de la defensa del hombre común frente al establishment político y económico volvería a emerger en la campaña de Ross Perot para las elecciones presidenciales de 1992. Perot era un empresario texano multimillonario que se presentó como candidato independiente utilizando un lenguaje llano y aprovechando su imagen de empresario exitoso “hecho a sí mismo” que cuadraba perfectamente con el mito norteamericano –recurso del que, como ya se mencionamos anteriormente también se valdría Donald Trump-. Se mostraba a sí mismo como el hombre que representaba los intereses de la gente común frente a los miembros de la “élite liberal” que se había apropiado del gobierno federal y defendía políticas “antiestadounidenses”. El centro de su discurso fue una retórica proteccionista que combinaba una oposición abierta al NAFTA con el rechazo a la inmigración ilegal. Perot consiguió el 19% de los votos, sus votantes fueron casi exclusivamente blancos, muchos de ellos pequeños empresarios, comerciantes y obreros que habían sido víctimas de la deslocalización de actividades económicas que se venía operando como consecuencia del proceso de globalización.

2.2 El discurso político de Donald Trump

Desde el anuncio oficial de su postulación como pre-candidato a la presidencia en la interna del Partido Republicano, con un discurso enunciado desde el hall de la Trump Tower en Nueva York, Donald Trump dejó en claro cuáles serían los términos en los que iba a desarrollarse su incursión en la arena política norteamericana: el antagonismo iba a ser el ordenador de su narrativa política. Su discurso se caracterizó desde un principio por el uso de un lenguaje sencillo, las ejemplificaciones hiperbólicas y un notable componente emocional.

En el que fue elegido como su principal slogan de campaña “*Make America Great Again*” se resume el espíritu de la convocatoria política de Trump, una exaltación nostálgica de un pasado glorioso de los Estados Unidos que se contrapondría con un presente de decadencia. Su discurso presenta un país en ruinas necesitado de un liderazgo fuerte que lo vuelva a poner en pie:

El sueño americano está muerto. Pero si gano lo construiré de nuevo, más grande y mejor que nunca antes. Nosotros vamos a hacer a Estados Unidos grande de vuelta. (Donald Trump, Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano, 16 de junio de 2015; traducción propia)

A quienes Trump va a identificar como actores responsables de esta situación ruinososa en la que se encuentra el pueblo estadounidense, sobre los que dirigirá el antagonismo, son: una élite política y económica local; los principales medios de comunicación del país; los inmigrantes; otros Estados, principalmente China.

Como explican Mudde y Rovira Kaltwasser una característica que define al populismo es la de dividir a la sociedad en dos campos homogéneos y antagónicos, de un lado una “élite corrupta” y del otro el “pueblo puro”. Esta contraposición se hace presente en el discurso de Donald Trump reiteradamente:

Nunca podremos arreglar un sistema manipulado contando con las mismas personas que lo manipularon en primer lugar. Los insiders escribieron las reglas del juego para poder mantener el poder y el dinero (...) No es solo el sistema político el que está manipulado, es toda la economía. Está manipulado por grandes donantes que quieren mantener bajos los salarios. Está manipulado por grandes empresas que quieren salir de nuestro país, despedir a nuestros trabajadores y vender sus productos de nuevo en los Estados Unidos sin ninguna consecuencia para ellos. Está manipulado por burócratas que están atrapando a los niños en las escuelas que fracasan. Está

amañado contra ustedes, el pueblo estadounidense. (Donald Trump, Discurso en Nueva York, 22 de junio de 2016; traducción propia)

En este fragmento podemos ver como Trump denuncia de manera explícita al establishment político y económico de manipular el sistema en su favor y en detrimento de los intereses del pueblo estadounidense. Y de esta manera presenta la idea de que el cambio que necesita el pueblo estadounidense no puede venir de dentro del propio sistema, no pueden ser los “insiders”, los políticos tradicionales, esa élite corrupta que se opone a los intereses del pueblo. Para arreglar el sistema es necesario alguien de afuera, un “outsider”, como es Trump, que no tenga compromisos con ese sistema manipulado.

Luego en ese mismo discurso, en alusión al día de las elecciones presidenciales, Trump vuelve a hacer hincapié en el antagonismo entre una élite política traidora y el pueblo en los siguientes términos:

En noviembre, el pueblo estadounidense tendrá la oportunidad de emitir un veredicto sobre los políticos que sacrificaron su seguridad, traicionaron su prosperidad y vendieron su país. (Donald Trump, Discurso en Nueva York, 22 de junio de 2016; traducción propia)

Podemos observar a continuación como ese antagonismo vuelve a hacerse presente en este fragmento del discurso de Trump durante el acto de aceptación de la nominación como candidato del Partido Republicano a la presidencia:

Estados Unidos es una nación de creyentes, soñadores y luchadores liderada por un grupo de censores, críticos y cínicos. Recuerden: todas las personas que le dicen a ustedes que no pueden tener el país que desean son las mismas personas que decían que yo no tenía la menor posibilidad de estar aquí esta noche. Ya no podemos confiar en esas mismas personas en los medios de comunicación y en la política, que dirán cualquier cosa para mantener un sistema manipulado en su lugar. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016, traducción propia)

Se manifiestan aquí claramente los dos campos antagónicos bien diferenciados, de un lado un “pueblo puro” portador de virtudes como ser “creyentes, soñadores y luchadores”, del otro lado la élite corrupta de “censores, críticos y cínicos” También en este pasaje podemos notar como dentro de ese “ellos” que construye Trump aparece otro de los actores que habíamos mencionado como uno de los destinatarios del antagonismo en su discurso: los medios de comunicación.

El antagonismo con la élite política no va a ser un recurso del que Trump se valga solo para su campaña electoral. Luego de ser electo presidente, continuará

formando parte de su repertorio discursivo para reforzar el vínculo con su electorado, como lo demuestra el siguiente pasaje de su discurso durante la ceremonia de investidura presidencial:

“Durante demasiado tiempo, un pequeño grupo de personas en la capital de nuestra nación ha cosechado los frutos del gobierno mientras el pueblo soportaba los costes. Washington prosperaba, pero el pueblo no compartía su riqueza. Los políticos prosperaban, pero el empleo desaparecía y las fábricas cerraban. El aparato se protegía a sí mismo, pero no a los ciudadanos de nuestro país.” (Donald Trump, Discurso de investidura, 20 de enero de 2017; traducción propia)

Ahora, para continuar con nuestro análisis es importante tener presente algo que habíamos señalado en nuestro marco teórico. Como explicaba Mudde (2007), los populismos de derecha antagonizan en dos direcciones: con las élites corruptas y traidoras -los enemigos dentro del Estado y la nación-, y con los inmigrantes -los enemigos dentro del Estado pero fuera de la nación-. Trump coloca al tema de la inmigración en su agenda política desde el día uno, y lo hace con una retórica antiinmigratoria que no va a dejar dudas de que será el chivo expiatorio favorito en sus diagnósticos sobre los problemas de la sociedad estadounidense:

Cuando México manda a su gente no manda lo mejor. Está enviando a gente con un montón de problemas (...). Están trayendo drogas, el crimen, a los violadores. Asumo que hay algunos que son buenos. (Donald Trump, Lanzamiento oficial como precandidato republicano, 16 de junio de 2015; traducción propia)

Su propuesta de campaña más emblemática, que generaría gran adhesión entre sus seguidores, quizás la que ocasionó mayor controversia en los medios de comunicación y en la opinión pública en general, fue la construcción de un muro a lo largo de toda la frontera sur de los Estados Unidos. Así presentaba esta propuesta durante su discurso en el acto de aceptación de la nominación como candidato republicano:

Vamos a construir un gran muro fronterizo para detener la inmigración ilegal, detener las pandillas y la violencia, y evitar que las drogas sigan fluyendo a nuestras comunidades. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

Trump elige mostrar a las personas que cruzan esa frontera, en su mayoría familias enteras provenientes de México y de distintos países centroamericanos que deciden atravesarla escapando de la pobreza, la violencia y la falta de oportunidades

en sus respectivos países, con la esperanza de que en Estados Unidos podrán forjarse un futuro mejor, como peligrosos delincuentes que vienen a perturbar la tranquila vida de las comunidades estadounidenses.

Pero no serán los inmigrantes latinoamericanos las únicas víctimas de su discurso xenófobo, quienes provienen de países de mayoría musulmana también formarán parte de ese selecto grupo de enemigos. En este caso serán la representación de otra amenaza para el pueblo estadounidense, el terrorismo islámico. Un ejemplo de esta operación discursiva podemos ver en el siguiente fragmento:

Quizás lo más aterrador de la política exterior de Hillary Clinton es que se niega a reconocer la amenaza que representa el Islam radical. De hecho, Hillary Clinton apoya un aumento radical del 550% en los refugiados sirios que ingresan a los Estados Unidos, y eso es un aumento con respecto al número ya muy alto del presidente Obama. Según su plan, admitiríamos a cientos de miles de refugiados de los países más peligrosos de la Tierra, sin forma de determinar quiénes son o en qué creen. Ya, cientos de inmigrantes recientes y sus hijos han sido condenados por actividad terrorista dentro de los Estados Unidos. (...) Yo solo quiero admitir a personas que comparten nuestros valores y aman a nuestra gente. (Donald Trump, Discurso en Nueva York, 22 de junio de 2016; traducción propia)

Hay tres cuestiones importantes que quedan expuestas en este párrafo, primero la relación directa que establece Trump entre los inmigrantes pertenecientes a la comunidad musulmana y el terrorismo. Segundo, la externalidad de esta comunidad a lo que considera que son los valores y las creencias del pueblo estadounidense, lo que podríamos llamar la "América Cristiana". Por último, la forma en que utiliza una situación de inestabilidad en el contexto internacional como fue la crisis de refugiados sirios, planteándola como una amenaza a la forma de vida estadounidense.

Veamos ahora el siguiente pasaje de su discurso de aceptación de la nominación como candidato republicano:

Yo solo quiero admitir a personas en nuestro país que apoyarán nuestros valores y amarán a nuestro pueblo. Cualquier persona que apoya la violencia, el odio o la opresión no es bienvenida en nuestro país y nunca lo será. Décadas de inmigración récord han producido salarios más bajos y mayor desempleo para nuestros ciudadanos, especialmente para los trabajadores afroamericanos y latinos. Vamos a tener un sistema de inmigración que funcione, pero que funcione para el pueblo estadounidense. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

Por una parte aquí vemos aparecer nuevamente, como en la cita anterior, la dimensión nativista de su discurso, al expresar el rechazo a todo tipo de inmigración que se oponga a los que considera son los valores estadounidenses. Una oposición a la inmigración que se presenta, como explicaba Hernandez-Carr (2011), como una lucha por resguardar la identidad cultural de la nación. Por otra parte, podemos ver como el tema de la inmigración se aborda como una cuestión de costo-beneficio, en palabras de Mudde y Rovira Kaltwasser (2013) “un juego de suma cero” en el que los extranjeros compiten con la población nativa por puestos de trabajos, salarios, y recursos del Estado. Planteándose así la mejora o el simple mantenimiento de las condiciones de vida de la población autóctona como algo posible solo a costa de disminuir drásticamente la inmigración. Podemos ver un ejemplo aún más claro de esta idea en el siguiente pasaje del segundo discurso de Trump como presidente sobre el estado de la unión⁵:

Ningún tema ilustra mejor la división entre la clase trabajadora de Estados Unidos y la clase política de Estados Unidos que la inmigración ilegal. Políticos ricos y donantes presionan para abrir fronteras mientras viven sus vidas detrás de muros y puertas y guardias. Mientras tanto, los estadounidenses de clase trabajadora deben pagar el precio de la migración ilegal masiva: empleos reducidos, salarios más bajos, escuelas y hospitales sobrecargados, aumento del crimen y una red de seguridad social agotada. (Donald Trump, Discurso del estado de la unión, 5 de febrero de 2019; traducción propia)

También aquí observamos como Trump vuelve a antagonizar con las élites políticas y económicas -los “donantes”- al exponerlos como responsables y beneficiarios de la inmigración masiva, a costa del bienestar de la población nativa. Como explicábamos en el capítulo anterior, los populistas de derecha sostienen que las élites locales obtendrían de la inmigración rédito político unos y rédito económico los otros. Los políticos un incremento de su base electoral, los empresarios mano de obra barata.

En el plano de la política exterior, Trump ubicará a China como su principal antagonista, como parte de un enfoque general en el que se impugna a la globalización económica y sus consecuencias para el pueblo estadounidense. Así se

⁵ El discurso sobre el estado de la Unión consiste en un informe anual que el presidente de los Estados Unidos presenta al congreso sobre el estado del país, así como una recapitulación de las iniciativas llevadas adelante por su administración en el último año. También en este el presidente presenta sus propuestas legislativas para el año que comienza.

refería a las relaciones comerciales entre Estados Unidos y China durante el discurso en el que oficializaba su candidatura a la interna del Partido Republicano:

Nuestro país tiene un serio problema, ya no tenemos victorias. ¿Cuándo fue la última vez que alguien nos vio ganar a China en un tratado comercial? Nos asesinan. (Donald Trump, Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano, 16 de junio de 2015; traducción propia)

Es en el orden económico especialmente, donde Trump va a centrar sus críticas a las relaciones con China. La relocalización de empresas estadounidenses para fabricar sus productos en Asia, con la consecuente pérdida de empleos, o los desequilibrios en la balanza comercial con la potencia asiática serán algunas de las razones esgrimidas por Trump para justificar su postura beligerante frente a China. A continuación podemos observar esto que mencionamos, en dos fragmentos de distintos discursos:

Mucha gente allí no puede conseguir trabajo. No pueden conseguir trabajo, porque no hay trabajo, porque China tiene nuestros trabajos. (Donald Trump, Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano, 16 de junio de 2015; traducción propia)

Nuestro déficit comercial con China se disparó un 40% durante el tiempo de Hillary Clinton como secretaria de Estado, una actuación vergonzosa por la que no se la debe felicitar, sino más bien desdeñar. Hillary Clinton le dio a China millones de nuestros mejores trabajos y, efectivamente, permitió que China se reconstruyera por completo. (Donald Trump, Discurso en Nueva York, 22 de junio de 2016; traducción propia)

Esta confrontación con China la tenemos que entender en el marco del desafío que ha significado su ascenso vertiginoso en las últimas décadas para el liderazgo global de los Estados Unidos. Para Trump la globalización ha sido beneficiosa para el gigante asiático y ha perjudicado a Estados Unidos.

Desde la década de 1980 la globalización neoliberal tuvo como su principal impulsor a Estados Unidos y sus sucesivos gobiernos, Trump va a impugnar ese mandato pregonando durante su campaña un cambio de esa línea. Buscará de esta manera ser la representación política de los cada vez más amplios sectores sociales que se reconocen como “perdedores de la globalización”, lo hará utilizando en su discurso una retórica fuertemente nacionalista, como podemos apreciar en el siguiente ejemplo:

La diferencia más importante entre nuestro plan y el de nuestros oponentes es que nuestro plan pondrá a Estados Unidos en primer lugar. El americanismo, no el globalismo, será nuestro credo. Mientras estemos dirigidos por políticos que no pongan

a Estados Unidos en primer lugar, podemos estar seguros de que otras naciones no tratarán a Estados Unidos con respeto. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

Aparece en este pasaje una idea que se sintetiza en el otro slogan de campaña de Trump que acompañó al *“Make America Great Again”*, el *“America First”*. América Primero es una frase que cuenta con una larga historia en la política estadounidense, popularizada en un principio por el uso que le dio presidente Woodrow Willson en 1915 para resaltar la neutralidad estadounidense en la Primer Guerra Mundial, tomada luego por grupos de extrema derecha que se oponían a la inmigración y llegando incluso a ser el lema de la organización supremacistas blanca Ku Klux Klan en la década de 1920 (Llorente, 2019). Caída en desuso a partir de la segunda mitad de siglo XX, Trump volvió revitalizar la expresión al apropiársela, se la podía ver en carteles durante sus mítines y aparecer insistentemente en sus discursos.

La idea que subyace en el uso que Trump le dio al slogan *“America First”* durante su campaña y en su administración, es que las relaciones internacionales deben estar supeditadas únicamente al interés nacional. Por lo tanto, frente a una política que se habría caracterizado por el sometimiento a organizaciones supranacionales como la ONU u otras estructuras multilaterales y a acuerdos internacionales (el ejemplo más utilizado por Trump fue el Acuerdo de París⁶ sobre el Cambio Climático), su gobierno por el contrario, solo promovería políticas que fueran *“en beneficio del pueblo estadounidense”*. Así lo expresaba durante su investidura presidencial:

Nos hemos reunido hoy aquí para dictar un nuevo decreto que se oirá en cada ciudad, cada capital extranjera y cada corredor de poder. A partir de este día, una nueva visión va a gobernar nuestro país. A partir de este momento, va a ser solo América primero, América primero. Cada decisión sobre temas de comercio, impuestos, inmigración, asuntos exteriores, se tomará en beneficio de los trabajadores y las familias americanas. (Donald Trump, Discurso de investidura, 20 de enero de 2017; traducción propia)

Detengámonos ahora en uno de los tópicos que mencionábamos en el capítulo anterior que ocupa un lugar importante en la agenda de los populismos de derecha, el tema de la seguridad. La seguridad aparece en el discurso de Trump, como era de

⁶ Acuerdo firmado en 2015 enmarcado dentro de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, en el que los Estados firmantes se comprometen a llevar adelante medidas para reducir la emisión de gases de efecto invernadero. Fue duramente criticado por Donald Trump durante su campaña al sostener que se oponía a los intereses económicos de la nación. A los pocos meses de su ascensión como presidente, en junio de 2017, anunció que retiraría a Estados Unidos del acuerdo.

esperarse, vinculada a la inmigración y el terrorismo. De esta manera presenta el tema en su discurso de aceptación de la nominación republicana a la presidencia:

El pueblo estadounidense volverá a ser lo primero. Mi plan comenzará con la seguridad en el hogar, lo que significa vecindarios seguros, fronteras seguras y protección contra el terrorismo. No puede haber prosperidad sin ley y orden. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

Su respuesta a esta problemática va a ser políticas más duras que “restauren la ley y el orden”, lo que evitando los eufemismos se puede leer como políticas más autoritarias que den mayor libertad de acción a las fuerzas de seguridad. Más adelante en ese mismo discurso Trump declara:

Un ataque a las fuerzas del orden público es un ataque a todos los estadounidenses. Tengo un mensaje para cada persona que amenaza la paz en nuestras calles y la seguridad de nuestra policía: cuando preste juramento el próximo año, restauraré la ley y el orden en nuestro país. (...) En esta carrera para la Casa Blanca, soy el candidato de la ley y el orden. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

Estados Unidos es un país que tiene una historia marcada por el racismo y la violencia policial que sufren principalmente las comunidades pobres afroamericanas y latinas. El hecho de presentarse como “el candidato de la ley y el orden” y dar su respaldo a las fuerzas policiales como podemos ver en este pasaje, en un contexto en que esta institución estaba viendo cuestionado públicamente su accionar por las masivas movilizaciones del movimiento “Black Lives Matter”⁷, debe ser leído como parte de una apuesta más general de representar a sectores sociales que, como sostiene María Esperanza Casullo (2019), están en una posición defensiva y nostálgica. Grupos históricamente privilegiados -principalmente, los varones blancos de clase media- que sienten peligrar su status social y añoran un país en el que las jerarquías étnicas, de género y de clase no se cuestionaban. Entonces, la frase “*Make America Great Again*” así como puede ser interpretada como una vuelta a un pasado glorioso de prosperidad económica, también puede serlo como una vuelta a una

⁷ El movimiento surgió en las redes sociales en 2013 con el uso del hashtag #BlackLivesMatter como protesta por la absolución de George Zimmerman, un vigilante voluntario que asesinó de un disparo al adolescente afroamericano Trayvon Martin en Sanford, Florida. En 2014 los miembros de BLM realizaron su primera protesta a nivel nacional por las muertes de los afroamericanos Michael Brown y Eric Garner a manos de la policía. Desde ese momento sus manifestaciones han ido creciendo en masividad y ha aumentado su influencia en la opinión pública, llegando a su auge en 2020 con las protestas luego del asesinato de George Floyd.

sociedad donde estas desigualdades no eran cuestionadas, sino más bien estaban normalizadas.

A propósito de esto último que mencionábamos, surge la pregunta: ¿cuál es el “pueblo” que construye Trump a través de sus operaciones discursivas? En principio tenemos que decir que este pueblo se construye a partir de dos dimensiones, una económica y otra étnico-cultural.

Comencemos por la dimensión económica. Como explicábamos en el capítulo anterior, los populismos de derecha han conseguido encauzar políticamente el malestar de una parte importante de los perdedores de la globalización neoliberal. La crisis financiera de 2008 fue el corolario de décadas de desregulación neoliberal y desnudó la frágil situación económica en la que vivían muchísimas familias estadounidenses. Trump buscó canalizar el descontento por la incertidumbre económica y la desafección creciente en las instituciones democráticas de una parte significativa de la sociedad norteamericana. No se limitó a hablarle al votante tradicional del Partido Republicano, sino que busco también interpelar a una parte de la base electoral de los demócratas, en particular a la clase obrera industrial blanca del llamado “cinturón de óxido”⁸, uno de los sectores más golpeados por la globalización y en constante declive desde hace décadas. Podemos ver como esta operación se hace patente en el siguiente tramo de su discurso de aceptación de la nominación republicana:

Todos los días me despierto decidido a brindar una vida mejor a las personas de toda esta nación que han sido ignoradas, descuidadas y abandonadas. He visitado a los trabajadores industriales despedidos y las comunidades aplastadas por nuestros horribles e injustos acuerdos comerciales. Estos son los hombres y mujeres olvidados de nuestro país. Las personas que trabajan duro pero que ya no tienen voz. Yo soy su voz. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

A modo de paréntesis, nos parece importante realizar la siguiente reflexión: una muestra de la forma más acabada en que puede llegar a operar una articulación discursiva de tipo populista se observa en esta cita de manera muy ilustrativa cuando Trump expresa “Yo soy su voz”. Vale aquí retomar lo que planteaba Laclau (2009), a la hora de explicar el funcionamiento de los significantes vacíos decía que en su

⁸ Es una región de Estados Unidos, que no coincide en sí con una zona geográfica delimitada, agrupa a varios Estados del Medio Oeste y el Atlántico Medio. Se la apodó así cuando las grandes industrias instaladas allí, que impulsaron la economía de los Estados Unidos en el siglo XX, perdieron peso.

expresión más extrema es la figura del Líder la que puede llegar a cumplir la función homogeneizadora de representar al conjunto de la cadena equivalencial -la suma de demandas insatisfechas-. El líder se transforma en el significante que condensa y expresa la cadena misma. Con ese “Yo soy su voz” Trump se presenta a sí mismo como el único capaz de interpretar la voluntad popular. En consecuencia, también el único que puede determinar quienes se oponen a esa voluntad popular, el que puede designar quienes son los enemigos del pueblo.

Retomando ahora nuestra argumentación, decíamos que el pueblo que construye Trump tenía una dimensión económica, que ya explicamos, y la otra que habíamos denominado étnico-cultural. Pasemos ahora a analizar esta última. En el momento en que caracterizamos a los populismos de derecha en el capítulo anterior explicamos, a partir de la conceptualización de Mudde (2007), que su núcleo ideológico central es el nativismo. Trump no va a ser la excepción a esta regla, como quedó demostrado más arriba, cuando abordamos el tema de la inmigración en su discurso,. La idea de que el pueblo estadounidense está constituido a partir de una determinada identidad étnico-cultural que está amenazada y debe ser protegida es un elemento que está presente en su discurso. De manera más visible a veces, como cuando dice que solo quiere recibir a personas que “apoyarán nuestros valores” o cuando sostiene que se opone a recibir refugiados “sin forma de determinar quiénes son o en qué creen”, y otras veces de una forma más implícita.

Cuando Trump explica a quienes va a priorizar durante su administración, quienes serán los favorecidos de sus políticas gubernamentales habla en general de los ciudadanos estadounidenses, los trabajadores estadounidenses, las comunidades estadounidenses, etc. Como lo podemos ver en los siguientes pasajes de dos discursos distintos, uno durante la campaña presidencial y el otro ya como presidente durante una alocución en el congreso:

El 20 de enero de 2017, el día en que preste juramento, los estadounidenses finalmente se despertarán en un país donde se hacen cumplir las leyes de los Estados Unidos. Seremos considerados y compasivos con todos. Pero mi mayor compasión será por nuestros propios ciudadanos que luchan. (Donald Trump, Convención del Partido Republicano, 21 de julio de 2016; traducción propia)

Como presidente de Estados Unidos, mi mayor lealtad, mi mayor compasión, y mi constante preocupación van dirigidos a los niños estadounidenses, a los trabajadores estadounidenses que pasan apuros, y a las comunidades olvidadas de Estados Unidos.

(Donald Trump, Discurso del estado de la unión, 30 de enero de 2018; traducción propia)

Pero, si tenemos en cuenta el contexto discursivo general, que hemos estado desentrañando a lo largo de este capítulo, en el cual se inscriben esas referencias, podemos comprender el carácter restrictivo que esa concepción de “estadounidenses” tiene. Los hijos de inmigrantes de origen musulmán nacidos en Estados Unidos, que se encarga de relacionar directa o indirectamente con el terrorismo; o los hijos de inmigrantes latinos, a los que vincula con la delincuencia y el narcotráfico, aunque en los papeles sean ciudadanos estadounidenses de pleno derecho, difícilmente formen parte del “American people” que Trump presenta en su discurso. Incluso, podríamos agregar a esta exclusión del pueblo que construye Trump a cualquiera que no comparta lo que él considera son los “valores estadounidenses”.

La dimensión étnico-cultural le va plantear límites precisos a la vacuidad de los significantes que constituyen el “pueblo” del discurso de Trump. Como explica Laclau (2005) en el caso de la mayoría de los “populismos clásicos” lo que había era una construcción de una frontera interna en una sociedad dada, pero en los populismos que tienen componentes nativistas -etnopolulismos los llama Laclau- el “otro” es externo a la comunidad, no interno. Entonces, tenemos un discurso que a partir de un principio de carácter étnico-cultural va a buscar establecer los límites mismos de la comunidad política. Este principio establece cuáles son las demandas que pueden ser articuladas y entrar dentro de la cadena equivalencial y cuáles quedarán excluidas de antemano, limitando las posibilidades de pluralismo en esa articulación. Lo que da como resultado un “pueblo” étnica y culturalmente homogéneo. Las minorías quedan reducidas a una posición de marginalidad en el espacio comunitario.

A este “pueblo”, étnica y culturalmente homogéneo, es al que Trump se dirige cuando dice: “Yo soy su voz”. Un pueblo para el cual, como sostiene en sus intervenciones, la élite política dejó de gobernar para hacerlo solo en su propio provecho. Y a ese pueblo es al que Trump promete devolverle el poder, mediante una premisa que es propia de las articulaciones discursivas de tipo populista. La premisa de que en su administración, con él cómo traductor de la voluntad popular, el gobierno volverá a estar en manos del pueblo y defenderá solo los intereses del pueblo. Esta idea la podemos ver expresada con claridad en este tramo de su discurso de toma de posesión como presidente:

Este es su día. Esta es su celebración, y este, Estados Unidos de América, es su país. Lo que verdaderamente importa no es qué partido controla nuestro gobierno, sino si el

pueblo controla o no el gobierno. El 20 de enero de 2017 se recordará como el día en el que el pueblo volvió a gobernar este país. Los hombres y mujeres olvidados de nuestro país, ya no serán olvidados. Todo el mundo los está escuchando ahora. Vinieron por decenas de millones para formar parte de un movimiento histórico, como el mundo nunca antes había visto. En el centro de este movimiento hay una convicción crucial, que una nación existe para servir a sus ciudadanos. (Donald Trump, Discurso de investidura, 20 de enero de 2017; traducción propia)

Disponemos ya de una caracterización bastante clara de la forma en que Donald Trump edificó su narrativa política. Partiendo de un diagnóstico que muestra a Estados Unidos como una nación en ruinas, indica luego a los responsables de haber llevado al país a esa situación. Establece así una frontera dicotómica que separa un nosotros/pueblo, que construye a partir de las dimensiones que mencionamos buscando articular una serie de demandas heterogéneas, de un ellos/antipueblo conformado por enemigos externos y traidores internos. Y se presenta a sí mismo como el único capaz de sacar a Estados Unidos de ese escenario ruinoso y devolverle su pasado de gloria. Porque él es el único que puede interpretar la voluntad de ese pueblo olvidado y maltratado por un establishment que durante largos años se adueñó de las instituciones democráticas para administrarlas solo en su propio beneficio.

Por último, es importante destacar el hecho de que una vez en el gobierno su discurso lejos de moderarse y dar paso a uno de tipo más institucional, se radicalizó. Lo que da cuenta de la apuesta política de Trump por consolidar su liderazgo en base al antagonismo, buscando fortalecerse en esa polarización.

2.3 Conclusiones

En el discurso de Donald Trump encontramos presente de manera transversal los elementos característicos del populismo, entendido como una estrategia discursiva de construcción de una frontera política que separa a la sociedad en dos campos antagónicos, “pueblo”/“anti-pueblo”. Su estrategia de polarización con la élite política y económica, le permitió superar a todos sus contendientes en la interna republicana primero y luego derrotar a Hillary Clinton, su rival demócrata para la presidencia. El evidente éxito de la incursión del magnate neoyorquino en la arena política estadounidense fue expresión de una crisis de legitimidad del régimen político, que da

cuenta de la inestabilidad de la hegemonía neoliberal dominante. Otro síntoma de esta situación de inestabilidad hegemónica se puede ver en la emergencia de Bernie Sanders, también con un intento de articulación política de tipo populista, en este caso por izquierda.

Trump articula en su discurso, por un lado, las demandas sociales de sectores que se han visto afectados materialmente por la globalización neoliberal. Los trabajadores industriales desempleados y las comunidades olvidadas, a los que reiteradamente alude en sus intervenciones públicas. Estos son los habitantes del Estados Unidos lejano a las costas, otrora pujante corazón industrial del país. Por otro lado, en el plano cultural, su discurso también contiene las demandas de los sectores más conservadores de la sociedad estadounidense. Especialmente los “white americans” que ven peligrar sus posiciones de privilegio y sienten amenazada su identidad, tanto por el ascenso de las minorías étnicas, como por los cambios culturales que introdujeron el feminismo y las diversidades sexuales en las últimas décadas. Un sector que como sostiene Casullo (2019) se encuentra en una posición defensiva y nostálgica, y que encuentra en la propuesta política de Trump garantía del mantenimiento de su status social privilegiado. Y esto significa, en consecuencia, que quienes se encuentran en una posición subordinada permanezcan en ella.

A partir de la articulación de estos dos tipos de demandas, unas materiales y otras simbólicas, emerge un “nosotros/pueblo” que, por su carácter restrictivo en términos étnicos y culturales, tendrá la particularidad, como explica Laclau (2005), de que la vacuidad de los significantes que lo constituyen estará fuertemente limitada. Lo que, por ende, limitará la expansión de la cadena equivalencial. La delimitación nativista en la estructuración del “pueblo” va a establecer qué demandas pueden entrar en la cadena y cuáles quedarán fuera.

Por su parte, el otro lado de la frontera del discurso de Trump lo componen una combinación de enemigos externos y traidores internos. Los inmigrantes -latinos y musulmanes- y otros Estados -con especial énfasis en China como potencia mundial antagónica- son los enemigos externos que señala principalmente, y que son presentados de distintas maneras como una amenaza para el “estilo de vida estadounidense”. El lugar de los traidores internos, por su parte, lo ocupan los miembros de la élite política y económica “globalista” y, en un segundo plano, los principales medios de comunicación. Estos son presentados como los responsables

de haber manipulado el sistema para hacerlo funcionar en contra de los intereses del pueblo estadounidense.

El mito unificador, que le va a dar vigor a la propuesta política de Trump, se condensa en la promesa de volver a poner en pie “el sueño americano”. Su convocatoria a “hacer Estados Unidos grande de vuelta” toma cuerpo a través de una retórica con fuerte impronta nacionalista y proteccionista en lo económico con eje en una propuesta genérica de reindustrialización del país y una política exterior aislacionista que se resume en la consigna “*America first*”.

Capítulo 3: Marine Le Pen, un liderazgo femenino para la “desdiabolización” del Frente Nacional

“Somos David contra Goliat, es con nuestro amor a nuestra patria que superaremos la sumisión, el abandono, la entrega, la traición que buscan imponer a nuestro pueblo”

Marine Le Pen

Discurso en Nice, 27 de abril 2017.

Distinto a Estados Unidos, donde el populismo de Derecha emerge con un candidato “outsider” que irrumpe disputando el liderazgo de uno de los partidos tradicionales de ese país, en Francia tenemos el caso de una construcción política de largo aliento que fue edificándose lenta pero constantemente, un trabajo de hormiga de varias décadas que los llevó de los márgenes al centro del escenario político. Esta construcción es el Frente Nacional, hoy bajo el liderazgo de Marine Le Pen y desde 2018 renombrado “Agrupación Nacional” como corolario de un proceso de “aggiornamento” en busca de ampliar su base electoral.

Desde que Marine reemplazó a Jean-Marie Le Pen, su padre, en la conducción del Frente Nacional emprendió la difícil tarea de “desdiabolizar” el partido para poder llevarlo al gobierno del país. Como explica Reggiani (2017), la “desdiabolización” se refiere a la estrategia que tiene como objetivo incrementar el electorado a través del abandono de ciertos temas y la moderación del lenguaje. Es decir, un intento de dejar de representar a la “derecha de la derecha” para transformarse en una fuerza política capaz de hablarle a sectores más amplios y heterogéneos.

Hay un momento particular que podemos señalar como un hito, pues será el germen que va a dar inicio a un proceso de relectura de la realidad política francesa en el seno del Frente Nacional, y que llevará posteriormente, en consecuencia, a la renovación de la estrategia y el discurso público del partido. Este momento es la victoria del “no” en la votación del referéndum del tratado que establecía una Constitución para Europa⁹, en mayo de 2005. Guillermo Fernández Vázquez (2019)

⁹ Fue un tratado internacional firmado en 2004 por los entonces 25 Estados miembros de la Unión Europea que buscaba crear una constitución consolidada para la Unión. El tratado no llegó a entrar en vigor al no ser ratificado por dos de los Estados miembros -Francia y Países Bajos-.

sostiene que Marine Le Pen se va a apoyar en lo que él denomina la “hipótesis Philippot” –por ser la tesis defendida por Florian Philippot, quien fuera vicepresidente del Frente Nacional entre 2012 y 2017-, según esta hipótesis existían en Francia condiciones para articular una mayoría política transversal, en base a los distintos elementos que se expresaron en el voto de rechazo a ese proyecto de Constitución europea, que reemplazase el clivaje tradicional izquierda/derecha por uno de tipo soberanistas/globalistas.

Entonces, una vez que Marine Le Pen es electa presidenta del partido en 2011 empieza una metamorfosis en el tipo de apelación que el Frente Nacional realiza a la sociedad francesa, buscando correrse del lugar que históricamente había ocupado la formación -la ultraderecha-, y articulando su discurso en base a este nuevo clivaje. Este cambio en el lugar de enunciación lo explica Fernández Vázquez de la siguiente manera:

Dentro de este eje, Marine Le Pen se situaría como la protectora de la Francia periférica y de los olvidados y abandonados de la globalización. Y es que, en efecto, según la nueva retórica frontista, el signo de los tiempos ya no contrapondría a progresistas y conservadores, sino a los partidarios de la soberanía, el control y la regulación, frente a los defensores de desregulación, el mercado libre y la ausencia de fronteras. (Fernández Vázquez, 2017a, pág. 90-91)

Esta estrategia fue acompañada de un trabajo sobre el perfil de Marine le Pen. En las elecciones presidenciales de 2017 la líder del Frente Nacional buscó proyectar una imagen de “mujer moderna”, madre pero profesional y con una carrera. Suavizó las formas buscando mostrarse más cercana y amable, y se alejó de las posiciones de los sectores más socialmente conservadores del partido. Por otro lado, como hace notar Reggiani (2017), dio una pátina de “respetabilidad” a su retórica antiinmigración al presentar su oposición al islamismo como una defensa del laicismo y los valores republicanos, buscando correrse del racismo antiárabe.

3.1 Un repaso de las experiencias populistas en la historia francesa

Si rastreamos los antecedentes de movimientos políticos populistas en la historia de Francia debemos comenzar mencionando la experiencia del boulangismo a finales del siglo XIX. Durante la década de 1880 en un escenario marcado por la inestabilidad política y la depresión económica surge la figura del general Georges

Boulangier. Nombrado Ministro de Guerra en 1886 Boulangier ganó popularidad dentro del ejército y tomó notoriedad pública por sus discursos hostiles hacia Alemania, en un momento donde las heridas por la derrota en la guerra franco-prusiana todavía estaban abiertas. En abril de 1887 estalló una crisis diplomática con Alemania, conocida como el “caso Schnaebelé”¹⁰, que tuvo una escalada que casi termina en la declaración de guerra entre las dos naciones y en la que Boulangier tuvo un rol fundamental por sus posiciones beligerantes que colaboraron con la intensificación del conflicto. Dicha situación llevó a su salida del gobierno al ser considerado por los líderes de la Tercera República como una amenaza para el mantenimiento de la paz con los germanos. Estos acontecimientos junto con su posterior expulsión del ejército no hicieron más que acrecentar su popularidad y alimentaron el surgimiento de un nuevo movimiento político que lo tendría como referente (Monteagut, 2016). Exento de responsabilidades castrenses Boulangier se encontró liberado para intervenir abiertamente en política y comenzó a articular una amplia alianza de distintos sectores que no encontraban respuesta a sus demandas por los cauces del régimen político vigente.

El boulangismo contaría con el apoyo de diversas fuerzas políticas marginadas del sistema establecido, tanto a la derecha como a la izquierda del mapa: demócratas decepcionados por la inestabilidad ministerial de la Tercera República, bonapartistas nostálgicos del poder imperial de Napoleón III, monárquicos moderados y múltiples corrientes de izquierda (Laclau, 2005). Boulangier encabezó una oposición al régimen de corte nacionalista revanchista -reclamaba una política de rearme para enfrentarse a los alemanes- y antiparlamentarista. Se presentaba a sí mismo como “el candidato de protesta de todos los demócratas contra el régimen parlamentario que ha removido las bases de Francia, desgraciado la república y asesinado la patria” (Martínez Ramil, 2017, pág. 30) y se refería a la élite republicana como “una asamblea de irresponsables, ineficaces embaucadores indiferentes a las preocupaciones de la gente ordinaria” (Martínez Ramil, 2017, pág. 31). En Francia a las dislocaciones vinculadas con la transición a una sociedad industrial se sumaban los efectos duraderos de la crisis mundial de 1873, el crack financiero de la bolsa de París de 1882 y actos de corrupción en el gobierno que habían tomado estado público desacreditándolo. En este contexto el sistema político se encontraba en una situación de fragilidad frente a una iniciativa política extraparlamentaria.

¹⁰ Guillaume Schnaebelé un oficial de la policía francesa fue arrestado por agentes de la policía secreta alemana en la frontera franco-alemana cerca de Pagny-sur-Moselle, hecho que desató el conflicto diplomático.

Los apoyos a Boulanger se concentraron principalmente en los centros urbanos. Al igual que la alianza política que edificó su apoyo social también fue heterogéneo, aunque con un fuerte componente proletario sus adhesiones se extendían también a las clases medias e incluso altas de las ciudades (Laclau, 2005). El boulangismo obtendrá una serie de triunfos electorales que culminaran con el triunfo aplastante de la candidatura de Boulanger en París el 27 de enero de 1889 superando al resto de sus contendientes por amplio margen, esa misma noche una multitud le incita a dirigirse al palacio del Elíseo y tomar el poder por la fuerza, pero él duda y abandona el intento golpista. El gobierno actúa rápidamente e inicia un proceso judicial contra Boulanger acusándolo de actuar contra la legalidad republicana. Boulanger decide escapar a Bruselas y este será el epílogo de su movimiento político, con él fuera de escena la coalición que había construido se desintegra. La Tercera República termina consolidándose y Boulanger se suicida en Bélgica en 1891.

En la década de los 50 del siglo XX, un nuevo intento de articulación política populista irrumpirá en el escenario político francés liderado por Pierre Poujade, un librero de Saint-Céré -un pequeño pueblo del departamento Lot al sur del país-. Poujade fue uno de los principales animadores de una revuelta popular que en 1953 protagonizaron pequeños comerciantes que reclamaban contra lo que consideraban una elevada presión tributaria de parte del Estado Francés (Fernández Riquelme, 2007). Este movimiento de protesta daría surgimiento a la Unión de Defensa de Comerciantes y Artesanos -UDCA-, un grupo político que con base en Lot se extendería rápidamente a toda Francia y que sostenía como su principal estandarte la huelga de impuestos. El poujadismo emerge, con la UDCA como instrumento político, como un movimiento que pregona la defensa del “hombre común” frente a las élites. En particular de la pequeña burguesía -profesionales, artesanos y comerciantes- de las provincias francesas frente a lo que consideraban “abusos” del sistema fiscal y la burocracia estatal de la IV República.

En las elecciones legislativas del 2 de enero de 1956 el poujadismo obtiene más de 2 millones y medio de votos, el 12,5% de los sufragios emitidos y consigue 52 diputados -entre ellos un joven Jean-Marie Le Pen-. Las acusaciones de “demagogo” y “payaso” contra Poujade de parte de la élite política tradicional no hicieron mella en un electorado descontento con una clase política que consideraba le había vuelto la espalda a las clases medias empobrecidas de la Francia profunda. Según el propio Poujade su movimiento era el portavoz de los “trabajadores independientes” de la Francia “de abajo” contra las “200 familias privilegiadas”

(Fernández Riquelme, 2007). En su discurso se destacaban elementos patrióticos, el corporativismo y el antiparlamentarismo. El poujadismo era reacio a cualquier tipo de integración europea por lo que se opuso a la creación de la Comunidad Económica Europea. Veían en la construcción de una comunidad europea un proyecto perjudicial para Francia, que impondría al país un modelo económico que destruiría a las pequeñas empresas y a los agricultores, permitiendo el dominio extranjero de la economía y la inmigración masiva (Fernández, 2017).

Así de vertiginoso como fue el ascenso del poujadismo también lo fue su caída. El auge del movimiento terminaría con la vuelta al poder de Charles de Gaulle en junio de 1958 (Amson, 1998). Ese cambio en el escenario político francés estrecharía significativamente su base electoral. En las elecciones legislativas de noviembre de ese mismo año el poujadismo sufrió una debacle que lo dejaría casi extinto. El general de Gaulle logró canalizar una parte importante de las demandas que el poujadismo había logrado articular en las elecciones legislativas de 1956, al asumir en su discurso una parte de su ideario patriótico y al potenciar al presidencialismo sobre el parlamentarismo con la reforma constitucional que daría inicio a la V república.

Ya en los años 70 el otrora poujadista Jean-Marie Le Pen, luego de un paso por el Centro Nacional de Independientes y Campesinos - del ex-primer ministro Antoine Pinay, fundaría el Frente Nacional. Esta formación se creó a partir de la unión de diversos grupúsculos de extrema derecha que incluía a tradicionalistas católicos, neopaganos de la Nueva Derecha, nacionalistas revolucionarios y nostálgicos del régimen de Vichy y la Argelia francesa (Reggiani, 2017). Durante su primera década fue un partido prácticamente desconocido para la mayoría de la sociedad francesa, con un desempeño electoral insignificante. El Frente Nacional comenzaría a salir de este lugar marginal en la política francesa entrados ya los años los años 80 luego de que Le Pen purgara a su organización de los elementos más neo-fascistas y comenzará a introducir el tema de la inmigración con mayor fuerza en su agenda política bajo la premisa de la “preferencia nacional” una idea tomada de las usinas ideológicas de la nueva derecha. Una serie de resultados electorales relevantes en varias elecciones regionales le fue dando mayor visibilidad mediática al líder del partido que supo aprovechar sus intervenciones en televisión mostrándose cómodo en el enfrentamiento con periodistas y aprovechando sus capacidades retóricas (Fernández Vázquez, 2017a).

En las elecciones europeas de 1984 el Frente Nacional conseguiría un resultado histórico para los hasta entonces raquíticos desempeños electorales de la extrema derecha francesa al conseguir el apoyo de más de 2 millones de electores, cosechando el 10,95% de los votos. Estas elecciones significarían la entrada definitiva del Frente Nacional al escenario principal de la política francesa, lugar en el que se mantendría de manera ininterrumpida por las próximas décadas. Entre los aciertos políticos del Frente Nacional se destaca la habilidad de su principal referente Jean-Marie Le Pen para entender tempranamente “que la visibilidad mediática era clave en la época de la espectacularización de la política” (Fernández Vázquez, 2017a, pág. 83). En consecuencia, se ocupó de convertirse en un personaje político atractivo para los medios de comunicación, “esa figura a la que los medios buscan porque da titulares, porque habla diferente al resto y porque en ocasiones hace estallar bombas mediáticas que provocan reacciones en cadena del resto de actores políticos” (Fernández Vázquez, 2017a, pág. 85). Le Pen direccionó su discurso para lograr construir una identidad política en oposición al establishment político francés, logrando articular las demandas de una parte de la sociedad francesa descontenta con los adalides del “consenso republicano”.

3.2 El discurso político de Marine Le Pen

Como explicábamos al inicio de este capítulo la variación que introduce Marine Le Pen en el Frente Nacional desde que asume la conducción del partido históricamente comandado por su padre es un cambio en el lugar de enunciación, una apuesta por dejar de ubicarse en la extrema derecha para buscar construir una representación política transversal de los “perdedores” del modelo de globalización y el libre mercado (Fernández Vázquez, 2017a). El intento de articular una mayoría política en base a la dicotomización del espacio social entre partidarios de la globalización y defensores de la soberanía nacional va a ser la estrategia que moldeará el discurso con el que Marine Le Pen intervendrá en la campaña presidencial de 2017 en Francia. Así lo expresaba en el acto de presentación de su programa electoral:

El viejo debate derecha-izquierda ha terminado. Las primarias han demostrado que los debates sobre laicismo o inmigración como sobre la globalización y la desregulación generalizada constituirán un clivaje fundamental, transversal. Ese clivaje no opone más derecha e izquierda sino patriotas y globalistas. En esta elección presidencial nosotros representamos el campo de los patriotas. (...) Instamos a todos los patriotas de

derecha e izquierda a unirse a nosotros. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

Algunos ejemplos elocuentes de este intento por pescar fuera de la pecera del electorado tradicional del Frente Nacional son la eliminación de cualquier simbología del partido y del apellido Le Pen (“Marine Presidente” a secas se podía leer en los afiches) en toda la publicidad partidaria, así como la elección de una rosa azul como logotipo de campaña. Sobre esto último Marine declaraba lo siguiente:

La rosa es una flor que se ha asimilado a la izquierda, el azul es un color asimilado a la derecha. Eso es bueno, (...) mi proyecto tiene como objetivo reunir a todos los franceses. (Marine Le Pen, Conferencia de prensa por la presentación de su slogan de campaña, 16 de noviembre de 2016; traducción propia)

Como bien señala Fernández Vázquez (2017a) otro giro que hace Marine Le Pen es buscar situarse por dentro del “consenso republicano”, en un intento de abandonar el lugar de externalidad al sistema político en el que Jean-Marie Le Pen se había ocupado de ubicar a la formación durante décadas. “Ella ya no se proyecta como la líder del ‘campo nacional’ como opuesto al ‘campo republicano’, sino muy al contrario como la ‘verdadera defensora’ de la *République* frente a sus enemigos” (Fernández Vázquez, 2017a, pág. 92). Marine va a acusar a sus adversarios de no ser realmente republicanos y se presentará a sí misma como quien puede salvaguardar a la democracia, el Estado, la laicidad, las libertades y los derechos civiles. ¿Pero salvaguardarlos de quién? De dos enemigos que por arriba y por abajo buscan destruir la nación francesa, por arriba las élites cosmopolitas que promueven la globalización, por abajo la inmigración musulmana:

Dos totalitarismos amenazan nuestras libertades y nuestro país. (...) Estas dos ideologías quieren someter a nuestros países. Una en nombre de las finanzas globalizadas: la ideología de todo comercio; la otra en nombre de un Islam radicalizado: la ideología de todo religión. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

La líder del Frente Nacional presenta en su discurso una relación de causa/efecto entre la globalización y el islam radical. La globalización económica sería la responsable de abrir las puertas de Francia al “fundamentalismo islamista” por medio de lo que considera un proceso de “inmigración descontrolada” que las élites globalistas permiten e incluso promueven:

Quiero denunciar esta poderosa alianza entre la promoción de la globalización salvaje por un lado y una inacción culpable, incluso querida, frente a la inmigración

descontrolada y su consecuencia directa la instalación del fundamentalismo islamista. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

La campaña presidencial de 2017 del Frente Nacional va a mostrar una innovación que se ha dado recientemente en la forma de encarar el tema de la inmigración dentro del campo de la ultraderecha, un desplazamiento retórico en el que vale la pena detenerse. Marine Le Pen realiza una serie de operaciones discursivas tendientes a mostrar su postura antiinmigración, particularmente frente a la inmigración musulmana, como parte de una lucha por resguardar las libertades civiles y en especial la libertad de las mujeres (Fernández Vásquez, 2017b). Como se observa en los fragmentos del discurso de Lyon antes citados, el tándem de globalización e inmigración musulmana es presentado como un riesgo para la “libertades” de los franceses. Por una parte, la globalización es una amenaza para la libertad del pueblo francés pues debilita la soberanía nacional (para Le Pen un ejemplo categórico de esto es la burocracia financiera de Bruselas que condiciona la libertad de las naciones europeas para poder definir su porvenir). Por otra parte, el “comunitarismo islamista” es una amenaza para los derechos de las mujeres y las minorías sexuales, y es opuesto a valores republicanos fundamentales como la laicidad. Al colocar a la comunidad musulmana en un lugar de externalidad y oposición a la comunidad de valores que encarna la *République* Marine Le Pen busca edulcorar su retórica antiinmigración y hacerla aceptable para sectores sociales más amplios que no comulgarían a priori con los postulados nativistas del Frente Nacional. Este recurso de oponer islamismo a libertades republicanas será una constante de su campaña:

No queremos vivir bajo el yugo del fundamentalismo islamista. (...) Quieren imponernos salas de oración en los lugares de trabajo, oraciones callejeras, la sumisión de la mujer a la que se prohíbe la falda en el trabajo o en el bar, pero ningún francés, ningún republicano, ninguna mujer apegada a su libertad y su dignidad puede aceptar eso. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

Soy mujer, y como mujer siento como una violencia extrema las restricciones de libertades que se están multiplicando en todo nuestro país a través del desarrollo del fundamentalismo islamista. (Marine Le Pen, spot de campaña, 5 de febrero de 2017; traducción propia)

En el capítulo 1 mencionábamos que los populismos de derecha tienen una concepción del pueblo, y por ende de la nación, estática. La identidad cultural de una nación es entendida como algo ya plenamente constituido e inalterable, y esa autenticidad cultural debe ser preservada. En esa línea, para Le Pen uno de los

problemas con los inmigrantes, principalmente los de origen musulmán, es que no acepten “vivir como franceses”. Es decir, que se nieguen a asimilar la cultura de su país de acogida. Para la jefa frontista eso es algo inaceptable:

No hay ni habrá otras leyes y valores en Francia que los franceses. Sobre este tema, no habrá negociación, no cederemos. Los que vinieron a Francia, es para encontrar a Francia, no para transformarla a imagen de su país de origen. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

Podemos observar de qué manera aparece el tema de la integración de los inmigrantes en el discurso de Marine Le Pen. Subyace en esa prédica la idea de que para formar parte de la comunidad nacional es requisito aceptar determinadas nociones preexistentes que definen la identidad nacional, ciertas normas y valores que rigen en esa sociedad. Cualquier grupo que se aleje de esas pautas culturales es considerado una amenaza, una fuente de conflictos latentes.

Ahora bien, estas preocupaciones por el escollo que significan esos inmigrantes que se niegan a asimilar las normas y valores de la sociedad francesa y por los efectos que el avance del “fundamentalismo islamista” tiene sobre las libertades republicanas no llevan a que Le Pen desatienda la dimensión material de la cuestión inmigratoria. La que ha sido la punta de lanza clásica de la retórica antiinmigratoria del populismo de derecha siguió ocupando un lugar importante en su discurso durante la campaña de 2017:

Queremos que cada francés pueda sentirse apoyado por la comunidad nacional y por un Estado fuerte y estratégico. (...) Nuestros beneficios sociales porque se distribuyen a quienes vienen de todo el mundo están llevando a la ruina nuestro sistema social en detrimento de nuestros compatriotas en dificultades. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

¿Y cuál será la solución que propone a este dilema? El menú típico que suele ofrecer todos los partidos populistas de derecha, el “chovinismo de bienestar”:

No podemos decir que somos patriotas si no defendemos la solidaridad nacional (...) Esta es la razón por la que en la vivienda social y el empleo estableceremos la prioridad nacional. Este principio quedará consagrado en la Constitución. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

A la iniciativa de establecer la “prioridad nacional” para el acceso al empleo y la vivienda, se sumaba la abolición de la asistencia médica para los extranjeros no regularizados y el fin de la gratuidad de la educación pública para sus hijos. Otra propuesta sobresaliente de su campaña fue la promesa de que apenas llegara al

gobierno iniciaría una “moratoria” para determinar cuál era situación migratoria del país y para poner en marcha las medidas que permitieran reducir el flujo de inmigrantes a 10.000 personas al año:

Para Francia, decidiré una moratoria inmediata de toda inmigración legal para detener este delirio, esta situación incontrolada que nos está llevando al fondo. Una moratoria para hacer un balance de la situación antes de poner en marcha nuevas reglas y nuevas regulaciones que son mucho más drásticas, más razonables, más humanas, más manejables. (Marine Le Pen, Discurso en París, 17 de abril de 2017; traducción propia)

La coyuntura política que describe Marine Le Pen es la de un momento crítico. En esas elecciones se pondría en juego algo más que un recambio en la administración del Estado, la líder del Frente Nacional presentaba esos comicios como una “elección de civilización”. Al igual que Trump que hablaba de un presente norteamericano de decadencia que él venía a revertir, el discurso de Le Pen exhibe una Francia en declive y degradación, necesitada de un liderazgo nacional que la “ponga en orden” y la saque de ese lugar de abandono y sometimiento al que la había llevado una élite política traidora:

La decisión que tomen en las próximas elecciones presidenciales será crucial, fundamental. Se trata realmente de una elección de civilización. O continuar con quienes han mentido, han fallado, han traicionado, engañado al pueblo y arruinado Francia; o bien volver a poner en orden a Francia. Sí, yo quiero poner en orden a Francia. (Marine Le Pen, spot de campaña, 5 de febrero 2017; traducción propia)

Los franceses estarían frente a una encrucijada, elegir el camino de la globalización y el multiculturalismo impulsado por las élites europeístas y que llevaría al país a un destino inexorable de sumisión al capital financiero internacional por un lado y al fundamentalismo islámico por el otro; o elegir el camino de la soberanía nacional propuesto por Le Pen, enfrentando así los embates de la globalización y el islamismo para conducir por un sendero de libertad y prosperidad al pueblo francés:

La elección que tenemos que hacer es una elección de civilización. Si tomamos el camino del globalismo, vamos hacia la servidumbre de la esclavitud económica o la servidumbre comunitarista. (...) Si elegimos la patria, como yo les sugiero, enfrentaremos todos juntos los desafíos de la globalización y el islamismo. (Marine Le Pen, Discurso en Lille, 26 de marzo de 2017; traducción propia)

Marine Le Pen encuadra el proyecto del Frente Nacional dentro de lo que interpreta es una tendencia política mundial. Un movimiento global en expansión que, a su entender, expresa la reacción de los pueblos que no se resignan a ver desaparecer su identidad en ese “magma post-nacional” que quieren imponer los partidarios de la globalización y el multiculturalismo:

Nuestro proyecto está en fase con el mundo, resuena con el gran movimiento planetario que ve el despertar de los pueblos, el regreso de las fronteras nacionales y el orgullo nacional. (Marine Le Pen, Discurso en Nantes, 26 de febrero 2017; traducción propia)

En ese movimiento inscribe por ejemplo el voto favorable a la salida del Reino Unido de la Unión Europea (El “Brexit”) o el triunfo de Trump en los Estados Unidos, sobre los que dirá:

Ellos han mostrado una evidencia. Una democracia no se hace sin el pueblo. No son las multinacionales o los medios de comunicación los que deciden por el pueblo, sino él por sí mismo. (Marine Le Pen, Conferencia de prensa por la presentación de su slogan de campaña, 16 de noviembre de 2016)

Podemos observar como aparece en este fragmento el concepto de soberanía popular. Tal como explicaban Mudde y Rovira Kaltwasser (2013), siempre hay en los discursos populistas una apelación a la voluntad general del pueblo, esa idea de que todos los miembros de una comunidad pueden unirse para proclamar la soberanía popular como la única fuente legítima de poder político. Es fácil encontrar en el discurso de Marine Le Pen permanentes alusiones a esa idea.

Similar al caso de Trump que se presentaba como “la voz del pueblo”, no es casual que el slogan elegido por el equipo de campaña del Frente Nacional haya sido “*Au nom du peuple*” (en el nombre del pueblo). El mensaje que se buscaba dar es que Marine Le Pen era la única candidata que podía gobernar en nombre del pueblo porque su proyecto político es el único que interpreta la voluntad popular. A la vez que se daba a entender que los que habían gobernado hasta el momento no lo habían hecho en pos de los intereses del pueblo:

Más que un slogan se trata de una forma de conducta, de una profesión de fe. El presidente de la República es un mero mandatario del pueblo. Por eso, en un momento en el que al pueblo se le desprecia, he querido ponerlo en el centro de las atenciones. (Marine Le Pen, Conferencia de prensa por la presentación de su slogan de campaña, 16 de noviembre de 2016)

El antagonismo con la élite política es uno de los elementos que ordena toda la estructura discursiva del Frente Nacional. Ya sea el Partido Socialista, Los Republicanos o la -en ese momento recientemente formada- *En Marche* de Emmanuel Macron, todos son ubicados como escuderos de la globalización económica y el multiculturalismo, por ende como enemigos de la nación y el pueblo. Y puesto que la estrategia trazada por la cúpula del Frente Nacional consistía en dividir el campo social entre soberanistas y globalistas, Marine Le Pen decide plantear el proceso electoral de 2017 como un referéndum:

Un referéndum a favor o en contra de Francia (...) Un referéndum contra las mentiras de las autoproclamadas élites por un lado, y el sentido común y las legítimas ambiciones del pueblo por otro. Entre defender sus intereses y defender tus intereses (Marine Le Pen, Discurso en Châteauroux, 11 de marzo de 2017; traducción propia)

Como mencionábamos en el Capítulo 1, a la par de que se fue profundizando el proceso de integración europea, como resultado del Tratado de Maastricht de 1992, el euroescepticismo comenzó a tomar más protagonismo en los discursos de los populismos de derecha europeos. Estas formaciones cada vez plantean de manera más abierta y radical su oposición a la Unión Europea. Para Marine Le Pen la Unión Europea no es más que un instrumento al servicio de la globalización:

Vivimos en una democracia confiscada por los comisarios europeos. La Unión Europea es el caballo de Troya de la ideología globalista. (Marine Le Pen, Discurso en Burdeos, 2 de abril 2017; traducción propia)

Entonces, con base en la estrategia discursiva con la cual el Frente Nacional abordó la campaña presidencial de 2017 que oponía globalistas a soberanistas, los candidatos que hacían explícita su conformidad con la Unión Europea quedaban tachados de detractores de la soberanía nacional. Así se refería Le Pen a sus competidores a la presidencia Fillon y Macron:

Nuestros dos principales adversarios han estado en el poder, tienen un historial muy malo, sus palabras suelen ser vagas y cambiantes. Ellos son el sistema. Ambos quieren más de la Unión Europea. Por tanto, ambos quieren menos soberanía nacional. (Marine Le Pen, Discurso en Lille, 26 de marzo de 2017; traducción propia)

Hay en el discurso de la líder del Frente Nacional una invitación al electorado a una especie de cruzada emancipatoria. Su lucha es por la defensa de una identidad nacional que, como ya mencionamos, se encuentra amenazada por arriba y por abajo.

Frente a una élite política sumisa a los dictados de la “tiranía de Bruselas” ella se presenta como la única opción viable para recuperar la independencia nacional:

Nuestra lucha es la de nuestra identidad y, por tanto, de nuestra soberanía (...) Estamos aquí para despertar la conciencia nacional. Queremos recuperar la independencia de la nación. En esta elección, está la gente del sistema y nosotros. Ellos profesan un discurso de sumisión, abandono y traición. (Marine Le Pen, Discurso en Lille, 26 de marzo de 2017; traducción propia)

Pero por supuesto no solo hacia la élite política van dirigidos los dardos que arroja Le Pen, las élites económicas también se llevan su parte. El sector financiero suele ser el destinatario predilecto de los ataques del discurso lepenista por representar la vanguardia del modelo de la globalización económica. Luego de la primera vuelta electoral cuando se confirmó que Le Pen disputaría la segunda vuelta con Macron, su táctica consistió en buscar ubicar a su contendiente a la presidencia como el candidato del sector financiero:

Hoy en día, el oponente del pueblo francés, sigue siendo el mundo financiero. Pero esta vez tiene un nombre, una cara, un partido y presenta su candidatura, y todos sueñan con verle elegido: su nombre es Emmanuel Macron. (Marine Le Pen, Discurso en Villepinte, 1 de mayo 2017)

La líder del Frente Nacional sacaba a relucir el pasado como banquero del ex ministro de economía de Hollande cada vez que tenía la oportunidad, buscaba así reforzar su mensaje de que bajo un gobierno de Macron el sistema financiero sería el principal beneficiado en detrimento del pueblo francés:

Tiene todas las cualidades para ser un buen banquero de inversión (...), tiene el carácter para eso, la insensibilidad que se necesita para ese trabajo, la capacidad de tomar decisiones con el único objetivo de lucrar, de la acumulación de dinero, sin pensar en las consecuencias humanas de sus decisiones. (...) La síntesis más pura del sistema. (Marine Le Pen, Discurso en Nice, 27 de abril 2017; traducción propia)

Para que no queden dudas Marine Le Pen se ocupa de resaltar que su proyecto político y el de Emmanuel Macron son completamente antagónicos:

El señor Macron es nuestra perfecta antítesis, su proyecto globalista, oligárquico, inmigratorio, individualista y ultraeuropeísta es exactamente lo contrario al nuestro (Marine Le Pen, Discurso en Nice, 27 de abril 2017; traducción propia)

Podemos notar como para Le Pen la disyuntiva a la que se enfrentan los franceses es clara. Ella es la candidata del pueblo que quiere recuperar su soberanía, él representa los intereses del capitalismo financiero que promueve la globalización.

Ella quiere restablecer las fronteras para salvaguardar la identidad nacional y las libertades republicanas que se encuentran amenazadas, él adhiere a un ideario multiculturalista pro-inmigración. Ella defiende la solidaridad nacional, él es partidario del individualismo neoliberal. Ella quiere recuperar la independencia de la nación, él pretende fortalecer la Unión Europea.

Desde la perspectiva del Frente Nacional, en unos comicios en los que la ciudadanía se enfrentaba a una “elección de civilización”, si votar por Marine Le Pen era elegir una Francia en la que se pudiera “seguir viviendo como franceses”, votar por Emmanuel Macron era optar por la desaparición de esa Francia:

Esta elección presidencial es un referéndum a favor o en contra de Francia. Les pido que elijan a Francia, no al señor Macron cuyo proyecto es la dilución de Francia. (Marine Le Pen, Discurso en Nice, 27 de abril 2017; traducción propia)

Dentro de un contexto general de un país en descomposición que describe el discurso de la jefa frontista, los franceses también vivirían, en consecuencia, en un estado de permanente inseguridad. El enfoque que ofrece Marine Le Pen sobre el tema de la seguridad en sus intervenciones públicas va en línea con su propuesta general de “poner a Francia en orden”. Frente a la inacción y a la falta de voluntad que habría caracterizado a los sucesivos gobiernos para hacer cumplir la ley, su administración se iba a caracterizar por la inflexibilidad sobre este tema. La seguridad aseguraba, sería la prioridad de su gobierno:

La primera de las libertades es la seguridad, es la prioridad de los cinco años de mandato. ¿Cómo podemos hacer esto si durante 30 años todos los gobiernos han fallado? Nuestro método es simple: aplicaremos la ley. Restauraremos el estado de derecho: aplicaremos la ley republicana donde haya perdido todo derecho de ciudadanía. Vamos a acabar con la impunidad de los delincuentes, a acabar con las zonas sin ley, con la dictadura de los capos de la mafia en ciertos barrios, el tráfico de drogas, los robos, los coches quemados. Restauraremos la certeza de la persecución, de la sentencia, de la escolta a la frontera para delincuentes extranjeros. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

Es como parte del plan del Frente Nacional de proyectar a Le Pen como garante de las libertades republicanas que se puede entender que en su discurso se presente a la seguridad como la primera de las libertades. De esta manera, se buscaba generar una conexión entre uno de los pilares que ha tenido siempre la propuesta de esta formación política, como es el tema de la seguridad, y el nuevo

perfil de guardiana de los valores republicanos con el que su líder intentaba aparecer públicamente durante la campaña presidencial de 2017. Por otro lado, así como lo observábamos en el caso de Trump, aquí también aparece asociada la delincuencia a la población extranjera. En definitiva, como lo hace notar Mudde (2021), para los populismos de derecha la delincuencia es siempre un problema eminentemente “foráneo”.

El hecho de que en gran parte de occidente, post atentado a las torres gemelas de 2001, el problema del terrorismo empezara a formar parte de los asuntos vinculados a la seguridad que inquietan a la opinión pública le ha venido como anillo al dedo al Frente Nacional para su cruzada contra el islamismo. Como hemos mencionado anteriormente, la asociación directa que se tiende a establecer entre terrorismo e inmigración musulmana se volvió un recurso del que se valen los populismos de derecha de Europa y Estados Unidos para fortalecer sus posturas antiinmigración. Marine Le Pen sostenía en sus mítines de campaña que la forma de enfrentar el problema del terrorismo era simple. En sintonía con su política de mano dura en todas las cuestiones relacionadas con la ley y el orden público, proponía la expulsión del país o la cárcel para cualquier persona sospechada de estar relacionada con alguna actividad terrorista:

Una política penal que se puede resumir en dos palabras: tolerancia cero. En materia de terrorismo, lo vamos a erradicar aquí y en los teatros de operaciones extranjeros. Los extranjeros con Ficha S¹¹ serán escoltados de regreso a la frontera. Los binacionales con Ficha S perderán su nacionalidad francesa y, una vez eliminada la ambigüedad sobre su nacionalidad real, serán enviados de regreso a sus países. En cuanto a los franceses con Ficha S, serán procesados por complotar con el enemigo y tras su pena de prisión serán castigados con la indignidad nacional. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

En el plano económico Marine Le Pen sostenía que, en consonancia con sus críticas a las consecuencias de la globalización y la economía de libre mercado, su propuesta buscaba proteger el empleo y la producción nacional:

"Involucraré a Francia en el camino del patriotismo económico, para nuestras pequeñas empresas, para nuestras granjas (...) El estado que construiré será junto a las

¹¹ La Ficha S, es un registro llevado adelante por el Ministerio del Interior de Francia de las personas percibidas como amenazas para la seguridad pública. Se trata de personas de las que se sospecha tienen fines terroristas o de atentado contra la seguridad del Estado (o de complicidad), sin que necesariamente hayan cometido un delito.

empresas, junto a los trabajadores para producir francés" (Marine Le Pen, Discurso en Lille, 26 de marzo de 2017; traducción propia)

"Seré una presidenta que protege, que implementará el patriotismo económico a favor de nuestras empresas, que, para empleados y jubilados desarrollará su poder adquisitivo y para todos, garantizará nuestro sistema social y en particular nuestro sistema de salud" (Marine Le Pen, Discurso en Nice, 27 de abril 2017; traducción propia)

Marine Le Pen se erigía como la protectora del pueblo, frente a un modelo capitalista neoliberal que siembra desamparo. Una presidenta que a la desregulación económica opondría el patriotismo económico.

Como parte de esa concepción de "patriotismo económico" enarbolada por la candidata del Frente Nacional se encontraba su iniciativa de "prioridad nacional" de la que hablamos antes, entre sus propuestas en esta línea estaba la de gravar la contratación de trabajadores extranjeros, para garantizar la prioridad de los franceses. En tanto que para poner un freno a la sangría de puestos de trabajo que significa la deslocalización de empresas francesas, similar a lo que hizo Trump, proponía imponer un derecho de aduana a esas empresas cuando quisieran traer sus productos a Francia.

Para favorecer a las empresas francesas proponía una serie de medidas en el marco de lo que denominaba una política de "proteccionismo inteligente", entre ellas se encontraba la de gravar con un 3% todas las importaciones, priorizar a las empresas francesas en los contratos públicos y disminuir significativamente la fiscalidad de las pequeñas y medianas empresas. Prometía también terminar con la PAC (política agraria común europea) y sustituirla con una política agrícola nacional para favorecer a los agricultores franceses. Para fomentar la demanda interna que requeriría el aumento de la producción nacional, sostenía que con lo recaudado del 3% a las importaciones incrementaría en 200 euros los salarios de los franceses que cobraban menos de 1500 euros al mes. También prometía recortar un 10% el impuesto sobre la renta para los hogares modestos.

En definitiva, el programa económico del Frente Nacional era una combinación de algunas medidas socialdemócratas con otras conservadoras, fiel a su prédica de llevar adelante una propuesta política ni de izquierda ni de derecha sino patriótica.

Por último, un aspecto que nos parece que vale la pena destacar del discurso de Marine Le Pen, es su adhesión a la causa medio ambiental. Una reivindicación que

se presenta como parte del antagonismo que propone entre lo “local” y lo “global”. En visible contraste con el negacionismo climático de la propuesta de Donald Trump, el programa político del Frente Nacional para las elecciones presidenciales de 2017 incluía entre las siete secciones¹² en las que estaba dividido una que se denominaba “Una Francia sostenible”. En dicha sección, entre otras medidas, por ejemplo se prometía que durante su gobierno se llevaría adelante la transición energética. También allí se podía leer el siguiente compromiso:

Para preservar el medio ambiente, romper con el modelo económico basado en la globalización salvaje del comercio y el dumping social, sanitario y ambiental; la verdadera ecología es producir y consumir lo más cerca posible y reciclar en el mismo sitio. (*144 engagements présidentiels*, Marine 2017, pág. 21; traducción propia)

Durante el acto de presentación de su programa en Lyon Marine Le Pen ahondó más en esta idea y sostuvo que su proyecto se proponía llevar adelante una “revolución de la proximidad” para conseguir una Francia sostenible en términos humanos y ecológicos:

Nosotros estamos por lo local contra lo global. ¿Quién puede creer, como sugieren los profetas de la globalización, que sería lógico, ecológico e incluso económico, producir en un continente, transformar en otro y consumir en un tercero? En materia de producción nosotros queremos privilegiar los circuitos cortos, que suponen la reorganización y el control de las cadenas productivas. La relocalización de los circuitos de transformación y la organización de canales de distribución éticos. Para los productores es la garantía de un precio justo. Para el consumidor es la garantía del origen y, por lo tanto, de la calidad. Y para todos los franceses es la garantía de la seguridad alimentaria y por tanto de la salud de uno mismo y su familia. (Marine Le Pen, Discurso en Lyon, 4 de febrero de 2017; traducción propia)

La perspectiva del Frente Nacional es clara, el mundo que propone el liberalismo de fronteras abiertas para la movilidad sin limitaciones tanto de mercancías como de personas lleva a la humanidad a la catástrofe. Encontramos aquí, del mismo modo que con la reivindicación del laicismo o los derechos de las mujeres, un intento por apropiarse de un tópico habitualmente asociado a movimientos progresistas como es la cuestión ecológica para introducirla como parte de un discurso reaccionario. Para Marine Le Pen tomar el tema de la ecología y hacerlo parte de su agenda de la mano

¹² El programa político del Frente Nacional contenía 144 compromisos divididos en 7 secciones: I Una Francia libre, II Una Francia segura, III Una Francia próspera, IV Una Francia justa, V Una Francia orgullosa, VI Una Francia potente y VII Una Francia sostenible.

de una propuesta de localismo, economía circular, reducción de los desplazamientos y arraigo a la tierra es un rodeo útil para hablar de inmigración y fronteras cerradas.

3.3 Conclusiones

Si bien Marine Le Pen fue derrotada en la segunda vuelta electoral de las presidenciales de 2017 y Emmanuel Macron fue quien se consagró presidente, su candidatura logró más de 10 millones y medio de votos. Un resultado que si se lo compara con el conseguido por su padre Jean-Marie en 2002, cuando el Frente Nacional disputó por primera vez una segunda vuelta en una elección presidencial, habla de un crecimiento electoral muy significativo al casi duplicar la cantidad de votos obtenidos en aquella ocasión. Y si bien el proyecto de Marine Le Pen sufrió una derrota electoral, no se puede decir que haya sucedido lo mismo en el plano ideológico. Hoy su discurso se encuentra en el mainstream del país y hasta el mismo Macron ha optado por tomar una parte de su agenda política. Un ejemplo ilustrativo es la polémica que estalló a principios de 2021 cuando el gobierno de Macron inició una investigación contra lo que acusaban era una infiltración “islamoizquierdista” en las universidades francesas, los argumentos que se podían escuchar de parte de los funcionarios del gobierno troncaban perfectamente con la retórica tradicional de la ultraderecha.

En el discurso de Marine Le Pen es fácil detectar los elementos característicos de una estrategia discursiva populista. La frontera dicotómica que separa el campo popular del campo del antipueblo se dibuja a partir del antagonismo que propone entre globalistas y patriotas. Del lado del globalismo se encuentra la élite política europeísta y los inmigrantes, con particular énfasis en los de origen musulmán. Unos son portadores de una ideología ultraliberal y apátrida; los otros traen consigo una ideología contraria a los valores republicanos del pueblo francés, el comunitarismo islamista. Del lado de los patriotas, el campo del pueblo está compuesto por una amalgama de sectores sociales que se reconocen en una identidad cultural común y encuentran en el proceso de globalización neoliberal una amenaza a su forma de vida.

El pueblo que construye Le Pen entonces, en sus propias palabras, es el de los “olvidados y abandonados” por una élite política sumisa a los dictados de la Unión Europea y entregada a la globalización. Los obreros que sufren con la deslocalización de las fábricas la pérdida de sus empleos, los campesinos que no pueden competir

con los productos agrícolas importados, los jóvenes autónomos y precarizados, los comerciantes y las pymes que apenas logran sobrevivir. Sumados a todos estos sectores que han visto pauperizadas sus condiciones materiales, se encuentran también aquellos que ven en los cambios en la morfología social que produce la inmigración una amenaza a su identidad nacional.

Por otro lado, encontramos en Marine Le Pen una mayor complejidad en las operaciones discursivas que efectúa, si por ejemplo contrastamos con el discurso de Donald Trump. Destacan los desplazamientos retóricos para ubicar a su fuerza política por dentro del consenso republicano y presentarse a sí misma como quien puede garantizar la supervivencia de la República. O la reformulación por derecha de reivindicaciones normalmente asociadas al progresismo, como son el laicismo, los derechos de las mujeres y las minorías sexuales, o la ecología, para ser inscritos dentro de un discurso nacionalista e identitario contrario a la inmigración. Reformulación que es, en términos laclauianos, una rearticulación hegemónica que inscribe ciertos significantes en un discurso político de signo opuesto al que habitualmente los había contenido. El objetivo que perseguía con esas operaciones era limar las aristas más incómodas de una propuesta nativista y hacer su proyecto aceptable para un electorado amplio, no circunscrito a la ultraderecha.

Con una lectura maniquea su discurso presenta valores republicanos como la laicidad o las libertades individuales como incompatibles con la forma de vida de ciertas minorías étnicas y religiosas. Para Marine Le Pen hay ciertos elementos culturales excluyentes que definen la identidad nacional. Y como los valores republicanos serían rasgos esenciales de la identidad cultural francesa cualquier grupo social que se aleje de ellos quedaría excluido de la comunidad nacional.

Por último, frente a un neoliberalismo que ofrece precariedad, incertidumbre y atomización social, con su propuesta de “volver a poner a Francia en orden” venía una promesa de protección estatal, de seguridad y, aunque fuera en términos nostálgicos y reaccionarios, de pertenencia comunitaria.

Capítulo 4: Matteo Salvini, del secesionismo del norte al soberanismo Italiano

“No tenemos un centavo, no tenemos un canal de televisión, no tenemos un periódico, no tenemos un banco, pero estamos liberando este país sin nada de eso, estamos liberando este país y lo estudiarán en los libros de historia.”

Matteo Salvini

Discurso en Florencia, 27 de febrero de 2018.

Cuando Matteo Salvini asumió la conducción de la Liga Norte a finales del año 2013, el partido estaba en franca decadencia. Su espacio político había mermado significativamente, en las elecciones generales realizadas en febrero de ese mismo año apenas había superado el 4 % de los votos y había visto reducida su representación en la Cámara de Diputados a solo 18 escaños. Después de imponerse contra el histórico líder Umberto Bossi, en unas elecciones internas donde obtiene más del 82% de los votos, Salvini iniciará un viraje en la línea política del partido con el objetivo de revitalizarlo.

Formación política fundada a principios de la década de 1990 como una fusión de varios partidos regionales de la Italia septentrional, la Liga Norte surge como un proyecto político regionalista que pretendía la transformación de Italia en un Estado federal. Sin embargo, a lo largo de su historia oscila entre la reivindicación de mayor autonomía para las regiones y un abierto secesionismo. En el año 1996 llegarían a promover la independencia de la “Padania”¹³, proceso de radicalización que tendría su punto más álgido con la organización unilateral de un referéndum en mayo de 1997 que obviamente sería declarado ilegal por el Estado Italiano y no sería reconocido por ninguna otra fuerza política. A pesar de la ilegalidad del procedimiento, la Liga Norte consiguió hacer participar a cerca de 5 millones de personas de ese referéndum, con

¹³ Un neologismo utilizado por los militantes de la Liga Norte para referirse a un territorio que no se puede circunscribir a una región a nivel geográfico, político o cultural realmente existente, sino que comprende prácticamente la totalidad del norte de Italia.

un resultado del 97% de los votos a favor de la secesión del norte del país (Calero, 2017). A falta de cualquier tipo de respaldo institucional no resultó ser más que un acto simbólico, pero que demostraba la adhesión que generaban en una parte importante de la población italiana las consignas que el partido enarbolaba.

En definitiva, lo que hizo la Liga Norte fue construir una identidad política a caballo de las históricas divisiones económicas y sociales existentes entre el norte y el sur del país -la cuestión meridional italiana-. El norte era presentado como trabajador, emprendedor, rico y moderno; el sur como corrupto, clientelar y subdesarrollado (Del Palacio Martín, 2015). Dicotomía social que iba acompañada del antagonismo con la élite política tradicional, que para el discurso liguista era la representación de un Estado corrupto e ineficiente que se sostenía en base a la explotación del norte en beneficio del sur. Esta idea construida alrededor de la clase política tomaría fuerza a partir de la salida a la luz en el año 1992 de una investigación sobre una importante red de corrupción, conocida popularmente como la *tangentopoli*, en la que estaban involucrados los principales espacios políticos. Un asunto que hizo tambalear al sistema político italiano y que posibilitó el ascenso de nuevas fuerzas, entre ellas la Liga Norte, que supo explotar la situación, de esa época es su famoso lema “Roma ladrona, la lega non perdona”.

Pero luego de varios años de estar en el primer plano de la política Italiana, de ser un actor clave para la formación de gobierno e incluso participar en él como parte de las alianzas ensayadas con Forza Italia de Silvio Berlusconi -figura surgida también a partir de esa crisis política producto de la *tangentopoli*-, vendría la debacle. La cuestión territorial sobre la que había edificado su discurso político se apaciguó con los resultados del referéndum de 2006, donde más del 60% de los italianos que acudieron a las urnas rechazó la reforma constitucional impulsada por Berlusconi y la Liga Norte que proponía un modelo federalista, con mayor autonomía para las regiones. Cuando la agenda separatista comenzó a perder asidero social, la Liga Norte se desinfló. A esto se sumaron otros dos factores, el surgimiento al calor de la crisis financiera de 2008 de una nueva fuerza política como el Movimiento 5 Estrellas, que competiría con la Liga Norte por expresar la oposición al establishment político de Roma, que era junto a la cuestión territorial uno de los dos pilares del discurso del partido. Y por último, el ocaso del histórico líder Umberto Bossi que terminaría envuelto en el año 2012 en un caso de corrupción por malversación de fondos públicos (Del Palacio Martín, 2015).

En ese contexto de debilidad política, Matteo Salvini tomará el mando del partido e impondrá un cambio de estrategia radical. Bajo su conducción la Liga Norte abandonará el regionalismo, la oposición entre norte y sur del país desaparecerá dando paso a la construcción de otro tipo de antagonismos. El enemigo ya no va a estar ubicado en Roma sino en Bruselas, ya no será el Estado italiano sino la Unión Europea. El nuevo líder se proponía transformar a la formación en un partido de escala nacional y de corte soberanista. Por otro lado, aunque la retórica antiinmigración estaba presente desde antes en el discurso de la Liga Norte, había tenido siempre un lugar secundario en su narrativa política subordinado a la cuestión territorial. Salvini en cambio hará de ésta uno de los componentes principales de su discurso buscando así cosechar apoyos de un extremo al otro del país. Al cambiar a los habitantes del sur del país por los inmigrantes como destinatarios de los ataques del partido, Salvini comenzará a hablar en nombre de “todos los italianos”. Como parte de la nueva orientación política propuesta por Salvini el Consejo Federal del partido decide a fines de 2017 eliminar el “norte” de su denominación, para concurrir a las elecciones generales fijadas para marzo de 2018 como “la Liga” a secas en todo el territorio italiano. Se consumaba en ese acto, de manera definitiva, la evolución del partido a un instrumento político en clave italiana.

4.1 Breve racconto del populismo en la historia Italiana

El politólogo Marco Tarchi (2003) señala que en la historia de la Italia republicana, que inicia con el referéndum de 1946 en el que los italianos ponen fin a la monarquía y adoptan esta forma de gobierno, la influencia del populismo como estilo político ha sido una constante.

Si nos remontamos a los años de posguerra, coincidiendo con el comienzo de la etapa republicana en el país, encontramos ya el primer intento de intervención política articulado alrededor de un discurso de tipo populista. Es el caso del *Fronte dell'Uomo Qualunque* (Frente del hombre común) fundado por el periodista y dramaturgo Guglielmo Giannini, formación política que para Tarchi (2003) será el prototipo del populismo europeo contemporáneo. Surgido a partir del semanario satírico *L'Uomo Qualunque* que Giannini creó a fines de 1944, una publicación en la

que se atacaba a los partidos políticos del Comité de Liberación Nacional¹⁴ y que reivindicaba ser la voz de la gente común. El éxito del que llegó a gozar el semanario, con una difusión cada vez más masiva, llevó a Giannini a convocar a sus seguidores a un congreso en Roma en febrero de 1946 para fundar un nuevo movimiento político para participar en las elecciones generales a la Asamblea Constituyente que se celebrarían ese año.

El *qualunquismo* se caracterizaría por renegar de la política tradicional y se mostraría indiferente a las ideologías que consideraba una cobertura para las ambiciones de las élites. Se presentaba como portavoz del “hombre de la calle” y señalaba la distancia que existía entre el pueblo que solo quería “que le dejen en paz” para poder desarrollar tranquilamente su vida y los políticos profesionales. Giannini proponía un gobierno tecnocrático de administradores neutrales y competentes en los asuntos públicos (Tarchi, 2003). Su retórica “antipolítica” encontró sus principales apoyos en una pequeña burguesía agotada por los padecimientos de la guerra y escéptica frente al panorama que presentaba la paz. Tuvo su debut electoral obteniendo el 5,3% de los votos y conquistando 30 escaños en las elecciones a la Asamblea Constituyente, a ese inicio promisorio le sucedieron buenos resultados en las elecciones regionales obteniendo el primer lugar en varias ciudades del sur y quedando en segundo lugar en Roma por encima de la Democracia Cristiana. Sin embargo, sería un fenómeno político fugaz. A su caída contribuyeron la falta de un programa político definido y la decisión de dar su apoyo al gobierno de la Democracia Cristiana en 1947, luego de la salida de los socialistas y el PCI del mismo. Para un movimiento que se había construido en base a despotricar contra todos los políticos ese pacto acarrearía una pérdida de popularidad significativa. Ya muy debilitado en las elecciones generales de 1948, el *qualunquismo* se presentó en coalición con el Partido Liberal, la alianza cosechó menos del 4% de los votos. El despegue económico de la posguerra y la estabilización del sistema político en dos grandes polos hegemonizados por la Democracia Cristiana y el PCI terminarían de enterrar las aspiraciones de una opción política fundamentalmente de protesta como había sido la liderada por Giannini.

Luego de esa primera emergencia, como señala Tarchi (2003), aparecerán varias décadas después experiencias políticas con un estilo de argumentación

¹⁴ Coalición integrada por partidos y movimientos de todo espectro político que se opuso política y militarmente al régimen fascista y la ocupación nazi de Italia y se encargó de formar un gobierno de transición luego de la caída de Mussolini.

populista en formaciones de orientación diversa. Como la conducción de Marco Panella en el Partido Radical, quien dotará al partido de un perfil antiinstitucional, plebiscitario y de confrontación frontal con la “partidocracia”, a mediados de los años 70. Incluso dentro del partido de gobierno por excelencia, como era la Democracia Cristiana a principios de la década de 1990 surgirán discursos con esta orientación, como los casos de Francesco Cossiga en los últimos años de su presidencia cuando impulsó una reforma institucional de corte presidencialista o del diputado Mario Segni quien llevaría adelante una cruzada prácticamente en solitario para reformar el sistema electoral. Pero los casos más sobresalientes serán el de la Liga Norte bajo el liderazgo de Umberto Bossi y la incorporación de Silvio Berlusconi a la escena política. Ambos fueron fenómenos que sin duda supieron aprovechar la ventana de oportunidad que abrió el terremoto político de la *tangentopoli*.

En la experiencia de la Liga Norte de Bossi ya nos detuvimos al inicio de este capítulo. Sobre el caso de Berlusconi vale decir que tiene la particularidad de ser uno de los exponentes paradigmáticos de lo que se dio en llamar la espectacularización de la política (Donofrio, 2013), proceso iniciado a finales del siglo XX cuando los medios de comunicación comenzaron a tomar un nuevo protagonismo en la vida política y la televisión parecía reemplazar al parlamento como espacio de deliberación política.

En un escenario marcado por el descrédito de la política como el que produjo la *tangentopoli*, no haber sido nunca un profesional de la política aparecía como algo meritorio (Tarchi, 2003). Berlusconi apalancándose en su perfil de empresario exitoso, de hombre hecho a sí mismo, ingresaría con ese crédito en la arena política. Fundó a principios de 1994 Forza Italia, partido que decía tenía el objetivo de evitar que los comunistas gobernarán Italia. Su discurso utilizará un lenguaje llano, alejado de la retórica política tradicional, se valdrá de la descalificación constante de sus adversarios diciendo que han vivido siempre de la política y no han demostrado ninguna otra capacidad. “Soy uno de ustedes”, será su frase recurrente para dirigirse a la ciudadanía y diferenciarse de la dirigencia política. En su retórica no faltará la referencia a los últimos, al pueblo común, a quienes dirá que la izquierda y los sindicatos abandonaron para proteger a los que ya están protegidos (Tarchi, 2003). Berlusconi prefería siempre los estudios de televisión para dirigirse al público frente a otras formas de proselitismo tradicional como los actos de campaña. // *Cavaliere* sacaba provecho del inagotable tiempo de propaganda con que contaba en los canales de televisión de su propiedad. Un “populismo mediático” fue la forma en que el

filósofo Umberto Eco definiría la forma de hacer política de Berlusconi (Donofrio, 2013).

En las elecciones generales de 1994, en un escenario político sumamente fragmentado, su partido terminaría en primer lugar con el 21% de los votos, siendo el principal beneficiado de la debacle de la Democracia Cristiana. El líder de Forza Italia fue electo Presidente del Consejo de Ministros como parte de una coalición de centroderecha. Si bien ese primer gobierno duró menos de un año, debido al temprano abandono de la coalición por parte de la Liga Norte, Berlusconi volvió al poder nuevamente en dos ocasiones -2001-2006 y 2008-2011- y su estilo de liderazgo dejaría una marca en la política italiana difícil de borrar.

4.2 El discurso político de Matteo Salvini

En septiembre de 2018, el flamante Ministro del Interior italiano se encuentra participando del foro Ambrosetti¹⁵ en Cernobbio, en una lujosa sala del hotel Villa d'Este es entrevistado para BBC News por el periodista Stephen Sackur. El entrevistador lo interroga por las razones del cambio en sus posiciones políticas que lo llevaron de defender, en un pasado, la secesión del norte del país a presentarse en la actualidad como un soberanista italiano, a lo que Matteo Salvini responde:

Que ya no existe más fascismo, comunismo, izquierda o derecha. La confrontación es entre el pueblo y la élite. Solía ser federalista y aún lo soy, pero en 2018 tres cuartos de las leyes aprobadas en Italia, como en Francia, Alemania o Austria vienen de Bruselas, vienen de la Unión Europea. Los países tienen que aumentar su cohesión para tener más peso en Europa. Entonces, pienso que en veinte años me he aggiornato al paso del tiempo, si el mundo cambia uno no puede quedarse quieto, obviamente debe seguir los cambios, debe aggiornar su acción política. (Matteo Salvini, entrevista para "HARDtalk" BBC News, 7 de septiembre de 2018; traducción propia)

De esta manera el líder de la Liga expone el viraje en su línea política como una consecuencia lógica de un cambio de contexto en el que se impone la necesidad de estados nacionales más fuertes que pongan un freno a los dictámenes políticos que emanan de la Unión Europea. También, como en el caso de Le Pen, se hace explícito

¹⁵ Conferencia económica internacional anual que se realiza desde 1975 en el norte de Italia, reúne a importantes exponentes de la élite política y económica europea para discutir perspectivas económicas y sociales y de geopolítica.

en su discurso la intención de desentenderse del clivaje izquierda/derecha para proponer uno en clave pueblo/antipueblo.

Pasemos ahora a analizar los que fueron los principales elementos que estructuraron el discurso que Salvini desplegaría durante la campaña para las elecciones generales de marzo de 2018, en las que la Liga obtendría su mejor resultado histórico y terminaría posicionándose como la fuerza más votada del espacio de la centroderecha italiana.

Como mencionábamos al inicio de este capítulo, la decisión de participar del proceso electoral de 2018 eliminando la palabra norte de la denominación del partido fue corolario del cambio de estrategia que Salvini impuso desde que asumió la conducción del partido. En el nuevo logotipo la denominación “Lega” iba acompañado del lema “Salvini premier”, dejando en claro algo que ya venía manifestándose desde hace tiempo, en esta nueva etapa de la organización todo giraría en torno a la figura de su principal referente.

Los dos principales slogans elegidos para la campaña fueron “*La rivoluzione del buonsenso*” (La revolución del sentido común) y “*Prima gli italiani*” (primero los italianos), este último evidentemente inspirado en el de la campaña presidencial de 2016 de Donald Trump “*America first*”. En uno de los spot electorales que circulaban en las redes sociales se puede ver al líder de la Liga decir, mirando a cámara, “primero los italianos, esa es la revolución del sentido común” (Matteo Salvini, spot de campaña, 8 de febrero de 2018; traducción propia). Conectaba así ambos slogans en una idea fuerza que orientaría toda su interpelación a los electores. Frente a las políticas de austeridad impuestas por las élites burocráticas de la Unión Europea, un Estado que priorice el bienestar de los italianos, frente a la “inmigración descontrolada” un Estado que priorice la protección de los italianos, frente a un modelo de globalización fundado en la especulación financiera un Estado que priorice el trabajo para los italianos. Por otra parte, a medida que avancemos en el abordaje de su discurso veremos como Salvini jugará de manera reiterada con la idea de que cada una de sus propuestas se impone por la fuerza del sentido común.

La Unión Europea y la inmigración aparecen como los principales problemas, los dos grandes escollos que se interponen entre Italia y su prosperidad:

La defensa de la patria y las fronteras es un deber sagrado de todo ciudadano. No entiendo por qué quien una vez perdió la vida para defender el suelo sagrado de su comunidad fue un héroe y quien habla hoy de la defensa de la patria, de primero los

italianos y de controles fronterizos es una persona peligrosa. Hemos tenido personas peligrosas en los últimos años en el gobierno que han traído la guerra a nuestro hogar sin usar tanques sino usando las finanzas, que ha hecho más daño gracias a la Unión Europea que las dos guerras mundiales anteriores. (Matteo Salvini, discurso en Milán, 24 de febrero de 2018; traducción propia)

No es difícil comprender la insistencia del discurso de Salvini en apuntar contra la Unión Europea si se tiene en cuenta la impopularidad que, sobre todo en los países del sur del continente, le generaron a esa organización supranacional las políticas de austeridad impulsadas por la “troika”¹⁶ como respuesta a la crisis de la zona euro - consecuencia de la crisis financiera internacional de 2008-. Italia formó parte del grupo de países que pagaron la factura de su crisis de deuda con un ajuste económico y social excepcional. Salvini supo valerse del malestar social generalizado para apuntalar su propuesta política euroescéptica. De la misma manera, supo explotar el impacto que produjo en Italia la crisis de los refugiados iniciada en 2015. Por su cercanía con el norte de África, el país se convirtió en uno de los destinos privilegiados de desembarco de migrantes, llegando en ciertos momentos a situaciones de desborde. Salvini aprovecharía dicho escenario para reafirmar sus posiciones antiinmigración.

El discurso de Salvini buscará exacerbar los ánimos de una sociedad fatigada luego de años de sufrir la austeridad y el estancamiento económico, al señalar cómo el Estado italiano malgastaba sus menguados recursos sosteniendo la inmigración irregular en vez de ocuparse con mayor ahínco de los italianos necesitados:

Pienso en esas personas discapacitadas ignoradas por los gobiernos italianos que tendrán con nosotros una atención que nunca tuvieron. Porque es indigno, es indigno de un país dar 278 € mensuales a un inválido y garantizar 1000 € a una cooperativa que se enriquece explotando la inmigración clandestina. (Matteo Salvini, discurso en Milán, 24 de febrero de 2018; traducción propia)

Una vez más vemos aparecer la idea de la inmigración como juego de suma cero (Mudde y Rovira Kaltwasser, 2013), extranjeros y población nativa compitiendo por los recursos y servicios sociales que el Estado provee. Si los forasteros consiguen algo es a costa de los nativos y si estos últimos pueden mejorar sus condiciones materiales es como consecuencia de excluir a los inmigrantes. Salvini va a insistir entonces con que en su gobierno las ayudas estatales se dirigirán prioritariamente a

¹⁶ Denominación popular con la que se conoce al grupo de decisión tripartito formado por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo (BCE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI).

los italianos, algo a su criterio “de sentido común” pero que en los últimos años no habría funcionado así, sino más bien lo contrario:

Para la vivienda social, para las bonificaciones, para los subsidios los que se sacrificaron en este país, han ganado algunos derechos más. Porque somos víctimas de la única forma de racismo que ha masacrado al país en los últimos años y es el racismo de la izquierda que ha aplicado exactamente lo contrario: primero el resto del mundo y luego los italianos. (Matteo Salvini, discurso en Milán, 24 de febrero de 2018; traducción propia)

De todas formas el candidato de la Liga procura aclarar que su problema no es con todos los inmigrantes sino, como ya hemos observado que es un leitmotiv del populismo de derecha, con los que “no se integran”, los que no quieren amoldarse a la cultura del país que los acoge, los que no trabajan y delinquen. En definitiva, los que vienen a alterar la pacífica vida de los italianos:

Sentido común es garantizar la acogida y el respeto a quienes quieren integrarse. No es de sentido común permitir que alguien pisotee y borre nuestra historia, nuestra cultura, nuestras tradiciones, quite el crucifijo de las escuelas y quite a nuestros niños el pesebre y la Navidad. (Matteo Salvini, spot de campaña, 13 de febrero de 2018; traducción propia).

Es esta la idea de país que tengo en mente, un buen país, un país de paz, un país de diálogo, un país que abre sus puertas a los que merecen tener un futuro en estos lares. Yo respeto a los que respeten y por tanto nuestro hogar será el hogar de quienes busquen un futuro de serenidad y trabajo en este país. Pero aquellos que en lugar de escapar de la guerra traen la guerra a nuestras ciudades, con el gobierno de Salvini, ganan un boleto de regreso para volver al lugar de donde vinieron (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia).

La inmigración como un problema para la seguridad ciudadana aparece insistentemente en el discurso de Salvini, los extranjeros no solo vienen a vivir a expensas de los italianos sino, y sobre todo, son una amenaza para el orden público. Para el líder liguista un ejemplo irrefutable que demostraría esto es la alta proporción de reclusos extranjeros que se puede encontrar entre la población de las cárceles italianas:

La cárcel de Monza hoy es la imagen de Italia. Capacidad máxima prevista en la cárcel de Monza 400 plazas, presos presentes hoy 660, número de presos extranjeros más de 300, la mitad. Rumanía, Marruecos, Albania, Túnez, yo me comprometo cuando llegue al gobierno a hacer acuerdos con estos países y enviarlos a casa a cumplir su

condena. Y nos ahorramos mucho dinero, porque nos cuestan un ojo de la cara. (Matteo Salvini, discurso en Florencia, 27 de febrero de 2018; traducción propia)

Respecto al tema de la seguridad, además de la deportación de los convictos extranjeros, una de las grandes promesas de campaña de Salvini sería una controvertida propuesta de una nueva ley de legítima defensa, que introduciría como principio que la defensa es "siempre" legítima cuando una persona es abordada por delincuentes en su domicilio o en su comercio:

No es de sentido común limitar el derecho de los ciudadanos a la legítima defensa en sus hogares y negocios. La defensa es siempre, en todo caso, legítima. (Matteo Salvini, spot de campaña, 13 de febrero de 2018; traducción propia).

El modelo es desarmar a los delincuentes (...) y permitir que las personas decentes puedan defenderse a sí mismas, a sus hijos y a su trabajo. Ya está preparada una ley simple para nuestro gobierno, que establece un principio normal: en la casa de un italiano, en la tienda de un italiano, la legítima defensa es siempre legítima defensa. (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia)

Una iniciativa que no escapa a esa lógica común a todos los populismos de derecha de responder al problema de la inseguridad con propuestas de mano dura, y que iba acompañada de una promesa de endurecimiento de las leyes penales con un enfoque más punitivo.

Detengámonos ahora en los sectores sociales que Salvini busca interpelar con su propuesta política. La siguiente es una cita que resulta muy ilustrativa porque atestigua la manera en que el candidato de la Liga se dirige, entre otros sectores, a la que supo ser la base electoral tradicional de la izquierda europea en general y en particular de los partidos socialdemócratas, base que se iría erosionando al compás del giro neoliberal emprendido por estos partidos, la llamada "tercera vía", a principio de la década de 1990:

Pienso con orgullo y alegría en los obreros que conocí afuera de la siderúrgica de Piombino, que me dijeron: mi abuelo votaba a la izquierda, mi papá votaba a la izquierda, yo siempre he votado a la izquierda. Pero esta vez, el 4 de marzo, voto a la Liga porque solo tú estás cuidando a los obreros (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia).

Siguiendo una fórmula que ya vimos ensayar a Donald Trump y Marine Le Pen, en el discurso de Salvini se puede observar una interpelación directa a los perdedores de la globalización. A esos trabajadores que ven peligrar sus empleos por la deslocalización de las fábricas:

Pienso en la desesperación de muchos obreros a los que una multinacional con un clic, esas multinacionales modernas que tanto gustan a Renzi y a los empresarios especuladores, anuncia el cierre de las fábricas porque conviene explotar a los trabajadores en el extranjero. Ahora, con la Liga en el gobierno, estas personas si han tomado dinero público de los ciudadanos italianos por ley no podrán despedir ni siquiera a un trabajador en Italia para contratarlos en el otro lado del mundo” (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia).

A los pequeños comerciantes que sufren las consecuencias de los cambios tecnológicos y son devorados por los gigantes del *e-commerce*:

Pienso en la frustración de tantos comerciantes que hoy no están aquí porque se ven obligados a mantener abiertas sus tiendas porque no pueden llegar a fin de mes. Y a cambio el Estado, además de los impuestos y la burocracia, ofrece la competencia desleal de esas multinacionales que envían todo a todos con un clic, pero que están haciendo desiertos los centros históricos de nuestras ciudades y tal vez pagando impuestos en el exterior. Nosotros defenderemos las tiendas, porque las tiendas son vida, defenderemos a los comerciantes porque los comerciantes son seguridad. (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia)

A los productores perjudicados por los acuerdos de libre comercio, que ya sea por cuestiones de escala o costos no pueden competir con los productos importados:

Pienso en aquellos que han sido masacrados por las normas europeas, que no tendremos el derecho, tendremos el deber de cambiar, si estas normas europeas masacran a nuestros agricultores y pescadores. Y nos obligan a importar miles de toneladas de aceite tunecino, naranjas marroquíes, arroz camboyano, trigo canadiense o pescado turco. Yo a estas normas europeas o las cambio o las deshago. Porque nuestros hijos tienen que comer los frutos de nuestra tierra y nuestro mar porque significan trabajo y significan salud. (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia)

A esos sectores que hace unas décadas podían percibirse plenamente integrados económica y socialmente, y que hoy como consecuencia de los cambios que introdujo el proceso de globalización neoliberal ven tambalear sus condiciones materiales de subsistencia, Salvini les va a prometer protección.

Con respecto al tema de la seguridad social, la campaña de la Liga sabrá capturar la oposición social a una reforma implementada durante el gobierno de Mario Monti que entre otras medidas dispuso elevar la edad jubilatoria. Salvini embestirá

contra la polémica ley Fornero¹⁷, uno de los símbolos de la austeridad impuesta por la Unión Europea a Italia, prometiendo su derogación:

Sentido común es anular la ley Fornero restituyendo el derecho a millones de italianos a disfrutar de la alegría de ser abuelos y restituyendo el derecho a millones de jóvenes a comenzar finalmente a trabajar (Matteo Salvini, spot de campaña, 13 de febrero de 2018; traducción propia).

Algunos dicen que está bien ser camionero, obrero, albañil, policía, maestro o panadero hasta los 67 años. Esto es doblemente injusto, primero porque que el Estado devuelva las cotizaciones pagadas después de 41 años de esfuerzo no es un privilegio, es un derecho. En segundo lugar, porque jubilar a las personas cuando lo merecen significa abrir el mundo del trabajo a muchos jóvenes de 20 años que ahora están huyendo al extranjero porque no hay trabajo en Italia (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia).

Los fragmentos arriba expuestos dejan ver también un mensaje dirigido a los jóvenes, a esas nuevas generaciones que encuentran dificultades para incorporarse al mercado de trabajo o lo hacen conociendo la precariedad laboral como regla, y ven desbaratarse sus horizontes de vida. Salvini también dirigirá a esos jóvenes italianos frustrados sus promesas de protección:

Sé que esta semana habrá en algunas ciudades italianas la protesta de muchos de esos chicos que ves andando en bicicleta para entregar esa pizza, ese paquete, a 2 euros la hora. Y que se les paga por pieza como en la línea de montaje a principios del siglo pasado. En nuestro gobierno nos comprometemos a devolver la dignidad al trabajo, 2 euros la hora no es trabajo es esclavitud. Y en la Italia que yo tengo en mi cabeza no hay, ni habrá, esclavitud. (Matteo Salvini, discurso en Milán 24 de febrero de 2018; traducción propia)

Las propuestas de protección para la producción y el trabajo italianos, como de recomposición de derechos laborales y sociales -en clave nativista, eso sí-, van a ir acompañadas a su vez de una promesa de reducción de impuestos generalizada. Esto bajo el argumento de que eso garantizaría el regreso a Italia de grandes fortunas para que inviertan en el país y generen empleo, incorporándole así a su discurso un pragmatismo proempresarial:

A mí me dicen: tus propuestas ayudan a los ricos. No, nuestra propuesta fiscal hace que todos paguen menos. Los que están en peor situación y también los ricos ¿Cuál es la diferencia entre un amigo de la izquierda y yo? Que ellos dicen que los ricos tienen

¹⁷ Conocida popularmente con ese nombre porque fue la Ministra de Trabajo Elsa Fornero quien ideó la reforma que congelaba las pensiones y alargaba la edad de jubilación.

que llorar y por tanto suben los impuestos, resultado los ricos se van al extranjero ¿Y quién se queda en Italia pagando los impuestos? Quienes no son ricos. Entonces, mi objetivo es el opuesto, traer a todos de regreso a Italia, incluso a los ricos, porque si una empresa regresa a Italia contrata trabajadores y paga salarios. (Matteo Salvini, discurso en Florencia, 27 de febrero de 2018; traducción propia)

Por último, cabe mencionar cómo, de manera similar a Marine Le Pen que planteó las últimas elecciones presidenciales en Francia como una encrucijada civilizatoria, el discurso de Salvini presentará el escenario electoral de 2018 como determinante. En esos comicios, según el líder de la Liga, los italianos ponían en juego si en el futuro seguirían siendo dueños o no de su propio país:

El 4 de marzo o se gana o se muere, o se gana o se acabó. (...) Si no se gana esta vez y arman el gobierno de los técnicos impuesto por Bruselas, por los bancos, por la bolsa, por el spread financiero, aprueban el *ius soli*¹⁸, regalan casa, trabajo y derecho al voto a unos millones de inmigrantes y somos extranjeros en nuestra casa. (Matteo Salvini, discurso en Florencia, 27 de febrero de 2018; traducción propia)

La retórica euroescéptica y antiinmigración le va a permitir al discurso de Salvini identificar en todo momento dos enemigos precisos con los cuales antagonizar: En primer lugar, la burocracia de la Unión Europea y una élite política local europeísta que sigue sus dictámenes, aparecen como los principales responsables del sufrimiento y la desesperanza del pueblo italiano con sus normativas y sus recetas de ajuste que estrangulan la economía italiana y cercenan sus derechos. En segundo lugar la inmigración masiva porque es una amenaza para la identidad cultural, la forma de vida y la seguridad y la prosperidad de la nación.

4.3 Conclusiones

El cambio radical de estrategia política impulsado por Matteo Salvini para revitalizar a un partido en ruinas, haciéndolo mutar de un partido regionalista con pretensiones separatistas a uno soberanista italiano, euroescéptico y antiinmigración, fue más que efectivo. Así lo atestiguan los resultados obtenidos por la Liga en las elecciones generales de 2018, cosechando más del 17% de los votos y

¹⁸ Expresión en latín cuya traducción es “derecho de suelo”, es un criterio jurídico para determinar la nacionalidad de una persona por su lugar de nacimiento, la identidad nacional se determina por el lugar en el que se produjo el nacimiento de una persona, con independencia del origen de los progenitores.

transformándose en la formación política más votada del espacio de centroderecha italiano. El sorpasso a Forza Italia de Silvio Berlusconi, formación hasta entonces dominante dentro de ese espectro político, sorprendería a más de un analista.

La narrativa política que Salvini desplegó durante esa campaña electoral presentaba a un país debilitado que se estaba asediado por arriba y por abajo. Por arriba, por la Unión Europea, la banca y las multinacionales, que estrangulan el desarrollo económico de Italia. Por abajo, por una invasión de inmigrantes clandestinos que atenta contra el orden público y parasita al Estado y amenaza la supervivencia de la identidad nacional.

Un discurso homologable al ensayado por Marine Le Pen, en el que se puede detectar la construcción de la frontera dicotómica que divide el campo social ubicando de un lado a la élite europeísta y a los inmigrantes y del otro lado el pueblo italiano. De un lado el modelo de globalización neoliberal impuesto por la Unión Europea, del otro lado un pueblo que quiere recuperar el ejercicio pleno de su soberanía.

Salvini supo canalizar el creciente descontento de muchos italianos con el manejo que las autoridades locales y europeas tuvieron de la crisis migratoria iniciada en 2015, una crisis que fue sin dudas caldo de cultivo para que tomaran fuerzas discursos xenófobos como el que él propuso. A la vez, articuló en su discurso demandas de sectores sociales diversos, que de una u otra manera estaban siendo perjudicados por las políticas de austeridad, las regulaciones y las normativas impuestas por Bruselas. Ya fuesen obreros, pequeños empresarios y comerciantes, productores, jóvenes afectados por la falta de empleo y la precarización, adultos mayores que sufrían la reforma de las pensiones, a todos esos sectores Salvini ofreció una promesa de protección en clave nativista: Un Estado que pone a los italianos primero. A su criterio era una idea simple que se imponía por la fuerza del sentido común.

Como resultado de ese proceso electoral, la Liga de Salvini entraría al gobierno italiano de la mano de una coalición ensayada con el Movimiento 5 Estrellas que resultó el partido más votado en esos comicios. El M5E compartía con la Liga una orientación populista y euroescéptica pero se diferenciaba, entre otras cosas, en sus posiciones económicas y frente a la inmigración. En un gobierno que tendría al extrapartidario Giuseppe Conte como Presidente del Consejo de Ministros, Salvini fue designado como Ministro del Interior. Desde ese puesto impulsó algunas de sus promesas de campaña, como el endurecimiento de los controles migratorios y la

nueva ley de legítima defensa. Pero la sociedad política con el M5E no duro mucho, se rompería en agosto de 2019 quedando la Liga fuera del gobierno. Sin embargo, ese paso por el gobierno dejó a un Matteo Salvini con mucho más volumen político, siendo en la actualidad el suyo uno de los liderazgos más importantes de la política italiana.

Reflexiones finales

Habiendo concluido nuestro análisis de los discursos desplegados por Donald Trump, Marine Le Pen y Matteo Salvini contamos con elementos suficientes para expresar algunas consideraciones finales.

Los liderazgos políticos que fueron objeto de nuestro estudio, como cualquier otro que sea asunto de cualquier análisis, no se pueden comprender por fuera de la coyuntura en la que emergen. La crisis financiera global de 2008 dio inicio a una nueva etapa política en occidente, en particular en los países centrales, que se va caracterizar por la puesta en cuestión de la formación hegemónica neoliberal que se instauró a partir de los años ochenta. La teórica política Chantal Mouffe (2018) calificó esta nueva coyuntura como un “momento populista”, el cual define como una situación en la que por la presión de transformaciones políticas o socioeconómicas, la proliferación de demandas insatisfechas desestabiliza la hegemonía dominante.

Ahora bien, sobre esta brecha hegemónica que se abrió como consecuencia de una nueva crisis capitalista buscaron operar tanto discursos populistas de derecha como de izquierda, casos como el de Podemos en España, Syriza en Grecia o la candidatura de Bernie Sanders en los Estados Unidos dan cuenta de un intento de articulación por izquierda de una alternativa política en clave populista transversal como respuesta a la pérdida de legitimidad del régimen político. Sin embargo, la pregunta que nos surge es ¿por qué son las alternativas de corte reaccionario las que pareciera crecen con mayor facilidad y muestran mayor efectividad política? Si se observan distintos escenarios políticos de países europeos, ni hablar de los Estados Unidos donde una alternativa populista de derecha mostró toda su potencia política y pese a ser fuertemente resistida por la mayoría del establishment político y económico logro llegar a la presidencia, se puede constatar que en general los populismos de derecha gozan de mayores cuotas de representación electoral y de mayor capacidad de influir en la agendas políticas domésticas que su contrapartes progresistas. Una respuesta tentativa que podemos arriesgar es que en esas latitudes son los populismos de derecha los que han logrado construir de una manera más clara un sujeto político capaz de movilizar una voluntad colectiva. Lo han hecho a través de la recuperación de las identidades nacionales como basamento sobre el que se inscribe una alianza heterogénea de sectores sociales, mediante una narrativa que en su dimensión afectiva opera sobre los miedos, las ansiedades y las aspiraciones de gente que se ha sentido olvidada y

menospreciada por unas instituciones políticas que percibe ocupadas en gobernar para otros.

A lo largo de nuestra investigación mostramos la forma en la que los populismos de derecha construyen una noción de pueblo que ofrece pertenencia y seguridad, en el plano material a segmentos sociales que han visto empeorar sus condiciones de vida al calor de las rápidas transformaciones que el proceso de globalización neoliberal impuso y en el plano simbólico a quienes sienten peligrar su status social producto de los cambios culturales que ponen en cuestión las jerarquías sociales, étnicas o de género que los ubicaban en un lugar privilegiado. Cabe destacar la fuerza que esta interpelación toma cuando se da la superposición de estos dos elementos, por eso hombres blancos, pertenecientes a las clases trabajadoras o medias empobrecidas explican una gran proporción del electorado de estas formaciones. Sus discursos permiten, en un momento de crisis, identificar responsables de la situación que ese nosotros/pueblo padece, ubicando traidores internos y enemigos externos de una comunidad política construida en clave nativista. Frente a un presente de inestabilidad social y económica que solo ofrece incertidumbre y precariedad prometen protección estatal y restablecimiento del orden. Eso sí, un orden que no es producto de la búsqueda de un pacto social amplio, plural y democráticamente construido, sino que se apalanca en la defensa de una identidad nacional que se concibe de forma restringida como expresión de una especie de esencialismo histórico.

También hay que destacar el hecho de que en muchos casos los populistas de derecha han mostrado una gran capacidad para llevar a los partidos de derecha tradicional -liberales o conservadores- a discutir dentro de los marcos conceptuales por ellos propuestos, no solo condicionando a estos últimos para que aborden los mismos temas, sino incluso haciendo que se posicionen de un modo cada vez más similar sobre ellos. Algo que sin dudas ha colaborado a que ciertas partes de su programa político empiece a ser considerado por la opinión pública dentro de los márgenes de lo que son propuestas políticas razonables como respuesta a los problemas sociales de este nuevo tiempo, lo que termina aportando a la normalización de estas alternativas políticas.

Por otra parte, nos parece pertinente retomar el análisis que propuso la filósofa feminista estadounidense Nancy Fraser (2019) para explicar las razones del triunfo de Donald Trump en las presidenciales de 2016 y hacerlo extensivo, con las salvedades

que pueda haber en cada caso, a una lectura del voto a los populismos de derecha en general. El apoyo a estas alternativas políticas expresaría un rechazo a lo que la autora caracteriza como “neoliberalismo progresista”. Un concepto que hace referencia a una singular alianza compuesta por las corrientes liberales de los nuevos movimientos sociales y los sectores más dinámicos de la economía, el sector financiero, el de las nuevas tecnologías y las industrias culturales. De la mano de esta coalición desde la década de los noventa se consolidó una cosmovisión, un nuevo sentido común de época, que logro darle al proyecto neoliberal un atractivo más amplio al hacerlo compatible con ciertas aspiraciones emancipatorias no económicas. Este nuevo bloque hegemónico enlazó políticas económicas regresivas y liberalizantes con políticas de reconocimiento progresistas. Una óptica meritocrática y liberal del reconocimiento que permitía convivir a multiculturalismo, ambientalismo, feminismo, derechos para el colectivo LGBTQ+ y antirracismo con un programa económico expropiador y plutocrático.

De esta manera, con un progresismo que se institucionalizó y con el abandono por parte de los partidos de orientación socialdemócrata de una propuesta económica alternativa a la globalización neoliberal, consecuencia del llamado “consenso en el centro” que se produjo luego de la caída del muro de Berlín y que los llevo a aceptar sin chistar las limitaciones que el capitalismo financiero impone a las intervenciones estatales y a las políticas de distribución de la riqueza, las diferencias dentro del sistema político entre izquierda y derecha se desplazaron a las políticas de reconocimiento. Situación que fue generando un cortocircuito entre los partidos socialdemócratas y sus tradicionales votantes de los sectores populares. Entonces, luego de décadas de desentendimiento del Estado de su rol de mediador entre capital y trabajo, y del progresivo desmantelamiento de los estados de bienestar, la recesión económica que siguió a la crisis financiera global de 2008 y las respuestas de los gobiernos que combinaron rescates para el sector financiero con ajuste en el gasto público destaparon la olla y el hartazgo social emergió. Una centroizquierda que conducida por sus corrientes liberales, cosmopolitas, que promueven las sociedades abiertas, abrazan la diversidad, el multiculturalismo y no discuten los preceptos del capitalismo financiero, no podía contactar con el sentir de los grupos sociales que ven, de la mano de los acelerados cambios del capitalismo globalizado, su mundo de derrumbarse. Los populismos de derecha con su retórica de recuperación de la soberanía nacional y de defensa de valores comunitarios, junto a la promesa de un

Estado-nación que protege a su gente y restablece el orden, estaban listos para pescar en ese mar de descontento.

El politólogo y ex líder de Podemos Iñigo Errejón (2017) señalaba que los tiempos que corren aparecen marcados por una dicotomía entre proyectos neoliberales y proyectos comunitarios. A la vez, advertía sobre el riesgo que significa que frente a un deseo creciente de pertenencia comunitaria, protección estatal y soberanía popular, el polo comunitario sea ocupado por fuerzas xenófobas y reaccionarias. Errejón también se ocupaba de alertar sobre el problema de que las fuerzas de centroizquierda, bajo pretexto de aparecer como los buenos demócratas, se encierran en la defensa del consenso y no comprenden que en tiempos de crisis para construir una voluntad popular es necesario señalar un adversario. De esa forma, al no haber quien construya un pueblo por oposición a los de arriba -esas minorías oligárquicas que detentan el poder económico y limitan el accionar de los Estados- se deja camino libre para que aparezcan actores que terminan haciéndolo por oposición a los que se encuentran más abajo, como por ejemplo los inmigrantes.

No podemos más que coincidir con esa lectura que apunta a la necesidad de que las fuerzas progresistas se desmarquen de sus corrientes más liberales y tomen la iniciativa de construir un sujeto popular que sea capaz de inscribir esas demandas democráticas que han sabido ser interpretadas por los populismos de derecha en una articulación política que no oriente el antagonismo contra los últimos de la fila, sino que apunte contra el modelo de capitalismo financiero desregularizado que limita de manera drástica la soberanía de los Estados y de las instituciones que permiten que los ciudadanos influyan en las decisiones políticas. Podemos decir siguiendo a Fraser (2019) que el desafío es construir alternativas políticas que conjuguen políticas de reconocimiento que no se queden en la superficialidad de las cuestiones subjetivas, sino que ataquen las bases estructurales de esas desigualdades con políticas económicas de distribución que tengan un horizonte de justicia social.

Esta tesina ha querido ser un modesto aporte para la comprensión del fenómeno político de los populismos de derecha al explorar en sus mensajes y buscar detectar las fibras sociales que tocan. Intentamos así ayudar a pensar uno de los problemas a los que las democracias occidentales se enfrentan hoy, las vías autoritarias que aparecen como respuestas tentadoras en un momento de crisis.

Referencias bibliográficas

- Amson, D. (1998). "Derecha Democrática y extremismo en Francia". *Política Exterior*, vol. 12, No. 63, 39-48. Estudios de Política Exterior S.A. <https://www.jstor.org/stable/20644316>
- Betz, H-G. (1994). *Radical Right-Wing Populism in Western Europe*. Basingstoke: Macmillan.
- Calero, F.J. (2017, 20 de octubre) *Cuando la Liga Norte declaró la independencia de Padania en Italia y fue el hazmerreír de Europa*. ABC Internacional. https://www.abc.es/internacional/abci-cuando-liga-norte-declaro-independencia-padania-italia-y-hazmerreir-europa-201710101337_noticia.html
- Casals, X. (2019). "La normalización de la ultraderecha". *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*. N° 145, 105-114. https://www.fuhem.es/papeles_articulo/la-normalizacion-de-la-ultraderecha/
- Casullo, M. E. (2019) *¿Por qué funciona el populismo?* Ciudad de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 1ra ed.
- Cucchetti, H. (2010). "El debate intelectual sobre la relación populismo democracia en Francia: Pierre-André Taguieff". *Revista de ciencias sociales*, N°17, 81-99. <https://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1379>
- Del Palacio Martín, J. (2015). "La nueva Lega Nord". *Cuadernos de Pensamiento Político*, N° 46, 157–173. <http://www.jstor.org/stable/24368041>
- Donofrio, A. (2013) "Berlusconi y la espectacularización de la política". *Más poder local*, N°. 18, 24-32. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4753309>
- Errejón, I. (2017, 22 de abril) "*Occidente en su momento populista*", Ctxt contexto y acción. <https://ctxt.es/es/20170419/Firmas/12306/populismo-izquierda-erregon-le-pen-trump.htm>
- Fernández, D. (2017). "De Pujade a Le Pen: La evolución de la política europea de la derecha radical francesa". *Comentario UNISCI* N° 114. <http://www.unisci.es/wp-content/uploads/2017/04/114FERNANDEZ-1.pdf>
- Fernández Riquelme, S. (2007). "La tradición corporativa en Francia: socialismo, tradicionalismo y comunidades naturales". *La Razón Histórica: Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas*, N°1. 68-76. <http://hdl.handle.net/10201/30690>
- Fernández Vázquez, G. (2017a). "El Frente Nacional de Jean-Marie Le Pen y de Marine Le Pen en la esfera pública: construcción léxica de una posición simbólica diferente" en M. Álvarez-Peralta, G. Fernández Vázquez y L. Mazzoli (eds.) *La mediación fragmentaria. Mediatización y controversia en la nueva esfera pública*.

Cuadernos Artesanos de Comunicación Nº 132, 79-97. La Laguna, Tenerife: Latina
<http://www.cuadernosartesanos.org/2017/cac132.pdf>

- Fernández Vázquez, G. (2017b). "Marine Le Pen la "libertadora"", en "La irrupción de nuevas fuerzas y el cambio político en el mundo". Encrucijadas: Revista Crítica de Ciencias Sociales, Vol 13, 6-9 r1301
- Fernández Vázquez, G. (2019). *Qué hacer con la extrema derecha en Europa. El caso del Frente Nacional*. Madrid: Lengua de Trapo.
- Fraser, Nancy (2019) *¡Contrahegemonía ya!* Ciudad de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina. 1ra ed.
- González, R. S. (2019). "Auge del populismo de derecha en Europa ¿Resultado de la crisis o estrategia política?". *Tiempo devorado: revista de historia actual*, vol. 6, Nº 1, 16-31. https://revistes.uab.cat/tdevorado/article/view/v6-n1_Sola
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*. México: Ediciones ERA Universidad Autónoma de Puebla, seis tomos.
- Hernández-Carr, A. (2011). "La derecha radical populista en Europa: discurso, electorado y explicaciones". *Reis: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, (136), 141-159. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99722480007>
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Ciudad de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2009). "¿Populismo: qué nos dice el nombre?", en Panizza, F. (comp.). *El populismo como espejo de la democracia*. Ciudad de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, E. (2015). *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Ciudad de Buenos Aires: Siglo XXI de España Editores.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2015). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Ciudad de Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 3ra ed. 2a reimp.
- Llorente, A. (2019, 29 de enero). *¿Cómo y cuándo surgieron las expresiones "sueño americano" y "América primero"?*. BBC News. <https://www.bbc.com/mundo/noticias-46965869>
- Martínez Ramón, P. (2017). *Donald Trump, un análisis comparativo del discurso populista en EE. UU* (Trabajo de fin de grado). Universidad de Salamanca. <https://gredos.usal.es/handle/10366/135490>
- Monteagut, E. (2016, 22 de junio) *Boulangismo: populismo frente a la crisis en Francia*. Diario digital Nueva Tribuna. <https://nuevatribuna.publico.es/articulo/historia/boulangismo-populismo-frente-tesis-francia/20160622104350129503.html>

- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de Izquierda*. Ciudad de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Mudde, C. (2007). *Populist Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Mudde, C., y Rovira Kaltwasser, C. (2013). Exclusionary vs. Inclusionary Populism: Comparing Contemporary Europe and Latin America. *Government and Opposition*, 48(2), 147-174. doi:10.1017/gov.2012.11
- Mudde, C. y Rovira Kaltwasser, C. (2017). *Populism. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Nevins, A., Commager, H.S. y Morris J. (1994). *Breve historia de los Estados Unidos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Parlamento Europeo (s.f). *Tratado de la Unión Europea (TUE) / Tratado de Maastricht*. <https://www.europarl.europa.eu/about-parliament/es/in-the-past/the-parliament-and-the-treaties/maastricht-treaty>
- Rassemblement National (s.f). *144 engagements présidentiels*, Marine 2017 <https://rassemblementnational.fr/pdf/144-engagements.pdf>
- Reggiani, A. (2017). “Persistencia y mutaciones de la extrema derecha francesa”. *Revista Nueva Sociedad* N° 270. <https://www.nuso.org/articulo/persistencia-y-mutaciones-de-la-extrema-derecha-francesa/> >.
- Sanahuja, J. A. (2019). “Crisis de la globalización, el regionalismo y el orden liberal: el ascenso mundial del nacionalismo y la extrema derecha”. *Revista Urugaya de Ciencia Política*, vol.28, N°1, 59-94. doi:10.26851/rucp.28.1.3
- Stefanoni, P. (2021). *¿La rebeldía se volvió de derecha?* Ciudad de Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 1° ed. 2° reimpr..
- Taguieff, P.-A. (2007). *L'illusion populiste. Essai sur les démagogies de l'âge démocratique*. París: Champs-Flammarion.
- Tarchi, M. (2003). “Populismo a la italiana”. *Historia Social*, 46, 95–112. <http://www.jstor.org/stable/40340869>

Discursos de Marine Le Pen, Matteo Salvini y Donald Trump

- Le Pen, M. (2016, 16 de noviembre). Conferencia de prensa por la presentación de su slogan de campaña. Recuperado de: *Europe 1* <https://www.europe1.fr/politique/dans-son-nouveau-qg-marine-le-pen-devoile-son-slogan-et-son-logo-de-campagne-2902292> y *La Vanguardia*

<https://www.lavanguardia.com/internacional/20161116/411913475302/le-pen-en-el-nombre-del-pueblo-lema-elecciones.html>

• Le Pen, M. (2017, 4 de febrero). Discurso en Lyon. Recuperado de: [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=VODwmB76QzY>

• Le Pen, M. (2017, 5 de febrero). Spot de campaña. Recuperado de: [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=FYWnuQc5mYA>

• Le Pen, M. (2017, 26 de febrero). Discurso en Nantes. Recuperado de: Public Sénat <https://www.publicsenat.fr/article/politique/le-pen-demande-aux-juges-de-ne-pas-interferer-sur-la-presidentielle-55937>

• Le Pen, M. (2017, 11 de Marzo). Discurso en Châteauroux. Recuperado de: L'Express https://www.lexpress.fr/actualite/politique/elections/a-chateauroux-marine-le-pen-evite-les-sujets-qui-fachent-et-cible-macron_1888189.html

• Le Pen, M. (2017, 26 de marzo). Discurso en Lille. Recuperado de: [video] YouTube https://www.youtube.com/watch?v=j9_xjAxBY&t=2651s

• Le Pen, M. (2017, 2 de abril). Discurso en Burdeos. Recuperado de: Sud Ouest <https://www.sudouest.fr/2017/04/02/en-meeting-a-bordeaux-marine-le-pen-flingue-les-fillonmacron-3330684-5208.php?nic>

• Le Pen, M. (2017, 17 de abril). Discurso en París. Recuperado de: Public Sénat <https://www.publicsenat.fr/article/politique/immigration-terrorisme-marine-le-pen-retourne-a-ses-fondamentaux-58931>

• Le Pen, M. (2017, 1 de Mayo). Discurso en Villepinte. Recuperado de: La Vanguardia <https://www.lavanguardia.com/internacional/20170501/422200896787/le-pen-mofa-macron-recordando-frase-hollande-2012.html>

• Le Pen, M. (2017, 27 de abril). Discurso en Nice. Recuperado de: Challenges https://www.challenges.fr/politique/se-posant-en-david-contre-goliath-le-pen-appelle-a-degager-ses-adversaires_469845 y Public Sénat <https://www.publicsenat.fr/article/politique/la-presidentielle-un-referendum-pour-ou-contre-la-france-selon-le-pen-59474>

• Salvini, M. (2018, 8 de febrero). Spot de campaña. Recuperado de: [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=oq-ZJNHp4I4>

• Salvini, M. (2018, 13 de febrero). Spot de campaña. Recuperado de: [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=IVcPobpnfZc>

• Salvini, M. (2018, 24 de febrero). Matteo Salvini, Discurso en Milán. Recuperado de: [video] YouTube https://www.youtube.com/watch?v=Uu0dh-c-nn8&list=PLqcweYw9HuEaUgKeLeU4_utT2S81hRHg8

- Salvini, M. (2018, 27 de febrero). Matteo Salvini, Discurso en Florencia. Recuperado de: [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=OZ5jsFS7TgM>

- Salvini, M. (2018, 7 de septiembre). Entrevista para “HARDtalk” BBC News. Recuperado de: [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=zI2V-OzsDX0&t=877s>

- Trump, D. (2015, 16 de junio). Lanzamiento oficial como pre-candidato republicano. Recuperado de: Time Magazine <https://time.com/3923128/donald-trump-announcement-speech/> y [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=apjNfkysjBM>

- Trump, D. (2016, 22 de junio). Discurso en Nueva York. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2016/06/transcript-trump-speech-on-the-stakes-of-the-election-224654> y [video] YouTube https://www.youtube.com/watch?v=8Pm_1sxzOJ8

- Trump, D. (2016, 21 de Julio). Convención del Partido Republicano. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2016/07/full-transcript-donald-trump-nomination-acceptance-speech-at-rnc-225974> y [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=U6rm7TIRiI8>

- Trump, D. (2017, 20 de enero). Discurso de investidura. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2017/01/full-text-donald-trump-inauguration-speech-transcript-233907> y [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=sRBsJNdK1t0&t=916s>

- Trump, D. (2018, 30 de enero). Discurso del estado de la unión. Recuperado de: Politico <https://www.politico.com/story/2018/01/30/trump-state-of-the-union-2018-transcript-full-text-379363> y [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=ATFwMO9CebA>

- Trump, D. (2019, 5 de febrero). Discurso del estado de la unión. Recuperado de: CNN <https://edition.cnn.com/2019/02/05/politics/donald-trump-state-of-the-union-2019-transcript/index.html> y [video] YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=w4FyVGtMa4s>